# EXPEDIENTE DOPPELGÄNGER

## EL PUEBLO DE LOS GEMELOS ENDEMONIADOS

MANUEL DELPRIETO

Delprieto Books

# EXPEDIENTE DOPPELGÄNGER

MANUEL DELPRIETO

Título: *Expediente Doppelgänger*
© 2024, Manuel Delprieto
Instagram del autor: @manueldelprieto
De la maquetación: 2024, RM Madera. Servicios Editoriales RM
Del diseño de la cubierta: Fiverr
Primera edición: junio 2024
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

«No he perdido ante la dificultad de los retos, sino contra el tiempo»
—Leonardo da Vinci—

«Muchos han comerciado con ilusiones y falsos milagros, engañando a la estúpida multitud»
—Leonardo da Vinci—

«Los mundos nuevos deben ser vividos antes de ser explicados»
—Alejo Carpentier—

«El misterio crea maravilla y la maravilla es la base del deseo humano de entender»
—Neil Armstrong—

«La vida es misterio; la luz ciega y la verdad inaccesible asombra»
—Rubén Darío—

«El mayor misterio del mundo es que resulta comprensible»
—Albert Einstein—

A Daniela y Brilli, os amo.
A ti, por llegar hasta esta historia.
A todos aquellos que buscan la verdad.

# El suceso

*7 de diciembre de 1993*
*En algún lugar de Alemania.*

El viento soplaba un frío penetrante a través de las calles empedradas de Kleinvienna, un pueblo que parecía haberse detenido en el tiempo. Las casas de entramado de madera se alzaban como guardianes silenciosos de secretos antiguos, y la niebla se enredaba entre ellas como si quisiera susurrar historias olvidadas. En el corazón del pueblo, la taberna «Der Letzte doppelgänger» era un refugio contra el frío exterior. Dentro, el calor de la chimenea y el murmullo de las conversaciones creaban una ilusión de normalidad, matando el tiempo mientras acaba la misa. El ambiente de júbilo se extendía hasta la hora de cenar. Pero esa noche, la puerta se abrió con un chirrido, y en ese mismo momento, el padre Braun, entró precipitadamente, con su rostro pálido como la luna llena que luchaba por brillar a través de la niebla.

—¡Lo he visto! —dijo el hombre de ascendencia camerunés, vestido de pantalón y camisa negra. En su cuello tenía una vitola blanca. Sus zapatos soltaban nieve con cada paso—. ¡A mí mismo!

Los parroquianos se giraron hacia él, algunos con escepticismo, los más ancianos con un temor ancestral reflejado en sus ojos.

La alcaldesa, atea y con una jarra de cerveza negra en la mano, llamó a la calma al cura.

—¿A quién has visto?

—A Dios —bromeó Emil Krüger codeando al que estaba a su lado.

El padre Braun pasó su mano temblorosa por su calva como si esta le diese pequeñas descargas eléctricas.

—No, en serio —ignoró la burla ante las risas de los asistentes—. En la iglesia suceden cosas que deberían saber, y en un rincón estaba …—se detuvo, luchando por las palabras.

—¿Quién? —preguntó Dörte Schneider, la pastora de cabras del pueblo—. No te habrás tomado una copita de más y te sentó mal.

Braun tomó aire, su mirada se perdía en el fuego que crepitaba en la chimenea.

—Lo que vi, lo vi claro. Era… —tragó saliva—. Nos miramos fijamente, sonrió y luego… trepó por la pared.

Un silencio inquietante cayó sobre la taberna. La alcaldesa se bebió la jarra de un sorbo, impregnando su labio en espuma como si este fuese la rama de un abeto nevado.

—Déjanos de gilipolleces sobre demonios y ángeles caídos —la

insultó Klaus Ritcher, un ganadero del pueblo, que llevaba boina y tenía un ojo lechoso por un accidente con un animal—. La iglesia siempre ha buscado el miedo a lo desconocido, pero esa artimaña no va a crear más devotos.

Braun bajó la mirada. Hizo un último intento por convencerlos.

—Descubrí algo y creo que estamos en peligro… Sé que voy a morir. En este pueblo llevo años conviviendo con mi doble… Ahora quiere matarme —recalcó.

Nada más salir por la puerta, el cuchicheo se hizo notorio en la taberna. Ninguno creyó el testimonio. El pueblo últimamente estaba muy extraño, pero ya esto le pareció un brote psicótico de parte del cura.

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo. Se trataba de Greta Battaglia, la restauradora de la iglesia gótica del pueblo. Su rostro no era mucho más halagüeño que el del cura.

—Disculpad. ¿Sabéis si el padre Braun ha venido aquí a por vino? Se metió en la capilla, pero no está por ningún sitio.

—Ha venido con una sarta de gilipolleces y se ha ido.

De pronto, un grito sonó fuera. Entre la niebla, las personas que abandonaban la iglesia. Todos miraban hacia el campanario. Los parroquianos salieron al encuentro de las voces. Abajo estaba Fran Herrmann, el bibliotecario del pueblo, en su silla de ruedas y con la mirada clavada al cielo. En su frente caía sangre desde arriba.

—¡Cerrad la puta boca! —se quejó la alcaldesa poniendo orden en la plaza—. ¿Quién es? ¿Cómo ha llegado hasta allí arriba?

—He visto a alguien trepando por la pared, parecía que llevaba a alguien o que lo perseguía… pero con la niebla no he podido saber de quién se trataba —alegó Greta.

—Es el padre Braun —sentenció el bibliotecario con pavor.

—A ver, eso es imposible Fran Herrmann. Estaba aquí en la puerta de la taberna hace un par de minutos —le desmontó la teoría la alcaldesa.

—Lo sé. Nadie trepa por las paredes ni tiene fuerza para arrastrar a nadie a pulso… pero ha desaparecido y de arriba cae sangre.

—¡Qué no cunda el pánico! Nadie en este pueblo está tan desequilibrado como para jugarse el tipo subiendo a lo alto del tejado —señaló la alcaldesa con su dedo índice a sus vecinos—. Ya aparecerá.

—Todo habitante de este pueblo, ha oído los cuentos de sus abuelas sobre la leyenda de los doppelgängers —comentó Klaus Richter acaparando la atención—. Una leyenda bien conocida en Kleinvienna. Ver a uno presagia desgracias, su muerte. Y no son pocas las coincidencias a lo largo de las generaciones.

—Esto no puede ser ignorado. Debemos tomar precauciones —aseveró la alcaldesa—. Llamaré para que envíen una patrulla de

policía al pueblo. Necesitamos a un investigador que averigüe quién ha asesinado a la persona que está ahí arriba. Mientras tanto, la vida en Kleinvienna debe continuar. Si alguien echa de menos a un amigo o familiar, que me lo comunique.

La luna colgaba baja en el cielo, bañando a Kleinvienna en una luz plateada que hacía que las sombras parecieran cobrar vida. Evi Meyer, aún con el corazón acelerado caminaba hacia su casa, cuando algo captó su atención. Una figura oscura descendía por la pared de la iglesia, moviéndose con una agilidad sobrenatural. La alcaldesa entró en la vivienda y dio una voz preguntando por su madre. Esta no respondió. «Hoy me dijo que no iba a ir a misa», elucubró. Extrañada, revisó todas las habitaciones sin hallarla. Asustada, cogió el rifle de caza que tenía sobre el armario y regresó hasta donde estaba el teléfono. Con manos temblorosas, descolgó, marcó el número de la estación de policía, y se alejó todo lo que el cable le permitió mientras apoyaba el arma en el ajimez de la ventana. Los tonos se hicieron eternos, temía que esa cosa apareciese tras el cristal o que entrase por la chimenea de un momento a otro. Un crujido sonó por el tejado. Luego sonó la puerta. La alcaldesa no abrió, solo apuntó dispuesta a volar el pecho a quién quisiera hacerle daño. La cerradura se abrió, y por ellas entró su madre Britta, del brazo de su inseparable amiga Frauke Nachtigall.

—Mamá, no me dijiste que no ibas a ir a misa. ¡Qué te sentías mal! Menudo susto me has dado.

—Cambié de opinión, y ya sabes que no me gusta entrar en esa taberna de borrachos.

Meyer, que no había despejado la oreja del teléfono, consiguió comunicar. Explicó el suceso y pidió una patrulla. El policía colgó pensando que era una broma.

Repitió la llamada una vez más.

Luego otra.

Y otra.

Finalmente, decidieron prestarle atención.

# 2

# Una llamada en la noche

La casa del Inspector Weber estaba en silencio, salvo por el constante tic-tac del reloj de pared que medía los segundos con una precisión que parecía burlarse de su desordenada vida. En la decoración, predominaban estantes llenos de archivos de casos y libros de criminología, como fiel reflejo de un hombre que había encontrado en su trabajo un refugio contra las tormentas de su vida personal.

Weber se sentó en su escritorio, mirando fijamente la pantalla de su computadora apagada, donde se mostraba un reflejo desdibujado de su rostro con barba incipiente y esas ojeras cada vez más negras. Entre sus manos un informe médico, que sin saber su resultado ya le daba malas vibraciones. Weber se sentía completamente solo. Parecía que ya nada tenía sentido, que no le importaba a nadie, excepto a Micha, un gato negro de tres años que ronroneaba entre sus piernas pidiendo caricias. La botella de whisky a medio terminar era tanto su compañera como su consuelo. Leyó el informe en silencio. Asumió sumido en la descorazonada.

«Te mueres Weber. Tienes la enfermedad que mató a tu abuelo, a tu tío y a tu padre. ¡Lo has clavado! A los cincuenta». Se quedó en silencio y empinó el codo para tragar del gollete. Una lágrima rodó por sus mejillas, su pechó se vació con un suspiro. Apartó la botella y tomó el gato entre sus brazos. Le dio un abrazo y sintió ese confort que transmitía su suave pelaje. No pasaron ni treinta segundos entre él y el animal, cuando el sonido del teléfono cortó la quietud de la habitación como un trueno distante. Al principio, Weber dudó, pero algo en él se encendió al ver la identificación de la llamada: era la estación de policía de la Oficina Federal de Investigación Criminal, la BKA.

—¿Sí?

—Inspector, soy Fleming.

—¿Fleming? ¿Te ocurre algo?

—No. Es cosa del *kommissar* Müller, me ha pedido personalmente que te asigne esta llamada.

—Dile que mire el cuadrante de turnos… estoy de descanso.

—Hemos recibidos varias llamadas alertando de un posible homicidio en un pueblo de montaña: Kleinvienna. También dijeron que estaban ocurriendo… —hizo una pausa—. Fenómenos extraños.

Weber se enderezó en su silla, su corazón latiendo con una mezcla de ansiedad y anticipación. El gato escapó de su regazo de un salto, como si su sentido gatuno le advirtiese de que la situación iba a ser extraña.

—¿Está de broma? ¿Fenómenos extraños? No me toques los cojones, Fleming. Hoy tengo un día de esos malos.

—No le hubiese llamado, pero el *kommissar* quiere que vaya usted. Pues desde el pueblo, han pedido a alguien que sea escéptico y que tenga experiencia como investigador en crímenes complejos.

—Supongo que el jefe me quiere putear. Cuénteme, haré el esfuerzo por no tomármelo a risa.

—Hablan de un doppelgänger y entidades trepando por las paredes de los edificios. Al parecer hay una víctima. Quieren saber que ha ocurrido.

—¿Un fiambre? Habrá que llevar a los de Científica.

—No. Müller quiere que compruebes si es un bulo.

—¿Y el contacto? Dame los datos de filiación.

—Llamaron varias personas, pero una de ellas se identificó como alcaldesa Evi Meyer. Y por la dulce voz que tenía, apostaría cien marcos a que esta buenorra.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Weber, no de diversión, sino de la perspectiva de un propósito, de un desafío.

—¿Cómo demonios se llama el sitio?

—Kleinvienna.

—¿Y eso está en Alemania? No he escuchado hablar de ese lugar en mi vida.

—A ochenta kilómetros de aquí. En un pueblo de unos cien habitantes. Al parecer cuando coges la carretera estatal, 333, tiras por la salida 6, y subes girando alrededor de la montaña, hasta que ves una iglesia gótica desde lejos. No tiene pérdida ¿Voy para tu casa?

—Voy en mi coche particular. No le demos el gusto al *kommissar* de que se ría de los dos. Seguro que alguien se ha hecho pasar por la alcaldesa, para realizar la broma de mal gusto. Ni te molestes. Le pongo pienso y agua al gato, y salgo.

Colgó el teléfono y se puso de pie, sintiendo un vigor que había estado ausente durante demasiado tiempo. Pensó que, aunque la llamada podía parecer una chiquillada, le mantendría alejado de sus pensamientos derrotistas tras leer el parte médico que lo sentenciaba a muerte.

3

# Escepticismo en el camino

La noche se extendía ante el Inspector Weber como un lienzo oscuro, interrumpido solo por el haz de luz de los faros del coche. Mientras conducía hacia Kleinvienna, su mente divagaba entre la incredulidad y la curiosidad. No podía evitar pensar que todo era una broma elaborada o la fantasía de una alcaldesa aburrida buscando atención en aquel pueblucho que no salía en los mapas. «Doppelgängers, entidades trepando por las paredes… ¿en serio? ¿Qué coño beben en ese pueblo? Espero que al menos, como dice Fleming, la alcaldesa esté de buen ver». El escepticismo era su escudo, una barrera contra la decepción y el ridículo. Sin embargo, en el fondo, una parte de él anhelaba que hubiera algo más, algo que rompiera la monotonía de los robos y estafas que habían marcado su carrera últimamente. Weber suspiró y masculló al habitáculo.

—Al menos será un cambio de escenario.

Además de una linterna y un abrigo grueso, llevaba su libreta y el informe médico, con la intención de entregárselo a su jefe cuando creyera conveniente, sabía que este lo apartaría de la comisaria en menos que cantaba un gallo.

El reflejo de su rostro en el espejo retrovisor le recordaba la soledad de su existencia. La llamada de Kleinvienna, por absurda que pareciera, era un destello de esperanza en su rutina. Quizás, solo quizás, este sería el último caso antes de que le diesen de baja definitiva. El inspector cambió el sonido reiterativo de su Opel Vectra, por un cassette de Mr. Big. Ahora en los altavoces sonaba: *To be with you.*

Mientras las millas se desvanecían bajo las ruedas de su coche, Weber se permitió una pizca de optimismo. No importaba lo que encontrara en Kleinvienna, estaba decidido a enfrentarlo con la cabeza en alto.

# Misterio en el campanario

Tras coger dos curvas muy cerradas que ascendían endemoniadamente hacia el pueblo, Weber estacionó el vehículo cerca de la carretera, pues el acceso al centro urbano era meramente peatonal. Salió del coche y el frío le dio la bienvenida helándole el rostro. El inspector notó como las orejas y las manos se le congestionaban. Echó de menos un gorro de lana y guantes. Buscó las llaves para cerrar el coche, pero apenas tenía tacto. Desechó la idea, viendo que no había coches ni nadie alrededor que supusiera una amenaza. Tosió un par de veces, pero apenas se oyó, debido al ensordecedor graznido de los cuervos, que actuaban como si quisieran decirle algo al recién llegado. Caminó con su abrigo de tres cuartos bien abrochado y con las manos en los bolsillos. Al situarse bajo una farola que apenas arañaba luz a la oscuridad, sacó la cajetilla de tabaco y extrajo un cigarro. Sus falanges estaban rígidas y los cachetes se le amorataron ipso facto. Al no encontrar el mechero, avanzó con el cigarro apagado entre los labios sin perder de vista los techos en forma de pico de la iglesia gótica. Bajo la nieve se intuían adoquines en las calles, pues notaba irregularidades en el terreno. A pesar del grosor de su abrigo, notaba como la humedad se adentraba en la vieja herida de bala de su hombro sin piedad.

El fantasmagórico pueblo, tenía aspecto medieval. Las casitas de madera tenían el tejado inclinado y cubierto de un manto blanco. Las chimeneas escupían humo creando una niebla espectral a media altura. El aire era tan fresco que cada respiración parecía revitalizar el alma. Cuando Weber bajó la mirada, se topó con una enorme silueta que apareció de la nada. A ojo, calculó que debía de medir al menos dos metros y su piel era oscura como el plumaje de los cuervos. Estaba allí, como caído del cielo. Al ver al inspector, se giró y caminó en otra dirección. El inspector le preguntó sin dejar caer el cigarrillo de su boca.

—Buenas noches, caballero. ¿Tiene fuego? —El hombre que vestía una chaqueta negra y pantalón negro, se alejaba como si no lo hubiese escuchado. Weber ironizó—. ¿Y modales? ¿Al menos me puedes decir dónde puedo encontrar a la alcaldesa?

El tipo se frenó en seco. Sin girarse respondió.

—Vuelve por dónde has venido, antes de que sea demasiado tarde.

Su voz sonó grave y nítida. Solemne. Tras la advertencia siguió caminando hacia fuera del pueblo.

—Ya veo que es un mito eso de que los pueblerinos son hospitalarios con los visitantes. ¡Qué te den!

Siguió empeñado en fumar. Recordaba haber cogido el mechero. Hurgó en cada bolsillo: libreta, bolígrafo, linterna… lo halló en el último que revisó. Prendió el cigarro y dio un par de caladas profundas. Marchó acelerando el paso, en buscan de la puerta de la iglesia, con las esperanzas de por fin, encontrarse con alguien. Terminó por tirar el cigarro a la nieve, ya que el humo parecía congelarse y clavarse como alfileres hacia los pulmones. Aquella aldea medieval, parecía inhabitada, como si todos hubiesen huido de buenas a primeras, ya que el silencio solo era interrumpido por el crujir de la nieve bajo los pies de Weber. Alrededor, los copos de nieve danzaban en el aire, como si fueran pequeñas estrellas fugaces. Sin lugar a dudas, aquel lugar parecía que había resistido a las modernidades de los tiempos, y se había quedado encapsulado en el pasado. El inspector llegó hasta la base de la iglesia, debido al frío no había nadie, excepto una silueta rechoncha, cubierta con un abrigo de paño y una bufanda. En una mano tenía una linterna, y en la otra un rifle de caza.

—¿Es usted el policía? —preguntó la única valiente que resistía el frio en la plaza. Por su voz agría, pero aguda, Weber adivinó que se trataba de una mujer, y se acordó de la mala intuición de su amigo Fleming, que le auguró que le esperaba una mujerona de revista—. Pensé que no iba a llegar jamás.

—Y usted debe ser la alcaldesa Meyer —respondió manteniendo las distancias, por si aquella persona no fuese quién esperaba.

La alcaldesa caminó acortando la distancia. La llegada del inspector a Kleinvienna fue recibida con una mezcla de alivio y ansiedad, ya que no era agradable dar un aviso por un presunto homicidio. La mujer le estrechó la mano apretando con mucha fuerza. La circulación volvió a la mano del inspector.

—Encantado. ¿Qué ha sucedido aquí?

—Es horrible. Sangre por todas partes y… —tragó saliva—. Un cuerpo.

Weber siguió la mirada de Meyer. y vio manchas oscuras que descendían por la piedra antigua del templo gótico. Sacó la linterna y alumbró el rastro. En lo alto, como una gárgola más, asomaba lo que parecía torso y cabeza. De su boca colgaba un carámbano rojizo que advertía que su sangre se había congelado. Algo devolvía el destello de la linterna. Un brillo que pasó desapercibido, y del cual no se hizo comentario.

—¿Sabéis de quién se trata? Desde aquí abajo y con la niebla, no se ve tres en un burro.

—Se trata del padre Braun. Y tras mi observación diría que está clavado… —tragó saliva ante la afirmación—. En la cruz de hierro del pináculo.

—¿Y cómo sabes a ciencia cierta que es él? No se ve una mierda desde abajo. ¿Habéis subido al tejado?

—No se puede acceder a la planta superior. La escalera de caracol que sube a lo más alto, está apuntalada y en peligro de derrumbe. No hay forma de subir… y por eso no he llamado a una ambulancia ni a los bomberos —hizo un silencio ante los ojos oscuros que flotaban sobre los mofletes pálidos de Weber—. Sabemos que se trata de él, porque arriba se intuye su medallón —dio un paso más en dirección al inspector—. Siempre lo llevaba y es muy característico: de oro macizo. Y solo él tenía uno así.

—Supongo que por eso devuelve un destello cuando apunto con la linterna —Meyer asintió ante la obviedad—. Me dice que no hay manera de subir ¿entonces? ¿Se abrió el cielo y cayó como lo hace un copo de nieve?

—Trepo por la pared —solventó con la boca pequeña.

—Le seré franco: cuando alguien llama advirtiendo del hallazgo de un cadáver, hasta aquí se desplaza el quinto de caballería, no se si me explico: juez, forense, Científica… y como puede comprobar solo me han mandado a mí. ¿Por qué? Porque el *kommissar* piensa que esto es una jodida broma y no se han creído nada a pesar de vuestra insistencia.

—¿Y entonces porqué le han enviado a usted? No tiene aspecto de novato al que le cuelgan los marrones. ¡Ah! Es de esos que no salen de la oficina y su superior quiere que le dé el aire, para no pringar a los compañeros que de verdad cumplen cada día dando el callo.

—Digamos que mi relación personal con el jefe trasciende lo laboral, y de vez en cuando, se toma la licencia, de putear mi existencia. ¿Aclarado? —demostró su franqueza, rasgo que le gustó a la alcaldesa Meyer—. Así que vaya de frente, o me iré por donde he venido.

—No ha venido en vano —le aseguró con tono firme—. Le contaré todo lo que sucedió conforme a los testimonios que he podido recabar. Pero pasemos a mi casa. Si seguimos aquí dos horas más, cuando por el día lleguen los servicios médicos, encontrarán tres fiambres en vez de uno.

Weber caminó tras los pasos de la alcaldesa. Todo aquello parecía no tener ni pies ni cabezas, pero con la nevada y sin planes por delante, no le resultó mala idea conversar con una persona distinta a las que acostumbraba en su limitado círculo social.

5

# El cubo de Rubik

La casa de la alcaldesa Meyer, estaba anexa al cabildo del pueblo. A diferencia de la mayoría de las casas de madera, esta tenía las paredes de piedra, tejado de pizarra y ventanas con rejas. Al abrir la puerta, la luz tenue de la chimenea se asomó con timidez hasta el escalón de entrada. Weber pudo comprobar como el suelo enmoquetado de color pardo, tenía jirones y parches. Dentro, la decoración era soez. No había cuadros ni figuritas en los muebles. «Mi despacho es *Disneyland* al lado de esto», pensó. Un ruido repetitivo sonaba justo al lado de la chimenea. Pensó que se trataba de la madera crepitando. Cuando miró se encontró a una mujer de unos ochenta años, sentada en una butaca mecedora y con un cubo de Rubik que provocaba el chasquido reiterativo. Vestía una bata polar con motivos navideños y los pies los tenía embutido en unas botas de borrego. Su mirada estaba perdida en el fuego como si allí le estuviesen dictando los algoritmos a seguir para resolver el puzle que giraba entre sus raquíticas manos. El sonido que hacían los huesos de sus dedos al girar resultaban escalofriantes.

—¿Con quién vienes? —preguntó la anciana—. Escucho como alguien rastrea la suela de sus botas por la moqueta y respira ahogado.

—Mamá. Es el inspector Weber —respondió la alcaldesa quitándose la bufanda—. Ha venido a investigar la muerte del padre Braun.

—Encantado, señora —estiró la mano, pero la mujer no correspondió. No tardó en adivinar que era ciega. Entonces decidió darle un beso—. El tabaco me tiene los pulmones contra las cuerdas.

—El tabaco mata.

—No siempre…

—Hacía mucho que no me saludaban con tanto afecto —masculló la anciana dejando de mover sus manos—. Mi nombre es Britta, y lamento que no tengamos whisky, solo tenemos *glühwein* casero.

Weber no pudo ocultar su sorpresa por el fino olfato de aquella mujer, que detectó que había empinado el codo en su casa vaciando la botella en la soledad de su salón. También adivinó que estaba sobrado de kilos, por el comentario de sus andares y su respiración ahogada.

—Disculpe por el exceso de confianza de mi saludo. Mi abuela era española y no me perdonaba el beso.

—¿Qué casualidad? Mi madre pasó una temporada en España, durante la Segunda Guerra Mundial, y aprendió allí canciones de cuna que me cantaba luego a mí —le contó Meyer mientras colocaba el rifle encima de un armario—. También se trajo los modales descarados de la Península.

—Duérmete niño, duérmete ya, sino el Coco te comerá —masculló la anciana la nana, inquietando al inspector.

La alcaldesa empezó a quitarse la ropa de abrigo, hasta quedarse en un pantalón vaquero azul y un jersey de hilo naranja. La silueta de su cuerpo, poco tenía que ver con la que aparentó tener junto a la iglesia. Meyer tenía una cintura estrecha, pechos exuberantes y unos muslos muy equilibrados. Su estatura era baja y su rostro le recordaba a una profesora que tuvo en el instituto de Hamburgo durante la adolescencia. A su parecer no era guapa, pero tenía una mirada de esas que embrujaban. El cabello lo tenía corto. Práctico para llevarlo continuamente bajo un gorro de lana en aquel pueblo de clima helado.

«Lo de la voz dulce… para nada. Pero si es un bombón, Fleming, te debo 100 marcos», corrigió su pensamiento al ver su silueta. Weber se quitó su abrigo de tres cuartos y lo colgó en el perchero de pie. Dejó a la luz su uniforme oscuro de policía, con la insignia identificativa con su nombre bordado en hilo dorado. Los botones de su camisa estaban a punto de estallar y encogió la barriga con el fin de parecer más esbelto. Meyer vio en él un tipo alto, de cabello castaño y ojos de color marrón oscuro. Sus mofletes eran blancos y tenía los dedos gruesos como si fuesen salchichas *bratwurst* a medio hacer. En su cinturón llevaba una pistola y en su bolsillo abultaba la libreta y una cajetilla de tabaco. Se quitó el gorro de plato y tomó asiento.

—Si tiene café mejor —tosió—. El vino caliente no es mi devoción.

Mientras la alcaldesa se perdía en la cocina, Weber trazó una visual por aquella casa que formaba parte del cabildo. En los estantes había libros sobre leyes, y una misteriosa pintura al óleo, firmada por una tal Greta. Una tele de la marca Thompson y un video VHS colmado de polvo. Parecía que allí, a la única que le importaba la decoración era a la anciana ciega.

La cafetera italiana empezó a mullir como un becerro en celos. Weber miraba con curiosidad las manos esqueléticas de Britta, buscando marcas de Braille en las caras del cubo, con el fin de encontrarle sentido a como intentaba resolverlo. Esta, como si supiera que le prestaba atención, le dio conversación.

—¿Cuántos años tiene Weber?

—Cincuenta, ya. ¿cómo pasa el tiempo?

—La pregunta debería ser: cuantos años nos quedan, ¿verdad? —Weber sintió un escalofrió por la espalda. Aquella mujer le estaba poniendo de los nervios—. ¿Tiene familia?

—Un gato.

La anciana sonrió. Le hizo gracia el comentario. Luego respondió.

—Supongo que está divorciado.

—Veo que tiene un sexto sentido, señora.

—El detalle del gato dice mucho de las personas que anhelan

compañía, sin compromiso. No hay que sacarlos ni lanzarles una pelota ni sacarlos a mear tres veces al día… —tosió y escupió hacia la chimenea—. Pero donde realmente lo he notado ha sido en el tono de sus palabras. Alarga su cadencia al pronunciar. Su acento se hace triste. Descorazonado.

—Señora, mi vida ha sido y es una mierda. Mejor no hablemos de mí. No estoy aquí para contar mis miserias. Vengo a separar la paja del grano. A averiguar si ha habido un homicidio y quién lo ha cometido.

—Igual se lleva una sorpresa —espetó.

Evi Meyer trajo la cafetera y dos tazas. Las plantó sobre la mesa sin poner nada debajo. Weber echó de menos una tercera taza con el fin de que la anciana se callara entre sorbo y sorbo. Una vez fue servido, arrastró su taza hasta el filo de la mesa y en la madera apreció varios cercos, adivinando que no era el único al que le habían servido café en aquel insípido salón.

—Bueno, cuénteme —miró el interior del recipiente de porcelana como un pozo oscuro lleno de secretos—, desde el principio.

La alcaldesa dio un sorbo corto. Sus dientes blancos se tintaron de amarillo. Hizo un chasquido con la lengua y a continuación, narró todo lo que aconteció con pelos y señales.

—Mire usted, le pondré en situación para que entienda la casuística del pueblo. El Kleinvienna, hay unos cien vecinos. Aproximadamente unos sesenta, son cristianos y acuden a misa los sábados a eso de las siete de la tarde. El resto nos vamos a la taberna a beber unos tragos y conversar. Aquí hay poco que hacer —Weber sacó de su bolsillo una libreta pequeña y un bolígrafo Staedler negro que sujetaba con firmeza entre sus dedos. Comenzó a escribir en una hoja en blanco, anotando cada palabra con una caligrafía precisa y ordenada. Cada letra es deliberada, cada pausa es una oportunidad para asegurarse de que no se pierde ningún detalle—. Al parecer, a eso de las siete y media, y en mitad de la homilía, el padre Braun fue a por el cáliz de las hostias para comulgar. En ese mismo instante hubo un apagón que solo afectó a la iglesia. Según los testigos, se oyó un ruido.

—¿Qué clase de sonido? ¿Una puerta abrirse? ¿Un grito? ¿Un disparo?

—El crujir de un hueso —añadió la anciana girando la capa superior del cubo de Rubik.

—Mi madre estuvo en la misa —aclaró la alcaldesa—. Y como le he dicho tiene un oído muy fino.

«Y la lengua también la tiene afilada», pensó Weber molesto por la interrupción.

—Continúe.

—La luz no volvió. La instalación está anticuada, y posiblemente con la nevada que estaba cayendo, se produjo un cortocircuito —Weber alzó una ceja y tomó un sorbo del café—. Durante ese periodo a oscuras, el padre vio algo en la capilla que lo abrumó… vio a su gemelo malvado —Meyer bajó la mirada como si se sintiese culpable por no haberlo podido ayudar—. La mayoría se mofó de él. La historia de los doppeldänger está muy arraigada a la tradición de Kleinvienna. Un cuento para asustar a los pequeños… pero, este hombre aseguraba haberlo visto: su rostro era un poema. Luego, todos salieron a la intemperie en busca de luz, pues dentro del templo hacía corriente. El último es salir fue Herrmann. El bibliotecario va en sillas de ruedas y al bajar la rampa de madera que salva las escaleras de piedra, su silla de ruedas se quedó trabada en la nieve. Notó en la cabeza una gota caliente. Cuando miró hacia arriba, le volvió a caer otra, y otra, hasta que el rostro se le cubrió de sangre. Greta, la restauradora, gritó y eso nos llamó la atención a los que estábamos en la taberna. Cuando miramos arriba, vimos un cuerpo asomando en lo más alto. Debido a la altura no se ven los detalles, pero el brillo del medallón no deja lugar a la duda.

—¿Y por qué temía a su gemelo malvado? ¿Qué cuenta la leyenda?

La anciana comenzó a mecer su butaca y no se pudo reprimir a la hora de narrar la maldición.

—En este pueblo, las leyendas se entrelazan con la realidad como las raíces de un viejo roble. La más temida es la del doppelgänger, un doble que anuncia desgracia si lo ve de noche. Se dice que, si uno se encuentra con su gemelo, está viendo la sombra de su propia muerte —detuvo el vaivén de la butaca en seco—. No son meras apariciones, no… son presagios vivientes que caminan entre nosotros. Alguien tuvo que maldecir este lugar hace mucho… y no son pocos los testimonios que ha habido con el paso de los años.

—Perdona, pero no me creo nada. No creo en que haya fantasmas ni entidades del más allá: soy un escéptico de manual.

—Nosotros hemos vivido un caso cercano…

—Mamá. Acuéstate anda —le dijo con disimulo, mostrándose molesta ante lo que quería revelar la anciana.

—Si viene a por la verdad, hay que dársela Evi —se mostró firme en su empeño Britta—. El esposo de mi hija, Handl, trabajaba de seguridad en el pueblo. Hubo una época turbulenta por aquí. Una noche, viniendo de vuelta del trabajo, vio a su doble en el escaparate de una tienda que ya estaba cerrada. Pensó que era su reflejo en el cristal, pero el que estaba dentro, empezó a moverse por la tienda tirando los productos al suelo. Lo siguiente que le vino a la cabeza es que era un ladrón. Lo intentó seguir, pero el sujeto corría como un gato por las calles: a cuatro patas —especificó—. Saltó y se montó en

un tejado. Handl entró y se sentó donde usted está, con la respiración agitada y un testimonio que escapaba a toda lógica humana. Su comportamiento se volvió iracundo y violento. Pasó una semana desde el incidente, y una tarde cualquiera, ya nunca volvió. No volvimos a saber de él. Por lo que no se tome a broma lo que mi hija le está contando.

—Igual alguien está usando el folklore para matar. Alguien se está escudando en la maldición para acometer sus fechorías. Para todo hay una explicación en esta vida.

—En eso le doy la razón… —repuso la alcaldesa apartando su café como si se le hubiese amargado demasiado.

—Lo que ocurre es que no siempre es agradable la respuesta que obtenemos —agregó la anciana.

Por unos instantes hubo un silencio. Incluso el crepitar de la leña pareció quedarse mudo. Weber agachó la cabeza y comenzó a escribir como si estuviese sufriendo un episodio paranormal de escritura automática. Tras cinco minutos gastando tinta, elevó la cabeza. Miró a los ojos azules de Meyer y habló aseverando cada opción.

—Ya tengo una respuesta al enigma. El padre Braun, ha orquestado su propio suicidio. Quién prevé un suicidio, al igual que un divorcio, se lleva una media de seis meses planeando como va a hacerlo. Ayer cuando fue a por el cáliz, sumido en su paranoia celestial, sufrió un brote neurótico. Fue a pedir ayuda a la taberna, creyendo que lo que vio era real, infundado por las leyendas de Kleinvienna, y como nadie le prestó ayuda, siguió con su plan. Subió al campanario por la escalera en ruinas, y su idea era tirarse desde lo alto y talvez, sufrió un resbalón quedando espetado en la cruz. Es muy sospechoso que solo se quedara sin luz la iglesia. Alguien tuvo que bajar los interruptores de control de potencia…

—Entonces ¿caso resuelto? ¿Alguien bajó los plomos y usted se va con los deberes hechos? —preguntó Meyer con disgusto.

—No. Tengo que verificar el acceso al campanario y los plomos de la luz. ¿Quién es la persona más cercana al padre Braun?

—La restauradora: Greta Battaglia. Ambos, viven dentro de la catedral. Ella le podrá aclarar los pensamientos del cura. Igual yo estoy equivocada y él estaba sumido en una depresión que escondía entre credo y credo.

—¿Puede concretar una entrevista ahora?

—La llamaré.

La alcaldesa caminó hasta la cocina y telefoneó. Weber aprovechó que la anciana no veía, para mirar con descaro el trasero respingón de Meyer. Se recreó en la belleza de sus andares como si estuviese preso de un hechizo. Algo rompió su concentración.

—¡Pluf!

Weber se sobrecogió. Los vellos de su nuca se erizaron buscando el techo del salón. Un leve crujido, después chisporroteos y estallidos. Algo negro ardía entre las brasas derretido como una amalgama negra: se trataba del cubo de Rubik, que tras quedarse dormida Britta, había rodado por sus piernas con la mala suerte de caer en las llamas.

# La escalera de caracol

Linterna en mano, Weber llegó hasta la imponente puerta de madera. La alcaldesa estaba tan dolida y agotada, que decidió no acompañarlo. Allí le estaba esperando Greta. La mujer de treinta años, tenía el rostro serio y la mirada triste. Su cara ovalada se afilaba más aún debido a la melena negra y lacia que se caía por delante de sus hombros. Llevaba una diadema marrón de tela que solo cumplía una función ornamental, y en una de sus manos una linterna de antorcha.

—Soy el inspector Weber. Vengo a investigar el extraño suceso del padre Braun.

—Encantada. Ya me ha avisado la alcaldesa —respondió la chica lastrando un característico acento italiano. Su voz era dulce y elegante —. Pero me gustaría haberlo conocido en otra circunstancia.

—En otra situación, no nos hubiésemos conocido nunca —fue tajante el policía que vestía su abrigo oscuro y un gorro de plato—. ¿Dónde estaba usted cuando hubo el apagón?

—Pase. Nos vamos a helar. Yo estaba en primera fila.

En el deambulatorio había cirios encendidos, cuyas llamas iluminaban con pobreza las altas paredes de la iglesia. En la nave central, un frío helador y un espeso olor a incienso. Los bancos de madera, carcomidos por el tiempo, crujían por el cambio de temperatura, evocando la atmosfera de una época pasada. En el altar una cruz enorme de hierro forjado, cuyos extremos se expandían en forma de flor de lis. La estructura de la iglesia tenía forma de cruz.

—¿Es cierto que el cura se alejó y se produjo el apagón?

—Exacto. Fue hacia atrás del altar y en ese mismo momento quedamos a oscuras.

—Deduzco que fue a apagar los plomos.

—No pudo hacerlo —señaló una cajita de madera de donde partían unos cables marrones en todas direcciones—. Hay que abrir aquella compuerta que está ahí, en la capilla lateral, justo detrás del Santo.

Weber sacó su libreta y anotó algunos datos. Luego caminó observando la belleza del lugar a golpe de linterna, alumbrando las bóvedas y los arcos de medio punto que se cruzaban en lo alto. Las vidrieras de colores y la ornamentación le daban cierto encanto a la sobriedad de las piedras.

—Pasemos detrás del altar —le explicó—. ¿Cuántos años tiene este lugar?

—Data del año 1430. Llevo aquí diez años restaurando el patrimonio. Vine a pintar la iglesia de estilo gótico más antigua de Alemania, por si algún día se derrumba quede constancia de su belleza

en un lienzo…

—Pues parece la más antigua de Europa —puntualizó Weber comprobando su estado.

—La más antigua está en España. Concretamente en Sevilla.

—Vino a pintar y se quedó aquí. ¿Por amor?

—Sí. Su arquitectura y los secretos que todavía desvela con cada restauración, me hechizaron en un encanto del que todavía no me puedo librar —le aseguró aterciopelando todavía más, aquella voz dulzona—. Luego, el pueblo padre Braun me acogió y aquí vivo de momento. Este lugar, a pesar de estar en ruina extrema, no destina ni un solo marco el Estado, sobrevive gracias a la inversión privada.

Con ayuda de las linternas, pasaron por encima del altar, para cruzar a la siguiente estancia. En la penumbra, las estatuas se alzaban en silencio, figuras enigmáticas, que daban respeto. A sus pies, losas con inscripciones en latín, talladas en el mármol con gran precisión. De entre todas las palabras, Weber pudo entender un nombre y una frase:

«Christian Rosenkreuz. Lux in tenebris».

—¿Aquí hay sepulturas de clérigos?

—Era una costumbre de la época.

Dejó de pisarlas como si fuese una falta de respeto hacia el puñado de huesos que debía reposar bajo sus suelas.

—¿Por dónde salió el padre Braun?

—Tuvo que hacerlo por aquella puerta. Me la encontré abierta.

Weber contempló que había numerosas puertas de menor tamaño a la de salida rodeando la estancia. En las paredes de piedra, pinturas enmarcadas al óleo y un andamio de hierro con varios tablones y alturas, que intuyó que los usaba Greta para restaurar las obras de arte. Los cuadros representaban escenas turbias que combinaban tonos oscuros con trazos luminosos. Volvió sobre sus pasos y siguió el cable que venía desde la cajetilla de los interruptores. Halló un tramo cortado por la mitad. Un poco más adelante, bajo un taburete tapizado en terciopelo rojo, unas tenazas.

—Primer indicio de que el apagón fue intencionado.

—¿Qué ha encontrado, inspector?

—Unas tenazas… —enfocó con la linterna—. Han cortado el cable. Ahora quiero ver esa entrada a las escaleras que suben al campanario.

—Por ahí no ha subido nadie en siglos. Se lo aseguro.

—Es importante no saltar a conclusiones sin antes descartar todas las posibles causas naturales. Es mi método.

Greta caminó hasta un lateral. La escalera de caracol estaba bloqueada por una reja con candado, imposible de sortear entre los barrotes ni por encima. La cadena tenía eslabones enormes y oxidados. El candado debía de tener más de 200 años según su aspecto y diseño.

Weber se aferró a la cancela y la agitó con fuerza para comprobar si cedía, pero era robusta y pesada. Lo que si percibió fue como cayó un hilo de arena y alguna que otra piedrecita, que advertía que los peldaños estaban a nada de caerse sobre los puntales de madera que los sostenían. Se agachó y miró la amplia cerradura enfocando el haz de luz a través del hueco. Comprobó que dentro había una espesa tela de araña intacta.

—Por aquí no se subió, ¿verdad? —obvió haciendo uso de aquella hermosa voz.

—Efectivamente, nadie ha metido la llave recientemente.

—Es que no hay llave. O si la hay, nunca se encontró.

Weber, movido por una mezcla de curiosidad y aprensión, sintió que cada rincón de ese lugar, resguardaba historias que desafiaban el tiempo. Y a pesar de las malas vibraciones, sintió inquietud por desvelar el secreto de cómo llegó el padre Braun a lo más alto de aquella iglesia gótica.

—¿Mostró algún signo de depresión? ¿Tomaba medicamentos? ¿Bebía?

—El Padre Braun no se suicidó —le confirmó con total seguridad —. No tomaba nada y tenía un carácter muy alegre. Era un apoyo para todos los vecinos del pueblo. Digamos que hacía de psicólogo.

—A veces, tener una fe inquebrantable en algo, puede llevarte a sufrir un episodio que te haga cambiar tu modo de creencia… a pensar que tu vida no tiene sentido —cerró su libreta tras hacer una anotación.

—Yo convivía aquí con él. Nunca estaba triste.

—Todos mostramos una cara a los demás que no es la verdadera. Por dentro somos más frágiles o más malvados de lo que aparentamos ser.

—¿Habla bajo su experiencia?

—No voy a perder el tiempo hablándole de mí. ¿Es posible que alguien quisiera vengarse de él?

—No. Se llevaba bien con todo el mundo. Además, el padre Braun mide casi dos metros. Sería difícil salir ileso de un encontronazo con él.

La descripción de la altura por Greta, y el color de piel que le dio la alcaldesa en su casa, le hizo pensar a Weber que se trataba del tipo que vio al llegar al pueblo. Sorbió por la nariz, y alejó esa idea descabellada de que pudiera haber un doble pululando por ahí fuera.

—¿Sufría racismo, homofobia, amenazas?

—Tampoco.

—Aparentemente nadie quería matarlo, eso me queda claro… pero, un cura conoce las confesiones de todos los habitantes de este pueblo. Igual era portador de un secreto que temiera que saliese a la

luz, y ese creyente, decidió crear un apagón y matarlo.

—Pero podía haberlo matado aquí mismo. ¿Por qué se tomó la molestia de subirlo? Además, le dio tiempo a ir a la taberna a pedir ayuda sobre que había visto a su doble —cambio su tono sedoso por uno más áspero—. ¿Ha oído la leyenda de Kleinvienna?

—Sí. Y es solo eso, una fábula.

—Veo que es usted escéptico, y eso es justo lo que el pueblo necesita.

Weber no quiso seguir hablando de sus creencias. Alumbró el andamio desde abajo hasta arriba, averiguando si de alguna manera, el cura pudo usarlo para alcanzar el tejado. Pero allí no había ventanas abatibles, solo vidrieras incrustadas en la piedra.

—¿Podemos entrar en la habitación del padre Braun?

—Sí.

Dentro, un pequeño lecho, austero pero cómodo, se encuentra en una esquina cubierto con sábanas limpias y una manta gruesa. Junto a la cama, hay una mesita de noche de madera con una lámpara y un crucifijo, con un libro de Stephen King abierto por la mitad. Las paredes de piedra, apenas tienen estantes. Un taburete y un escritorio sencillo, lleno de hojas manuscritas. Weber avanzó y comprobó el contenido de los cajones de la mesita de noche, dentro ropa interior y un perfume. Escrutó las notas que había sobre la mesa, en busca de una nota de suicidio, pero solo halló sermones y reflexiones sobre sus deberes diarios. Una foto en un marco, donde había un niño con rizos y piel negra, en brazos de un militar de la misma raza.

—Ese es Braun. Su padre fue un soldado camerunés, que sirvió al ejército alemán en la recuperación de una de sus colonias. Una vez acabó la Segunda Guerra Mundial, y todo el tema del genocidio se solucionó, decidió volver al país donde le dieron asilo por sus servicios. El hijo decidió escoger el camino del auxilio y la paz.

Weber salió de la habitación. Y señaló otra con cierto misterio.

—¿Y esa puerta que está encajada?

—Es mi taller de pintura, allí doy rienda suelta a mi creatividad, y también es donde guardo las herramientas de restauración.

Weber se asomó y comprobó que efectivamente no había salida al exterior ni escaleras que subieran.

—Está bien. Voy a trazar una visual por el exterior de la iglesia antes de marcharme. Quiero determinar si hay alguna manera de subir —elevó una mano—. No hace falta que me acompañe.

—Mejor. Prefiero quedarme pensando en todo lo que ha ocurrido, metida en la cama.

Weber abandonó la iglesia por la puerta donde salió el padre durante el apagón. En la nieve vio pisadas grandes, que se alejaban del templo, y que bien podrían ser de Braun. Luego rodeó la

construcción escrutando todos los salientes. Se encendió un pitillo, y entre sus averiguaciones, pasó la mano para ver la resbalacidad de la piedra. «Es imposible adherirse», pensó. Una vez estuvo bajo la puerta principal, alzó la linterna hacia donde debía estar el cadáver. Hubo algo que le llamó la atención: la silueta parecía más rígida que al principio, además de otro destello que le vino de más a la derecha. En ese mismo momento, oyó unos pasos que crujían en la nieve. Se trataba de la alcaldesa Meyer, que venía con un recipiente isotérmico en sus manos.

—Perdona. He tenido que bañar y acostar a mi madre.

—¿Y esto? ¿Me trae café? Es usted una buena anfitriona.

—Es agua caliente para que derrita la nieve de la luna de su coche —alegó sonrojando al inspector—. ¿No querrá tener un accidente?

—Agradezco el detalle. Veo que está en todo.

—Mi deber es velar por seguridad y la integridad de las personas que están en mi pueblo ¿Ha sacado algo en claro?

Weber pensó en esa afirmación de propiedad, y notó en ella, cierta ambición. Seguidamente, arrimó el isotermo a su pecho como si pudiese ganar calor con el envase. Carraspeó su garganta y habló con tono solemne.

—Cuando llegué a Kleinvienna había cuervos por todas partes, y si hubiera un cadáver allí arriba, estos pajarracos se estarían deleitando con los ojos y las tripas del padre Braun —Meyer arrugó la frente sorprendida—. Lo que hay arriba es una figura, y el medallón una cruz de esas doradas que adornan los tejados. Si se fija bien, en cada uno de los picos hay una cruz dorada —Meyer hizo un gesto como si él la estuviese haciendo sentir estúpida—. La sangre pude ser de alguna presa que haya depositado allí, alguno de los cuervos que pululan por este pueblo.

—¿Entonces no hay homicidio? Según usted, todo es una superstición o un montaje para acaparar su atención y darle vidilla al pueblo.

—Desconozco sus ambiciones como alcaldesa, pero pidieron un hombre escéptico —atajó Weber. Meyer se encogió de hombros dándole a entender que ella no había exigido ninguna cualidad en el investigador—. Mi veredicto es el siguiente: se trata de una ilusión perceptiva y psicológica colectiva alimentada por la historia arraigada a Kleinvienna. Fin.

—Dejando de lado la paranoia colectiva de la cual nos acusa, si lo que claramente se ve como un cadáver asegura que es una estatua o una gárgola, entonces ¿dónde está Braun?

—Pues igual está refugiado en el lugar menos esperado —reveló lo que se estaba callando—. Cuando llegué lo vi deambulando por las calles y se le veía bien. Le pedí fuego y a cambio intentó meterme

miedo con que me podría pasar algo. Volverá. Y ahora duerma tranquila. Nadie ha podido subir por las escaleras, y menos aún por las paredes. Hasta mañana.

—Y usted, ¿dormirá tranquilo sabiendo que aquí tiene un enigma sin resolver? —hizo una pausa para esperar una reacción. No la hubo —. ¿O es que se ha acojonado porque sabe que no será capaz de encontrar sentido a lo sucedido?

Weber se alejó de la iglesia caracoleando por las intricadas calles, no hubo más diálogo entre los dos. A pesar de dar por concluida la investigación, no se sentía satisfecho, pues algo en su interior parecía llamarlo a seguir indagando en los secretos del pueblo.

7

# Todos mienten

El amanecer aún estaba lejos de hacer presencia en Kleinvienna, al igual que la solución al enigma que se le había presentado. Envuelto en oscuridad y frío, Weber se encaminó hacia su vehículo. Vertió el contenido del termo sobre la luna y la nieve se deshizo. Tiró de la maneta y se deslizó dentro del habitáculo. Buscó la llave en su gabardina y giró el contacto. El coche no arrancaba. La temperatura dificultaba la ignición. Golpeó con desespero el salpicadero. Cuando la nieve se diluyó sobre los limpiaparabrisas, la estampa del pueblo quedó enmarcada en el cristal templado del Opel. Sus viviendas de madera con los tejados cubiertos de un espeso manto blanco. Las calles empedradas. El mismo tipo alto que vio cuando llegó a Kleinvienna. «¡Coño, el padre Braun!», se sobrecogió. Hizo un amago por salir del coche, pero el tipo caminó y se perdió de vista. Desistió de exponerse más al frío. Sacó de su bolsillo la cartera, la pistola y su libreta y las puso en el asiento del acompañante. Entonces volteó el contacto y arrancó. Aceleró para calentar el motor y puso rumbo a su casa. En su mente revoloteaban los extraños acontecimientos vividos. La carretera estaba desierta, un camino solitario iluminado solo por la luna. El trazado apenas se distinguía de la cuneta por culpa de la nevada. Un aroma peculiar, como el incienso, flotaba en el aire del habitáculo, y lo atribuyó a su presencia en el interior de la iglesia. Weber puso la radio para no dormirse, pero allí no llegaban las ondas de frecuencia modulada. Mientras conducía con el zumbido de la emisora, una mirada fugaz al espejo retrovisor reveló una figura inquietante en el asiento trasero: calva, de piel oscura como la noche y ojos blancos que brillaban con una intensidad sobrenatural. Weber parpadeó, convencido de que era una ilusión, un truco de su agotada mente; ya que había visto a ese hombre pasar por delante del morro del coche cuando estaba estacionado en Kleinvienna. Pero al mirar de nuevo, la realidad se impuso con una claridad aterradora: no estaba solo. Notó una mano gélida por el cogote, luego vio sus dientes perlados que brillaban en la oscuridad. «Es imposible, estaba en el pueblo y pasó por delante de mí hacia una calle».

—Mantenga la calma —habló el que estaba detrás empleando un susurro—. No quiero hacerle daño. El coche estaba abierto y decidí refugiarme para que no me encontrasen. Quiero contarle toda la verdad. Estoy en peligro.

El corazón de Weber comenzó a palpitar con intensidad, como si su pecho albergara una tormenta. No había dudas, en el asiento trasero había un hombre enorme vestido con una camisa negra y una estola

blanca alrededor del cuello que lo identificaba como clérigo.

—¡Sal de mi mente! No existes —se convenció en voz alta.

—Todos mienten. Todos en ese pueblo ocultan un secreto que escapa a su imaginación. Todos… todos mienten.

Weber perdió la atención de la carretera.

Luego el control.

Una curva cerrada provocó que saliese del trazado, y que su coche quedase incrustado en el tronco de un pino.

Su mundo se sumió en oscuridad.

8

# El hospital

El inspector Weber sintió una sacudida en el pecho. Despertó. El sueño que tenía le había resultado muy extraño, pero más aún, las vistas que se abrían ante sus ojos. Ya no estaba en su coche, ahora estaba rodeado de azulejos grises y sábanas aguamarina que decoraban la habitación. No tenía el pijama de franela desvaído ni Micha estaba arrellanado a sus pies. Un rostro conocido lo observaba con atención. No tardó en preguntarle sobre su status quo.

—¿Fleming? ¿Estoy en un hospital?

—De puro milagro —respondió su compañero—. Alguien llamó a una ambulancia y te pudieron rescatar antes de que te helaras.

—No recuerdo nada —hizo un intento por reincorporarse—. Me duele el pecho y el brazo.

—Te comiste un pino, y has reventado tu coche particular. ¡Ni te imaginas el enfado que tiene el *kommissar*!

—¿Qué extraño? Con lo que me aprecia —ironizó.

—Nunca te ha tenido estima. Aun así, me ha asegurado que vendrá a visitarte.

—Ese hijo de puta es capaz de rematarme aquí —bromeó y luego se puso serio, acomodándose en la cama—. Fleming, me ocurrió algo extraño cuando regresaba. Tienes que creerme. Había algo en mi asiento trasero. Un tipo…

—Según los enfermeros que te rescataron, solo había un ocupante.

—¿Qué? —farfulló—. ¿No me crees? Lo vi cómo te veo a ti. Bebí algo de whisky, sí, cuando estaba en casa, pero me pasé horas en el pueblo. Volví fresco… ¡Hija de perra! La alcaldesa me echó algo en el café —cayó en la cuenta bajo la atenta mirada de Fleming.

—Ibas solo.

—No. El padre Braun estaba detrás. Me dejé el coche abierto y se coló dentro huyendo de la majadería de aquel pueblo.

Fleming negó con la cabeza. Weber se sintió confuso.

—Creo que estás bajo una alucinación Weber. Deberías solicitar la baja… permanente.

—Todos mienten —recordó las palabras del inesperado pasajero—. El padre me advirtió. Supongo que descubrió que el pueblo está montando una especie de secta… añadirán alucinógenos a los vinos esos calientes que toman… ¡Claro! Y a mí me lo vertió la alcaldesa en su casa en ese café amargo que me plantó.

Su compañero, delgado como un alfiler y con gafas de metal, lo dejó divagando en voz alta. Una vez le devolvió la mirada, le reprochó su comportamiento.

—Todos mienten. No hay mejor frase para definir la situación —Weber enarcó las cejas ante el comentario de su colega—. Ya que tú me estás mintiendo.

El rostro del paciente se transmutó. Sintió decepción en aquella afirmación.

—Nunca te mentiría, y lo sabes.

—En el coche encontraron este sobre tuyo —le desveló el contenido—. Recuerdo que me hablaste de las pruebas hace ya unos meses. Según el informe está muy avanzado. ¿Cuándo me lo ibas a contar?

—No hallé el valor para enfrentar la verdad. Y después de dos meses, justo ayer noche, abrí el maldito sobre que me sentenciaba. ¡No le cuentes nada al *kommissar*!

Fleming dejó caer una lágrima. Weber siempre estuvo ahí en sus inicios. Le enseñó la ciudad, le apoyó en su carrera e incluso, le salvó la vida tras un tiroteo en una fábrica de estupefacientes, en la que cayeron en acto de servicio cuatro compañeros. Ahora se moría. Le dio un abrazo.

—Tengo que comunicarlo. Si se enterase de que lo sé, y te pasase algo como lo de anoche, se me caería el pelo… y tengo una familia que mantener.

—Dame tres días —lo miró firmemente a los ojos—. Tengo que volver a ese sitio una vez más. Tengo que verificar que lo que hay encima de la iglesia es un cadáver.

—¿Cadáver? ¿Tenían razón esos hippies?

—No te equivocaste con lo de que la alcaldesa está de buen ver, pero no son unos chalados. Allí ocurre algo y pienso averiguarlo.

—Te doy un día.

—Fleming —estiró la mano con la intención de arrebatarle el sobre —. Estuviste en mi boda, en el entierro de mi padre, en el de mi madre, luego en mi divorcio… ahora te pido que me apoyes en mis últimos días. Este será mi último caso. A mucho me quedan seis meses.

Fleming castañeó la mandíbula. Miró al suelo de la habitación de hospital y tomó una decisión al respecto.

—Dos días.

—Suficientes. ¿En qué taller está el coche?

—En el desguace de El Turco. Siniestro total. Es un milagro que estés vivo… Por eso no creo que hubiera nadie atrás. Hubiera quedado como tú.

—¿Me acompañas a Kleinvienna?

—Sí sobrevives al *kommissar* Müller… cuenta conmigo.

# Viejos rencores

El *kommissar* entró en la habitación. Sus pasos eran lentos y pesados. Una barba corta de color cobre que hacían resaltar el verde de sus ojos. Con una mueca seria se acercó hasta la cama donde reposaba Weber. Tomó asiento en el sillón de acompañante.

—Müller, supongo que se ha divertido con todo esto.

—¡No sabes cuánto! —le aseguró sin mirarlo a la cara—. Cuando entró la llamada a la centralita y me dijeron de que trataba el asunto, me pareció tan disparatado como ridículo, que automáticamente me vino su nombre a la cabeza.

—Me hizo trabajar en día de descanso habiendo otros guardias.

—Pero ninguno me cae tan mal como usted. Y no le cuento nada nuevo.

—Algún día, ese rencor enquistado te pasará factura. Hay muchas personas que sufren infartos súbitos o ictus por esta causa, ojo.

—El día que ascendí a *kommissar* te invité a irte a otra comisaría. Te advertí que no te quería en mi equipo, pero no te valió mi consejo. Bernd Weber, y sus cojones de piedra. ¿Por qué te quedaste?

—Porque pensaba que cuando asumieras que Joanna se enamoró de mí de verdad, me perdonarías y lo dejarías todo pasar.

—Para ser tan buen detective, no conoces bien la psique de las personas. Los que son como yo, cuando le hacemos la cruz a alguien no es temporal, es para toda la vida —se remangó la camisa, y le mostró un tatuaje reciente que se había hecho en la muñeca: un escorpión—. Estoy regido por este signo del zodiaco… es mi naturaleza.

—No creo en esas mierdas —atajó haciendo alarde de escepticismo —. Tú eres mala persona y punto.

—Mi consuelo es que Johanna no está contigo. Estás más solo que la una.

—Tengo un gato.

Müller agitó la cabeza, dándolo por un caso perdido. Tras airear los viejos rencores, quiso saber sobre su estancia nocturna en el pueblo.

—Ahora necesito que hagas un flashback, justo horas antes de que te comieras el abeto más grande de Alemania —lo miró a los ojos—. Qué me puedes contar de ese pueblo de chalados.

—Viven sugestionados por una leyenda. En cuanto me den el alta, volveré a Kleinvienna para aportar las pruebas a la alcaldesa de que en el tejado de aquella catedral gótica no hay cadáver. Y todo quedará resuelto, a expensas de que usted me vuelva a enviar a otra mierda de

sitio.

—¿Un cadáver en el tejado de una iglesia?

—A veinte metros del suelo. Y sin acceso de escalera.

—¡¿Se ha caído de una nube?! ¿No me joda? —se levantó del sillón con preocupación sobre el estado de su inspector—. Hablaré con los servicios médicos, y si me dan el okey, acompañará a Fleming a ese sitio. No me fio de su criterio y menos de que conduzca de nuevo. Así que haga el informe correspondiente y cerremos el asunto. Necesito que cubra las vacaciones de Rosch.

El *kommissar* se marchó. Weber pensó en lo indeleble que era el rencor en algunas personas, y pensó que, en el fondo, la había cagado el día que se acercó a la única mujer policía del cuerpo, ganándosela broma tras broma, hasta provocar que rompiese con el aburrido de Müller, y se casase con él. Ahora no era de ninguno de los dos, y ambos tenían que verla en el edificio todos los días con su futuro marido: Rosch.

# En busca de Cenicienta

Weber se afeitó mientras se duchaba, ya que así los poros se le abrían y le resultaba más fácil rasurar su cutis. Se vistió sentado en la cama, tiró la botella de whisky a la basura, y puso pienso y agua al gato. Cogió su arma, los grilletes y un gorro de lana. Se enfundó los guantes y dobló la gabardina sobre su brazo. Salió fuera de su casa y esperó a su compañero. El sol de las 11 de la mañana, se abría hueco entre las nubes que entramaban el cielo. El rugido del potente BMW se plantó frente a la puerta. La figura espigada y sonriente de Fleming, quedó enmarcada en la ventanilla. El inspector rodeó el vehículo y ocupó el asiento de copiloto.

—¿Has traído todo lo que te dije?

—La cámara réflex con teleobjetivo, la bolsa de indicios, una linterna, ropa de abrigo, un cubo de Rubik… Esto último me ralló.

—Es un regalo.

—¿Para la hija de la alcaldesa?

—Para su madre de ochenta años.

—¿En serio? —aceleró y salió del residencial con el morro arrugado.

—Y encima es ciega —añadió.

—¡La leche! Se ve que son peculiares de narices… Indícame para llegar al pueblo.

—Antes vayamos al desguace. He perdido la libreta y creo que la tuve que perder en el coche.

Una vez entraron en la chatarrería, pidió las llaves del vehículo y Weber fue en busca del Opel… o más bien de lo que quedaba de él. Los airbags ocupaban prácticamente todo el habitáculo. El morro era un acordeón y la luna tenía una grieta enorme. Weber supo que, aunque le quedaba poca vida, había vuelto a nacer. A duras penas, abrió una de las puertas traseras. Echó el airbag hacia un lateral y buscó en la guantera. No había más que una barrita de snacks y una bolsa de pistachos por la mitad. Movió las alfombrillas delanteras sin encontrarla. Metió las manos bajo los sillones, y entonces encontró algo: su libreta y el bolígrafo negro. Por suerte estaban intactos. Se arrastró como pudo para salir, y a sus ojos no escapó un objeto fuera de lugar. Lo sujetó y lo sacó hacia el exterior para contemplarlo con detenimiento. Se trataba de un zapato negro de piel de la talla 46, que olía a pie y tenía una plantilla marrón desgastada por el roce. A su cabeza le vino el nombre de quién pudo calzarlo: el padre Braun. Con entusiasmo, anadeó hasta donde estaba Fleming y le mostró el calzado.

—¿Un zapato? ¿Nos hemos desviado por un puto zapato apestoso?

—Ves… no estoy loco. No es una alucinación de mi tumor ni de los brebajes que me echaron a traición en el café. Alguien estuvo en el sillón trasero cuando descarrilé.

—Está en un desguace. Lo ha podido meter cualquiera —dudó Fleming.

—¿Has visto algún trabajador alto aquí? —miró en derredor—. ¿Conoces alguna Cenicienta de dos metros con un 46 de pie?

—No. La verdad es que no es una talla habitual.

—Ese tipo se subió a mi coche. Y me dio un mensaje.

Fleming no sabía si Weber se había encontrado un zapato y lo había puesto dentro para justificar su alucinación, pero como amigo, le dio un voto de confianza.

—Esto abre un nuevo interrogante ¿por qué se montó en tu coche? ¿Por qué se molestó en advertirte?

—Porque en ese infierno de frío helado se oculta algo que quería sacar a la luz. Vayamos en busca de respuestas. Por el camino te pondré al día.

# ¿El padre Braun?

Weber y Fleming, ya pisaban la nieve derretida que cubría las antiguas calles empedradas del pueblo. El aire mordía sus mejillas mientras se dirigían a la iglesia gótica que se alzaba ominosamente contra el cielo invernal. Los pueblerinos, reunidos en círculo, observan los altos del templo en busca de respuestas. La alcaldesa fue a su encuentro. Se realizaron las pertinentes presentaciones y aludieron que venían a destramar el enigma. Fleming levantó la vista hacia arriba ante el ruido que hacían las aves.

—Ayer no había cuervos —se justificó Weber.

—Anoche la nieve conservó el cuerpo como si estuviese en el frigorífico de una morgue. ¡Ha sido asqueroso! Ha empezado a derretirse el hielo de los pináculos y las gárgolas han empezado a escupir un caño rojizo.

—El olfato de las aves carroñeras es inexorable —comentó Fleming escuchando los graznidos.

Los pájaros negros, indiferentes a la conmoción humana, picoteaban el cadáver, arrancando pedazos de lo que una vez fue alguien conocido por todos. Weber se abrió paso entre los asistentes sin chistar. Los murmullos se esparcieron entre la multitud. Fleming se alejó y sacó la cámara réflex del bolso. Colocó el objetivo zoom a la Canon y enfocó en lo alto. Unos dedos morados y engarrotados, sostenían el cordón de oro de un medallón redondo y con relieve. En el tejado yacía alguien inerte. No alcanzaba a verle la cara, pero si vio como un pájaro se llevaba una tira de piel. Le espeluznó tanto que vomitó. Weber en cambio, fijó su vista en el medallón. Un cuervo jugueteaba con él balanceándolo. Destellaba tanto como una estrella fugaz. «No era una gárgola: me equivoqué». Fleming, con el rostro agotado tras haber potado, le confirmó sus sospechas con un susurró que hizo que su abrigo no tuviera el poder suficiente como para mantener a raya los escalofríos que le sacudían la espalda a ramalazos. «Arriba hay un fiambre clavado en una cruz. No le veo el rostro. Y sí, hay un medallón». Sus creencias se desvanecieron en un instante. El loco parecía él. La nieve derretida bajo sus pies, era un recordatorio del ciclo de la vida y la muerte, y en ese momento, la muerte parecía tener el control. Pero él estaba decidido a restaurar el orden, a devolver la paz a este pueblo que ahora se encontraba en la sombra de algo mucho más siniestro que un invierno severo.

—Esto nos da una certeza: estamos ante una inusual escena del crimen —aseguró Weber con un suspiro—. Y averiguaré quién está tras esto.

En ese mismo instante, tras el reconocible graznido de dos cuervos peleándose por los restos, se oyó como algo se deslizaba desde arriba. Dio un par de golpes que resonaron en las cornisas. Finalmente, el medallón cayó a los pies de la muchedumbre. Weber, falto de reflejos, no se acuclilló, sin embargo, atinó en abofetear a un vecino que hizo un intento por recogerlo. Luego, una vecina se lanzó con el mismo propósito, con el mismo ímpetu que Gollum ante el Anillo Único.

—No lo toquéis. Ahora es un indicio criminal relacionado con la muerte del padre Braun. ¡Fleming! Dame una bolsa.

Su compañero se agachó ante la mirada de los que acechaban el objeto atraídos por su ornamentación y su brillo. Weber tocó con los guantes de lana el cordón y contempló la belleza del medallón. Era de oro macizo y de forma circular. Se trataba de una pieza de joyería de un valor incalculable, repleta de simbolismo y detalles finos. En medio, una rosa en relieve, y detrás una cruz. También podía apreciarse un pentagrama apuntando hacia arriba con el sol a un lado y una herramienta alquímica al otro. En el borde tenía una inscripción, que Weber leyó dejando escapar un leve susurro: «*Lux in tenebris*». Impresionado por el diseño, lo guardó en la bolsa para vestigios. Una punzada le vino a la mente: el primer síntoma de que su enfermedad conquistaba su cerebro como lo hace una planta trepadora. El tumulto empezó a cuchichear, el ambiente se tornó sorpresivo. El medallón dejó de ser el centro de atención, pues, alguien venía desde atrás abriendo la muchedumbre como si fuese el propio Moisés en el mar Rojo. La confusión se apoderó del pueblo cuando la figura del padre Braun apareció intacto y con un corte en la ceja desafiando las suposiciones de todos.

—¡No me den por muerto!¡Gracias a Dios estoy vivo! —exclamó el clérigo con su voz resonando en el aire helado—. No sé quién es el hombre que yace allí arriba, pero puedo asegurarles que no soy yo.

La multitud fue a abrazarle. El aprecio que le tenían era más que evidente. La alcaldesa Meyer se quedó indiferente, en su rostro no se vislumbraba pena o alegría. El inspector Weber observaba la escena con su mente analítica procesando cada detalle. La aparición del padre Braun solo añadía más preguntas a un caso que parecía complicarse por segundos.

—Entonces, ¿quién es el afortunado que está siendo devorado por los cuervos? —preguntó Meyer con el rostro expectante.

—No lo sé, pero hay que bajar ese cuerpo e identificarlo —le respondió el inspector.

—Hablaré con el *kommissar* para que envíe los servicios de rescate. ¿Hay una gabina de teléfono?

—No. Pero puedes usar el de mi casa —le ofreció la alcaldesa.

—Haz la llamada, pero luego plántate en persona en comisaría, y

muéstrale las fotos. Le costará asumir que me dio una mierda de llamada y que ahora soy yo el inspector asignado en uno de los casos más inquietantes de los últimos años —se recreó con la idea—. ¡Ah! Y llévate el medallón.

—¡Eh! El medallón es mío —se pronunció el cura de dos metros.

—Tranquilo, no lo voy a vender en la casa de empeños —espetó Weber—. Será llevado al Grupo de Científica para que busquen indicios. Luego se lo devolveré a su dueño.

—Ese medallón no va a salir de este pueblo —se puso agresivo engrosando su mirada y encajando la mandíbula, en cuyos bordes tenía sangre seca—. Es mío.

Weber sacó sus grilletes, se acercó con lentitud a Braun, y con maestría esposó al clérigo. Este no opuso mucha resistencia.

—Tú y yo, tenemos mucho de qué hablar. Por tu culpa me salí de la carretera y he destrozado mi Opel… Además, tienes signos evidentes de que has forcejeado. ¿qué tenías que contarme?

Evi Meyer acompañó a Fleming hasta su casa para que realizase la llamada. No les dio tiempo a desaparecer de la plaza, cuando alguien vino corriendo y con un brazo colgando a un lateral. Su piel era negra como el azabache y tenía la misma ropa que vestía el que estaba esposado junto a Weber. Fleming los observó con asombro: ladeando su cabeza como quién está viendo un partido de tenis de Nadal contra Federer. Aquellos dos hombres eran idénticos. Lo único que los diferenciaban, dejando de lado las heridas, era solo detalle: al recién llegado le faltaba un zapato.

—¡Ese no es el padre Braun! ¡Es un impostor!

—¡¿Mi doppelgänger?! —respondió el que estaba esposado lanzando una plegaria—. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado…

—Sé toda la verdad. Y hoy desvelaré la aterradora maldición que se cierne sobre Kleinvienna, y el secreto macabro que ocultan algunos de sus habitantes —retomó el aire el otro cura—. Agentes, aquí todos mienten…

# Nieve roja

En la plaza, el silencio caía como copos de nieve, cada uno un susurro de incredulidad que se posaba suavemente sobre el empedrado. Los aldeanos, estatuas vivientes esculpidas en asombro, miraban fijamente el gemelo idéntico del padre Braun. El manto blanco crujía bajo sus pasos, en una sinfonía de hielo que rompía el velo del silencio, advirtiendo que no se trataba de un fantasma ni un espectro: era alguien de carne y hueso.

El otro padre Braun, que hacía lo posible por sostenerse el brazo luxado, hizo un amago por hablar. Pero en ese instante, se oyó un grito: «¡Hijo de la gran puta! ¡Aquí estás! ¡Me has arruinado, pero pagarás mi deuda con tu vida!». De repente, un estallido sordo rompió la calma, un sonido que parecía no venir de ninguna parte y de todas partes a la vez. Los asistentes quedaron inmóviles, sus ojos abiertos por la sorpresa, mientras el clérigo caía de rodillas con el pecho estallado por un disparo por la espalda. La nieve, antes pura y blanca, comenzó a teñirse de un rojo intenso, expandiéndose en un patrón macabro alrededor del cuerpo del clérigo. El contraste resultó estremecedor. A pesar de su herida, pudo decir unas palabras al inspector antes de caer de bruces con el rostro hundido en el tapete blanco que amortiguaba el adoquinado.

—El zapato…

Al tumulto se sumó el vaquero Emil Krüger con un rifle de caza y los ojos blancos envueltos en ira. Cargó el arma dispuesto a realizar otro disparo.

La alcaldesa, llena de valentía y decisión, se arrojó contra Krüger como una jabata. Lo redujo, le quitó el rifle y lo sometió a una manta de golpes hasta dejarlo desarmado.

—¡Ya lo has matado, desgraciado! —le recriminó en la refriega.

—¡Anoche lo vi matando a mis vacas! —explicó desde el suelo—. He invertido mis ahorros en esos animales. ¡Solo he hecho justicia!

Mediante un certero golpe en la mandíbula por parte de Meyer, el vaquero quedó inconsciente y en silencio.

—¡Qué clase de locura es esta! —relató Fleming corriendo hacia el que se desangraba—. ¿No vais a hacer nada? ¡Llamad a una puta ambulancia!

El bibliotecario se ofreció a ir. Hizo rodar su silla de ruedas dejando un cerco en la nieve.

—Fueron ellos —declaró el clérigo ileso, acaparando la atención—. Ellos dos han orquestado todo esto.

—¿Quieres callarte? —le requirió Weber al padre Braun. A ras de

suelo, Fleming confirmaba que el otro cura no tenía pulso—. Ahora me lo explicarás en un lugar discreto. Tapad a este hombre con una sábana, y todos a sus labores. ¡Tú! —señaló a la alcaldesa—. Acompáñeme. Tenemos que hablar muy seriamente.

Fleming levantó al homicida con ayuda de un vecino, y lo encaminó hasta casa de la alcaldesa dejando un halo de conmoción en todos los presentes. Weber, custodió al Braun vivo hasta el cabildo.

—¿Hay algún calabozo en Kleinvienna? —preguntó Fleming, con la tez roja producto del esfuerzo.

—No. No hay vigilantes ni fuerzas del orden. Pero hay una armería en desuso con una puerta maciza y rejas en las ventanas en el cabildo, donde alguno con la mano larga y unas cervezas de más, se ha pasado la noche durmiendo.

—Además de la alcaldesa, veo que es usted la sheriff de este pueblo. ¿Cómo se las apaña con estos animales salvajes?

—Con un rifle de caza y con los cojones que he heredado de mi padre —atajó la alcaldesa.

—*Touché* —expresó Fleming haciendo un gesto de esgrima.

—¿Qué piensa hacer con estos dos, inspector? —quiso saber Meyer.

—Voy a interrogarlos. Hoy no me voy de aquí hasta destramar qué demonios ha pasado.

En el camino se encontraron con el bibliotecario. Su rostro no advertía buenas noticias.

—No va a venir nadie. No hay línea telefónica. Igual con la nevada se han estropeado las antenas repetidoras.

—¡Mierda! Habrá que ir hasta el siguiente pueblo para realizar la llamada.

El bibliotecario se refugió de nuevo en la biblioteca. Y dejó a los policías con la alcaldesa.

—No, Fleming. Esto es una oportunidad para resolver el crimen, y que el *kommissar* nos dé la palmadita en la espalda.

—Los fiambres no se van a mover del lugar y, además, tenemos al autor material del asesinato. ¡Te ayudaré a conseguir tu propósito!

La investigación había comenzado, y con ella, la cuenta atrás para descubrir la verdad oculta en las sombras de Kleinvienna.

# Escéptico versus creyente

Con el vaquero encerrado en la habitación de la antigua armería, y Fleming custodiando al padre Braun, Weber aclaraba con Meyer ciertos aspectos que le inquietaban, en una sala contigua.

—Quiero comentarle algo. Ayer tuve un accidente cuando salí de este pueblo, estoy vivo de milagro —le mostró un vendaje en las costillas a causa de llevar el cinturón—. No descarrilé porque me quedé dormido, sino porque alguien se escondió en mi vehículo: el padre Braun. En plena marcha, antes de coger una curva cerrada, me asustó. Ese tipo me dijo que aquí todos mentíais. Cuando desperté pensé que era una alucinación, provocada de alguna manera, porque mi café fue adulterado —Meyer hizo un mohín—, pero no, ese hombre era de carne y hueso, y ahora está sobre la nieve de la plaza del pueblo bajo una escabechina de sangre —hizo un intento por fumar, pero el tabaco le supo a rayos—. Le cuento esto porque quiero que sepa que voy a destramar la ilusión óptica que queréis que me crea. Voy a averiguar dónde está el truco, y espero que esté preparada para el ridículo que va a sentir cuando la verdad le sacuda la cara.

—Usted lo ha visto con sus propios ojos. Son lo doppelgänger. Yo no creo en maldiciones, pero si le soy sincera, no es la primera vez que este fenómeno toma protagonismo en mi pueblo.

—Hasta hace poco, se creía que la daga de hierro de Tutankamón, era un regalo de los extraterrestres, ya que no existían en el siglo XIV a.C, hornos capacitados para a tan alta temperatura como para fundir este metal. Pero hace poco, se ha podido demostrar científicamente, que esa daga está compuesta de hierro meteórico. No, no estaban más avanzados gracias a los marcianos, simplemente, dieron forma a algo existente en la naturaleza, como fue la recogida de un meteorito por un visionario —tras el inciso cultural dio paso a las pesquisas—. Ahora volvamos a Kleinvienna. ¿Había alguna rencilla entre el cura y el vaquero?

—Nada. Pero según confesó Emil Krüger antes de que lo noquease, al parecer el padre Braun se dedicó a matar su ganado.

—¿Y usted lo cree?

—Para nada.

—¿Ves? Usted supone, y yo me baso en lo palpable. Ahora irá con Fleming a la vaquería de este malnacido y verificarán si es cierto. Yo mientras tendré un careo con el otro Braun.

—Está bien —no se opuso.

Volvieron a la sala de la armería, donde el cura estaba sentado alrededor de una mesa de mármol con las manos sobre ella. Fleming

estaba pegado al teléfono, haciendo un intento por llamar, pero ciertamente, no había línea.

—Fleming. Te toca darte un paseíto por el campo con Meyer. Quiero saber qué motivos llevaron a Krüger a cometer el asesinato. Llévate la cámara por si acaso.

Con la ropa de abrigo puesta, salieron a buscar la granja del homicida. Weber tomó asiento con aires de superioridad. No quería sentirse inferior ante aquel alemán de ascendencia camerunés que le sacaba dos cabezas.

—No lo veo muy sorprendido después de lo que ha presenciado ahí fuera, inspector. Supongo que los años de carrera, han creado en usted una máscara anti emocional que evita que pestañee ante sucesos tan atroces como este.

—Digamos que últimamente, solo tengo capacidad para compadecerme de mi mismo —le respondió Weber con total frialdad —: sufro una enfermedad terminal. En menos de seis meses, estaré muerto o hecho un vegetal. Por esa razón, antes de irme al otro barrio, quiero resolver este caso, y quedar con un expediente laboral intachable.

—Ya veo que tiene orgullo. Pero le diré que cuando pase un año tras su fallecimiento, no le recordará ni su mejor amigo. Solo hablarán de usted en las comidas de Navidad recordando alguna anécdota graciosa. El tiempo nos hace polvo que se lleva el viento.

—No se disipe. Centrémonos en lo que ocurrió anoche. Empiece a relatar —le exigió sacando su libreta y el bolígrafo Staedler negro.

—Estuve dando la homilía como cada sábado. La iglesia estaba muy concurrida de fieles. Fui a por el vino y las hostias para comulgar. Repentinamente se fue la luz. Allí había alguien, que me golpeó en la cabeza. Quería mi medallón y se lo llevó. Aturdido no se me ocurrió otra cosa que ir a pedir ayuda a la taberna. Temí por mi vida. No sé más. Me metí en algún lugar a refugiarme del frío y volví hace una hora cuando pensé que el peligro había pasado.

—¿Vio aquella noche al vaquero?

—Lo vi en la taberna. Pero viendo que hay dobles en este pueblo, pudo ser él quién en complot con mi doble pactasen el robo de la joya.

—¿Y sobre la forma de subir ahí arriba? ¿Conoce algún método?

—Le diría que no es la primera vez que ven a alguien reptando por las paredes… pero si lo que busca es una respuesta creíble, Krüger tiene un pasado relacionado con el deporte. He visto varios trofeos cuando he ido a su vaquería a comprar quesos. Pero ni una persona ágil con veinte años, podría subir tan alto sin morir en el intento.

—Entiéndame. Como representante de la ley, mi deber es buscar explicaciones racionales. La mayoría de los fenómenos tiene una base científica, aunque no siempre sea evidente.

—Pero, inspector, ¿no cree que hay más en este mundo de lo que nuestros sentidos pueden percibir? Como dijo Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que puede soñar tu filosofía».

—Es una cita interesante, pero como investigador escéptico, debo adherirme a los hechos. Si no podemos medirlo o probarlo, ¿cómo podemos darle credibilidad?

—La evidencia que busca en este pueblo, puede no ser tangible en el sentido tradicional. Hay innumerables relatos personales y documentación de experiencias que desafían la explicación científica. Somos seres limitados, con solo cinco sentidos.

—Los relatos personales son subjetivos y pueden estar influenciados por una variedad de factores psicológicos —cruzó sus brazos sobre el pecho—. Soy un hombre de ciencia. No me venda la moto con habladurías y leyendas antiguas.

—La ciencia misma está en constante evolución, inspector. Lo que una vez fue considerado imposible, ahora es parte de nuestro entendimiento cotidiano… Talvez lo paranormal sea ciencia que aún no comprendemos.

Weber anotó esa última frase como buena y la remarco en su libreta.

—Entiendo que además de buena oratoria, tiene cultura y una mente abierta. Pero, necesito un culpable de carne y hueso. No un fantasma. ¿Entiende?

—El que busca encuentra. Y es posible que lo que usted no quiera creer, se manifieste frente a su cara, y no tenga más remedio que afrontarla para no caer en la locura de lo inexplicable.

—Supongo que mantener la fe en Dios, le ha abierto la mente para creer en cosas etéreas. Pero cuando esté enchironado, a la hora de la verdad, a ver quién viene a rescatarlo.

—Ya veremos quién necesita el milagro al final de esta partida…

—¿Partida? —se arrellanó sobre la silla e irguió su espalda—. Esto no es un juego. Hay dos muertos siendo devorados por los cuervos.

—Y mientras usted tenga el medallón en su posesión, le ocurrirán cosas. No le dejarán que lo saque del pueblo.

—¿No me diga? —respondió con sorna y se reiteró—. ¿Quién me lo va a impedir?

—Exactamente no es un medallón… es una llave hacia lo desconocido. Digamos que el colgante está maldito.

—Y yo también, como le dije, una enfermedad me ha puesto fecha de caducidad. Pero mientras me quede vida, le diré que no voy a creer ni una sola patraña que salga por su boca.

Weber se alejó de aquella mirada penetrante del cura. Abrió la puerta y recibió el frio helador en su rostro. Sacó la cajetilla de tabaco

y la arrugó entre sus dedos, como si el accidente le hubiese quitado las ganas de fumar. Tras su figura, oyó a Braun alzando la voz desde el interior.

—No se cegué por sus convicciones, inspector: entre las sombras de lo conocido, se ocultan misterios que nuestros ojos no pueden descifrar…

# La vaquería de Krüger

La alcaldesa Meyer y el investigador Fleming caminaban por la zona perimetral del pueblo, donde la nieve formaba un manto inmaculado que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El frío era cortante, pero la alcaldesa parecía inmune a él, ya que estaba acostumbrada a las bajas temperaturas de Kleinvienna.

—Los ganaderos de aquí son gente resistente —comentó con orgullo señalando hacia unas figuras que trabajaban en la distancia—. La nieve no detiene su labor, si acaso, la endurece. Cuidan del ganado como si fuesen parte de su familia, pues la mayoría dejó sus vidas atrás, y emprendieron aquí invirtiendo sus ahorros en reses.

—Supongo que no hay muchas opciones de emprendimiento en un lugar como este. No debe crecer nada con tanta nieve, y supongo que hay lobos y otras alimañas que buscarán refugios en las cabañas —dijo mirando un pellejo alargado entre dos piedras que debía pertenecer a una serpiente.

—La mayoría de los que vienen aquí, buscan alejarse de la sociedad, ya sea por su pasado o su estilo de vida. No le voy a mentir, subinspector Fleming, Kleinvienna es un pueblo dormitorio para personas que trabajan en localidades vecinas, pero también un refugio de gente con problemas.

—A mi observación no escapó que entre la multitud no había adolescentes ni niños. Supongo que no hay una escuela.

—Exacto. Es un pueblo con una media de edad de cincuenta años, y sin natalidad. ¡Buen olfato! Supongo que se ha fijado en ese detalle porque tiene familia.

Fleming se sentía cómodo hablando con Meyer. La alcaldesa, a pesar de sus modales rudos, tenía encanto.

—Sí. Tengo mujer y tres hijos: Olga, Joan y Wendy.

—Usted es joven. Supongo que son pequeños.

—Nos pusimos manos a la obra de inmediato, con veinte años vino el primero —le aclaró entre risas—: Joan. Tiene dieciséis, es el mayor. Luego, Olga que tiene catorce, y… —hizo una pausa con apuro—. La pequeña Wendy.

—Llámame entrometida, pero he notado cómo ha puesto entusiasmo al nombrar al varón de la casa, y cómo ha revelado el nombre de la pequeña con tristeza. ¿Es de pensamiento machista? ¿Le da valor por ser chico?

—Para nada. Solo que estoy orgulloso de Joan. Sufrió bullying desde pequeño, debido a su orientación sexual. Ahora tiene el respeto de todos: es portero titular de un equipo de futbol de la Bundesliga 2

—sorbió—. Y el tono fue de pena, porque Wendy nació con un problema congénito en los ventrículos. Siempre está ingresada, ya que conforme crece, hay que intervenirla en el corazón. Pero es una luchadora, su hermana Olga no se separa de ella. Somos una piña. ¡Saldrá de esta!

—Por supuesto, con el apoyo de todos los miembros de su familia y lo que ha avanzado la medicina, pronto su enfermedad será una anécdota —lo consoló—. Ojalá yo hubiera recibido ese cariño de mi padre… Pero era un borracho desgraciado. Menos mal que ya no está —recargó sus palabras con ira—. Vivo con mi madre. Yo cuido de ella y ella me da compañía.

—¿Está casada?

—Estuve. No tengo hijos.

—¿Se privó de ellos por su mala infancia?

—Acierta todas, Fleming —le aplaudió su don—. Dicen que a un hijo se le quiere mucho, y no me perdonaría jamás si mi marido le hiciese pasar por lo mismo que yo padecí.

—¿Y actualmente tiene pareja?

—No.

—Porque no quieres —la halagó—. Es guapa y encantadora.

Meyer se puso seria. Fleming pensó que se había enojado por el piropo, pero era otra cuestión la que le cambió el gesto. Señaló con el dedo índice hacia los aledaños de la vaquería de Krüger. El descubrimiento resultó ser macabro. Ante ellos yacían los cuerpos sin vida de seis vacas, cada una con heridas que desafiaban toda explicación lógica. Fleming corrió hacia el sitio para contemplar con más detalle la escena.

—Ese vaquero tenía razón. Las han matado y de una manera cruel.

—Esto… no es obra de un depredador común —murmuró Meyer con asombro, examinando las marcas que parecían más precisas que las de cualquier mordedura de animal—. Son muy características.

—¿Qué clase de criatura puede haber causado estas heridas? Yo soy un tipo de ciudad y entiendo poco de la naturaleza salvaje.

—Ninguna conocida por estos lares.

—Ya. En otros tiempos estas heridas hubieran dicho que son señales de algo… paranormal —opinó Fleming mientras levantaba la vista hacia ella, pues las evidencias ante sus ojos planteaban preguntas que no podía ignorar—. ¿Estamos ante un ritual satánico elaborado por un clérigo?

—Igual las respuestas estén dentro de su casa. Pasemos.

Fleming sacó un puñado de fotografías y siguió a Meyer. Esta dio un salto por encima de la valla de madera y se adentró en la cabaña. Las paredes de madera crujían por el peso de la nieve. Al abrir la puerta, fueron recibidos por un caos de objetos personales y

herramientas de granja esparcidos sin cuidado, como si una tormenta hubiera pasado por el interior.

Sobre una mesa desvencijada, una calculadora Casio con el botón de igual y el de restar, borrados por el uso. Hacía las veces de pisapapeles para una pila de facturas impagadas a proveedores. Este desorden se mezclaba con utensilios de cocina sucios y un plato con un hueso roído. La estufa de leña aún conservaba calor de un fuego reciente, y el olor a café viejo flotaba en el aire, mezclándose con el de la leche agria. En las esquinas, tinajas de barro y unas botas de agua. En la habitación contigua, no había cama, más bien era un trastero, donde se acumulaban trofeos y fotos que hablaban de un pasado como alpinista y escalador. También había vestimentas típicas para llevar a cabo aquel hobby, testimonio de una pasión que trascendía el trabajo del campo.

—Cuando creemos conocer a nuestros vecinos, más nos sorprenden —se asombró Meyer.

—Podría haber sido él —murmuro Fleming achinando los ojos—. Tiene la habilidad de trepar por las paredes de la iglesia asiéndose a los salientes.

—Se le ve en forma, pero no reboza juventud como en las fotos. ¿Quién es el otro?

—Parece su gemelo —formuló acercando sus gafas a la instantánea —. Son idénticos salvo por la largura del pelo.

Fleming tomó la cámara y fotografió aquel collage de recuerdos del pasado. La alcaldesa, oyó un siseo por encima de sus cabezas, y echó un vistazo al techo. Con pasos sigilosos volvió al salón. Recogió el cuchillo de la mesa con disimulo. Se acercó por detrás del subinspector en silencio y lo observó mientras iluminaba a golpe de flash la habitación. Fleming se volvió, y vio a la alcaldesa empuñando el cuchillo.

—¿Qué haces con eso? —preguntó con cierto temor.

—¡No te muevas!

—Pero que dices… Estás en complot con…

La alcaldesa lanzó el cuchillo.

Dejó clavada a una serpiente venenosa que se enroscaba en la viga de madera que sostenía el tejado.

—Donde hay ganado, hay serpientes.

—Bonito paralelismo para aplicar a Kleinvienna. Alcaldesa, volvamos antes de que nos mate cualquier cosa.

# Sentencia

El inspector Weber hizo un cambio: el padre Braun por el vaquero Krüger. Ahora lo tenía delante. Su rostro era alargado, con un hoyuelo en la barbilla y cuarenta años a sus espaldas. Tenía los brazos fuertes y los ojos celestes tan claros como el agua de un manantial.

—¿Sabe que ha asesinado a una persona? —le refrescó la cabeza.

—He hecho justicia.

—Ahora está arruinado y se pasará los siguientes veinte años en una cárcel. ¿Por qué lo hizo?

—No he matado a una persona, he matado a un monstruo.

—Claro —le respondió dando vueltas a su sien con los dedos.

—Era un gemelo maldito. Hay varios en el pueblo. Yo los he observado. Y te diría —bajó el tono—, que se están llevando a los originales a algún lugar.

—Y si dices que es un doble ¿cómo diferencias a las copias de los originales?

—El padre Braun tiene varias verrugas en el cuello de llevar el medallón colgado. Lo sé, porque este venía a comprarme leche por las mañanas y una vez le di el consejo de que se frotara con ajo o con la leche del brote de una higuera para eliminarlas.

—Aquí no hay higueras —hizo una mueca de dolor con la jaqueca que se instauraba en su cabeza.

—Aquí no. Pero he visto mucho mundo y conozco algunos remedios de pueblo.

—¿Y después de ver tanto mundo cree en doppelgängers? ¿Se viene a vivir a un sitio de mierda como este?

—Soy una persona al que las cosas le han ido mal en la vida. Tenía deudas con gente peligrosa. Y esperaba que aquí no me encontraran.

—Ellos no le encontrarán, pero la ley hoy le ha dado alcance.

—Todos tenemos un final. Pero hágame caso, no soy un loco. Aquí pasan cosas muy raras. ¿Se ha dado cuenta que hay muchas más mujeres que hombres?

—Ahora que lo dice…

—Yo ya tengo mi destino truncado. Pero usted está todavía a tiempo de conocer la verdad —le dijo con aires de misterio—. Abra en canal a uno de esos dobles y se sorprenderá.

Weber cerró los ojos como si fuesen rendijas. Como si pudiese analizar la mente y el comentario anexo.

—¿Usted lo ha hecho?

Krüger no respondió. Bajó la mirada hacia la superficie de la mesa, y no volvió a abrir el pico, dándole a entender que sí. En ese mismo

momento llegaron Meyer del brazo de su madre, y Fleming.

—Se espera un temporal de nieve. El cielo está muy oscuro y hace un frío que pela —aclaró la alcaldesa—. Me da miedo dejar a mi madre sola. Por cierto, tenéis que iros antes de que se ponga el día feo.

—En cuanto oiga vuestra versión —se llevó las manos a la coronilla tras sentir una aguda punzada—. ¡Dios! Tengo que tomar una decisión respecto a la inocencia o culpabilidad del padre Braun y Krüger.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber la alcaldesa.

—La cabeza me va a estallar. ¿Tienes un ibuprofeno?

Se quitaron las prendas de abrigo y encendieron el caldero. Frotaron sus manos al candor de la leña. Desde la ventana, se veía como la nevada no era más que un susurro de copos ligeros que danzaban en el aire con la promesa de una despedida tranquila de camino a la capital. La alcaldesa miró en el botiquín donde tenía algunas cosas para males menores, ya que en el pueblo no había enfermería, y encontró una tableta de analgésicos. Llenó un vaso de agua y le hizo entrega a Weber. El inspector, como si se tratara de un trueque, le hizo entrega del flamante cubo de Rubik para que se lo entregara a su madre. La anciana se entusiasmó y empezó a deformarlo girando las caras.

—¿Sabe hacerlo a pesar de su ceguera? —preguntó Fleming lleno de curiosidad.

—No. simplemente la relaja. Al girarlo actúa como un juguete anti estrés.

—Yo tenía una pelotita de goma —aclaró.

—Centrémonos —llamó la atención Weber—. ¿Qué habéis encontrado?

Fleming reveló lo que encontraron en la vaqueria del susodicho, que los miraba ahora con rostro asesino. El padre Braun mantenía la oreja pegada a la puerta sin perder detalle.

—Esas heridas… no parecían naturales, inspector. Demasiado precisas, demasiado limpias para ser obra de un depredador —se alejó del fuego para hablarle de más cerca—. No hay explicación.

—Emil Krüger, ¿tenía razón entonces?

—Sí —intervino Evi Meyer cortando la mirada de los dos policías.

—Pero encontramos algo interesante —sacó de su abrigo una foto y la puso sobre la mesa entre Weber y Krüger—. Este vaquero fue alpinista. Lo cual lo dota de habilidades para escalar y asirse en vertical con las manos aprovechando cualquier saliente.

—¿Y el que está a su lado? —señaló la fotografía—. ¿Es una copia?

—Es su cómplice.

—Es mi hermano mellizo. Y él no vive aquí. Reside en los Alpes

desde hace años. ¡No veáis fantasmas donde solo hay sábanas!

—Yo nunca lo he visto en el pueblo —aclaró Meyer.

—O sí… son idénticos.

—Yo no he subido a ningún lugar y no he intentado robar ningún medallón junto a mi hermano, ¿entienden?

—Pues a mí me cuadra todo —resolvió Weber poniendo en liza todo el potencial de su mente—. Wager es una persona con un pasado marcado por las deudas. También es un hábil escalador que ahora vive de las vacas lejos de la sociedad. El padre Braun iba a su casa a por leche, y este, viendo el valor del medallón en el mercado, decidió provocar el apagón para robárselo. Pidió ayuda a su hermano, diestro en el arte de subidas en vertical con ayuda de las manos. Pero algo salió mal, quizá la codicia de querer el medallón para venderlo… y tras una discusión, Krüger acabó con su hermano, y pensó en un lugar donde nadie lo encontraría: el tejado de la iglesia. No se puede acceder por la escalera, y la nieve conservaría el estado de putrefacción del cuerpo, dejando que lo cuervos con su parsimonia, desmenuzasen el cadáver picotazo a picotazo dejando tan solo los huesos. ¡Un crimen perfecto! Supongo que algo salió mal al final, y en un último esfuerzo, su hermano le arrebató el medallón a este individuo sin escrúpulos. El padre, en venganza, no te delató, pero mató a tus vacas. Caso cerrado.

—Y una mierda… —masculló Krüger—. No me vais a cargar el muerto del tejado de la catedral. Mi hermano está muerto, tuvo un accidente en el K2. No tiene nada que ver con este maldito pueblo.

—He dicho caso cerrado —se reiteró Weber—. Todos vieron como mataste a sangre fría al padre Braun.

—Ha sido obra de un monstruo… y aquí conviven entre nosotros. Dígame Fleming, ¿cómo explica las heridas de las vacas?

De pronto, el cielo se oscureció y la nevada se transformó en una fiera tormenta. Los copos caían ahora con una intensidad implacable, cada uno como un sello que cerraba el capítulo de su investigación. Los dos policías se miraron, la posibilidad de lo paranormal colgando entre ellos como la nieve que se acumulaba en el alféizar de la ventana. El viento comenzó a aullar como un lobo perdido de su manada. Aquella suposición era un terreno desconocido, un debate que ninguno de los dos estaba preparado para tener.

—Por ahora —dijo Weber finalmente—, debemos apegarnos a lo que sabemos, a lo que podemos probar. Pero mantendremos la mente abierta, porque en Kleinvienna parece que lo imposible no está tan lejos de la realidad. ¡Vayámonos de aquí!

La anciana hizo un clic al girar unas de las capas del cubo. Luego, habló mirando hacia donde no había nadie.

—¿Se llevan el medallón fuera del pueblo?

—Mamá, no te metas en los asuntos de la ley.

—No —sentenció Weber—. El medallón lo custodiará la alcaldesa Meyer, sabrá cómo protegerlo si es necesario.

—No lo dudes —lo recibió bajo la atenta mirada de Krüger.

—Tiene un rifle de caza y los cojones que heredó de su padre —agregó Fleming con una sonrisa.

—¿Qué hago con el padre Braun? —Meyer quiso saber las pautas.

—Suéltalo una vez nos hayamos ido. Ya tenemos al culpable.

Krüger negó con la cabeza con cierta indignación.

—Me refiero a que yace en la plaza bajo la nieve y con el pecho abierto de par en par…

—¿Tiene un rollo de bolsas de basuras? Nos lo llevamos en el maletero.

Fleming se puso blanco con la proposición.

—Igual no cabe. Este tipo mide casi dos metros —señaló hacia la habitación.

—Si tenemos que dejarle los pies por fuera y atarle un pañuelo rojo en los tobillos, lo haremos Fleming. Por mis huevos que me lo llevo como prueba para enchironar a este asesino.

Aguardaron a que amainara el temporal para marcharse, junto a la chimenea, mientras le daban vueltas a todo lo que estaba por venir.

# No está

La plaza estaba silenciosa, pues todos los vecinos se habían guarecido del frío en sus casas de madera. La noche se sobrevino de manera precoz, y las sombras sobre la nieve se volvían más oscuras. Los policías Weber y Fleming, caminaban junto al arrestado Krüger que, a pesar de su paso aplomado, no oponía resistencia. Cuando llegaron a los aledaños de la iglesia para rescatar al otro padre Braun, no pudieron ocultar su asombro: el cuerpo no estaba. En su lugar había un rastro carmesí, semienterrado en el manto nuevo que había sumado el temporal a las calles empedradas.

Weber arrugó el ceño, su mente analítica buscaba explicaciones lógicas.

—Alguien se llevó el cadáver —dijo con firmeza—. Y no cualquier persona, sino alguien que sabía exactamente cuándo y cómo actuar.

Fleming asintió, su mirada siguiendo el rastro de sangre que se desvanecía en la distancia.

—Esto cambia las cosas. No estamos lidiando solo con un asesino, sino con alguien que quiere controlar la narrativa de lo que está sucediendo aquí.

—Necesitan más pruebas —respondió Krüger con su voz temblorosa—. Esto es una señal de que hay fuerzas en juego que no comprendemos completamente. El padre Braun que asesiné no degolló las vacas… más bien se las comió. Ahora igual ha resucitado… Aquí las cosas solo pasan por la noche.

Los dos policías intercambiaron una mirada. Sabían que el caso se estaba enturbiando, que cada nuevo descubrimiento los llevaba a un nivel más profundo en aquella red tejida de secretos y mentiras. Pero no querían sugestionarse más de lo racionalmente admisible para un par de escépticos, y se decidieron a encontrar donde podía estar el cuerpo. Con el rastro de sangre como su única guía, se adentraron entre dos calles. La marca de haber sido arrastrado había sido cubierta con nieve adrede. Entre tiriteras producidas por el frío, llamaron a una casa donde parecía que podía haberse refugiado el padre Braun. Una mujer de pelo rubio y lacio les abrió la puerta. Registraron la casa y no hallaron nada sospechoso. La madera del suelo estaba inmaculada y la sábana que le echaron por encima no aparecía por ninguna parte. Abandonaron la vivienda y Weber pensó donde lo ocultaría él. Recordó el testimonio de la alcaldesa el día en que llegó por primera vez «el padre Braun fue a la taberna a pedir ayuda». Elevó la mirada y vio el cartel realizado en forja donde ponía: «Der Letzte Doppelgänger».

—¡Allí! —leyó y corrió hacia el local. Empujó la puerta, y una bofetada a cerveza añejada le sacudió el cutis—. ¡Lo sabía!

Fleming llegó segundo más tardes, ya que custodiaba a Krüger. Su cara mostraba asombro. En el suelo, con los ojos en blanco y la camisa llena de agujeros producidas por los perdigones de la escopeta de cartucho, yacía sin vida el otro padre Braun. Bajo él, estaba la sábana con la que lo cubrieron. Le faltaba el zapato de la talla 46, pero hubo un detalle que no escapó a Fleming mientras lo metía en la bolsa: el cadáver tenía entre sus rígidos dedos, la insignia de tela bordada de la BKA, en la cual ponía Inspector M. Weber. Lanzó una mirada para comprobar si su compañero la había perdido moviendo el cuerpo, pero tenía el abrigo puesto y era imposible adivinarlo.

«No me digas, amigo mío, que has traído tú el cuerpo aquí, mientras yo estaba con Meyer en la vaquería, para hacerme creer en lo que tú no crees», malpensó sintiendo un pellizco en su corazón.

—¿Cómo sabías que iba a estar aquí? ¡Ya! Ahora es cuando dices que el letrero lo has interpretado como una señal: el último doppelgänger. No te pega seguir estas pistas con lo escéptico que eres.

Weber se encogió de hombros.

—Alguien lo ha puesto a salvo de la nevada para que no quedase sepultado —espantó cualquier atisbo conspirativo—. Metámoslos en la bolsa y vayámonos de esta mierda de pueblo de una puta vez.

# Encuentro en la carretera

La noche había caído sobre la carretera, un manto de oscuridad solo roto por los faros de su coche. Weber, con la determinación marcada en su rostro, se dirigía hacia su comisaría para entregar el informe y las pruebas al *kommissar*, convencido de que daría por cerrado el caso con éxito. Fleming iba en el asiento trasero junto a Krüger, para evitar que saltar en plena marcha. En el maletero, el cadáver del padre Braun con varias bolsas de plástico negro como sudario. En el coche había silencio, solo el murmullo del motor evitaba que el mutismo resultase incómodo. Weber, sin perder de vista la zigzagueante carretera, se sumergía en sus pensamientos asimilando todo lo sucedido. Fleming vio algo en mitad de la carretera. Por un instante pensó en un ciervo. Luego, vio que la silueta era espigada y que se sostenía sobre dos piernas.

—¡Frena! ¡Allí hay alguien! —le advirtió aferrándose al cabezal del asiento delantero.

Weber frenó en seco. El coche se deslizó unos metros, quedando lo suficientemente cerca de aquella figura como para distinguir que se trataba de una persona.

—¿Qué…? Parece un policía…

—No hagas lo que creo que vas a hacer —temió Fleming viendo como buscaba algo en la guantera—. Entretenlo… voy a atropellar a ese monstruo.

Con el corazón latiendo con fuerza, el inspector se bajó del coche, linterna en mano. La luz reveló no a un extraño, sino a su propio reflejo, un doble que lo miraba con una expresión idéntica a la suya. Fleming pudo comprobar que el otro, llevaba la gabardina abierta y en el pecho de su chaqueta le faltaba el bordado.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Weber con la voz temblorosa, dejando un halo de vaho tras la última vocal.

El clon no respondió, simplemente se quedó allí, un espejo viviente en medio de la carretera solitaria. El original sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. El doble abrió los ojos como platos, un rugido venía por la espalda del Weber verdadero. En un acto inesperado, su doppelgänger lo placó ladera abajo salvándolo del atropello. Los dos rodaron por la nieve en dirección a un barranco que deparaba una caída de más de treinta metros al vacío. Intentaron asirse a las raíces de los árboles, pero llevaban mucha velocidad. Pasado unos minutos, Weber recuperó la conciencia, gracias a la voz de Fleming. Abrió los ojos y escrutó su alrededor. Todo estaba oscuro, pero podía ver lo suficiente como para saber que su caída la había

detenido el tronco de un abeto. No vio a su réplica por ninguna parte. Se asomó al barranco y abajo todo era negrura. Retomando el aliento, se puso en pie, y escaló agarrándose a los arbustos y árboles que encontraba a su paso. Se pudo orientar gracias al ruidoso motor del BMW y las voces que daban desde la carretera.

—¡Estoy aquí!

Fleming salió a su encuentro y le estiró la mano. Weber le dio una bofetada en la cara y luego se aferró a él.

—Perdona. Pensé que te ibas a quitar. ¿Por qué te quedaste paralizado?

—No todos los días se encuentra uno con su doble cara a cara… Era idéntico a mí.

—¿Ahora qué argumento tiene, inspector? —le reprochó Krüger ya dentro del vehículo.—. Este pueblo está encantado, ya se lo dije. Era una maldita criatura. Igual entrar en prisión no es mala idea, estaré a salvo de los monstruos.

«Monstruos que salvan vidas, ¿por qué lo habrá hecho? ¿Habrá un atisbo de bondad en estos seres? No te ralles. Olvídate de lo sucedido. Igual es culpa del tumor que veas a tu doble. Pero, Fleming no lo niega… me vio y lo vio», quedó Weber pensativo, con la cabeza apoyada en la ventanilla del cristal, pues la realidad de Kleinvienna y sus leyendas se entrelazaban, y ahora sentía que él era parte de ellas.

# Un descubrimiento inesperado

Fleming movió todo el papeleo para poner a Krüger a disposición del juez. También pidió una ambulancia para llevar el enigmático cadáver del padre Braun al anatómico, y como no, llamó al equipo de rescate de bomberos para bajar de una vez por todas el cuerpo del tejado de la iglesia de Kleinvienna. Weber, a expensas de que su jefe saliese de una importante reunión con los peces gordos, se encontraba en la penumbra de la comisaría, rodeado del zumbido de los fluorescentes y del murmullo de las conversaciones distantes. Pasaba la información de su libreta a un folio A4, donde se empleaba con letra exquisita y legible, como si fuese el trabajo de fin de carrera. Frente a él, la pantalla del ordenador parpadeaba con la base de datos abierta, mostrando los registros del recóndito pueblo. Deslizó sus gruesos dedos por el teclado, introduciendo consultas o informes policiales. Pero cada búsqueda le devolvía el mismo resultado: nada. Ni una sola denuncia en años ni siquiera por las infracciones más menores. Era como si Kleinvienna fura un oasis de paz en un mundo plagado de delitos

Una arruga se formó en su frente, su intuición de detective le decía que algo no encajaba. No era normal, no era natural. En su experiencia la ausencia total de delitos era tan preocupante como una ola de crímenes. «Demasiado bueno para ser verdad», murmuró. Se recostó en su silla con sus ojos perdidos en la negrura de la pantalla, ahora inactiva. El aire se sentía estático, como si la misma atmósfera compartiera su sospecha. «¿Qué escondes Kleinvienna? ¿No querrás hacerme creer que has aparecido de la nada en el más inhóspito de los pueblos de montaña?». Con un suspiro, cerró la sesión y se puso de pie. Se aproximó a Rosch, compañero que llevaba años ordenando los expedientes, y que ahora era el prometido de su ex mujer.

—¿Qué tal llevas los preparativos de la boda?

—Un lio. Todo para un solo día.

—Me alegro que Joanna te haya elegido. Eres un buen tío. Ojalá la hagas feliz…

—¡Al grano, Weber! Estoy bastante liado.

—Ya veo que me conoces bien —dijo con sorna—. ¿Te suena el pueblo de Kleinvienna? —señaló con el dedo un mapa que había en un corcho—. Es casi una aldea.

Rosch sacudió el dedo como si fuese una pluma estilográfica que amenazaba con salpicarlo con la tinta.

—¡Sí! Hacen muy buen vino de especias.

—¿Por qué no hay denuncias?

—Porque su jurisdicción pertenece a otra oficina federal, muy posiblemente la del Este.

—Gracias.

Weber buscó el número de la comisaría en la agenda, y lo anotó para realizar la pertinente llamada.

—¿Oficina Federal de Policía de Alemania del Este?

—Sí. Habla con la centralita.

—Soy el inspector Weber, de la BKA.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar con el encargado de los expedientes y denuncias que estén a cargo de un pueblo llamado Kleinvienna, en Alemania del Norte.

—Le paso —hubo una pausa larga—. ¿Sí?

—Hola. Estoy investigando un caso en un pueblo llamado Kleinvienna, pero no encuentro información en nuestra base de datos. ¿quería saber si allí tenéis registrado algo referente a lugar?

El agente al otro lado comenzó a teclear hasta que encontró una referencia.

—Disculpe la demora. En el ordenador me sale una reseña de alerta, porque ya hace dos años que Kleinvienna no está bajo nuestra jurisdicción.

—¿A cambiado de manos?

—Por petición del inspector Wolfgang Ernst. Aquí lo expresa perfectamente.

—¿A qué se debe esa práctica? Eso significa más carga para nuestra Federación. Le ocurrió algo al inspector Ernst.

—Le gusta que le llamen por su nombre —aclaró mostrando respeto por el inspector—: Wolfgang. Y sí, ocurrió algo. Wolfgang era un buen investigador, y abrió un caso en ese pueblo que mencionas… se volcó mucho en el asunto. Cuando volvió tras unas semanas, ya no era el mismo. Era un tipo cabal, de esos que se visten por los pies, pero algo tuvo que pasarle, algo vivió, que perdió la cabeza. Desde entonces está ingresado en el psiquiátrico de Munchen. El enfado del *supra-kommissar* fue tal, que habló con los altos mandos para que Kleinvienna saliese de nuestra jurisdicción.

—¿Y por qué fue allí a investigar?

—Desapariciones. Muertes violentas… Pero todo muy extraño. Recuerdo perfectamente como venía aterrado, contando que allí la gente era raptada y que luego aparecían duplicados o algo así. Hablaba de un descubrimiento bajo el suelo del pueblo. Empezó a pagar de su bolsillo los medios para averiguar que pasaba allí. Trajo un equipo des geotécnicos con radares de ultrasonidos, un físico cuántico... Invirtió todos sus ahorros en dar un sentido a lo que allí ocurría. Recuerdo perfectamente como venía a contarnos sus avances.

Lógicamente, todos no los tomábamos a risa. Finalmente, se le fue la olla. Una lástima, pues era de lo mejorcito que había investigando desapariciones.

—¿Puede hacerme un resumen de los delitos y denuncias registradas en Kleinvienna?

—¡Mmm! En cinco años atrás no hay delito alguno. Pero si me remonto a seis, siete u ocho… hay de todo. Denuncias por maltrato, disputas por lindes, robo con violencia, secuestros, ajustes de cuenta… Ya sabe, esos pueblos son madrigueras donde los criminales se refugian de la ley.

—¿Qué curioso? Siete años… justo los que hace que llegó a la alcaldía Meyer.

—¿Qué dice? Aquí no hay ningún agente con ese apellido.

—Perdona, pensaba en voz alta. Por cierto, que nombre le puso al caso, Wolfgang.

—Expediente doppelgänger.

Weber cortó la llamada.

En ese momento le llamó el *kommissar* para que fuese a su despacho.

# Un sobre de color crema

El inspector Weber caminaba por los pasillos de la comisaría con una mezcla de determinación y resignación. En sus manos llevaba las pruebas y fotos que desentrañaban los misterios de Kleinvienna, un caso que había puesto en tela de juicio su integridad moral y espiritual. Al entrar al despacho del jefe, se encontró con un hombre conocido por su rigidez y formalidad. Weber no encontró la acogida de un héroe, sino la frialdad de la burocracia. Müller sostenía entre sus manos un sobre color crema: un presagio de lo que estaba por venir sacudió la cabeza del inspector.

—Esto me lo ha entregado su fiel amigo Fleming —dijo con la voz desprovista de emoción—. ¿Cuándo pensaba contármelo? Tiene sello de hace dos meses —Weber no mostró sorpresa por la noticia, pues ya sabía que el contenido le hablaba de un reloj que no se podía detener —. Dadas las circunstancias, le he tramitado la baja definitiva. Es lo mejor para todos. Así que haga entrega de su placa y del arma de dotación.

Weber miró al hombre que había sido su jefe durante años, esperando un atisbo de gratitud por la investigación, un reconocimiento por el caso resuelto. Pero no llegó. No hubo palabras de agradecimiento, solo el sonido del sobre deslizándose sobre la mesa.

—Pensé que antes de regocijarse con mi enfermedad, al menos, me iba a dar la enhorabuena por haber hecho bien mi trabajo.

—No ha hecho un buen trabajo, simplemente ha cumplido con su trabajo —precisó.

—Entiendo —se resignó conociendo la condición humana de Müller incluso en esta situación tan delicada—. Pero sepa que, aunque el tiempo se acorte, mi compromiso con la justicia no flaquea —sorbió —: he estado a altura de lo que parecía una broma, y que resultó ser un caso cojonudo —le arrojó el informe sobre el escritorio haciendo volar un par de post it hacia el suelo—. ¡Ah! Y no solo le he traído esposado al asesino, sino que también tiene en el maletero del patrulla el arma homicida y la víctima.

El jefe asintió con un gesto mecánico. Weber se levantó de la silla y caminó hacia fuera del despacho, sin la gratitud de su jefe, con la única recompensa del trabajo bien hecho.

—¡Weber! —le llamó ante de que cruzase la puerta—. ¡Disfrute del viaje!

El inspector se detuvo en seco. Giró sobre los talones de sus botas y miró con gesto confuso a su jefe.

—¿Viaje? No, tengo un gato de quién cuidar.

—Todas las personas que saben que van a morir por una enfermedad terminal, viajan a un lugar con encanto como último capricho de vida: las playas de Bali, Central Park, la Gran Muralla China, las pirámides de Egipto, las bodegas de España…

—No me lo había planteado, pero seguiré su consejo —se entusiasmó con la idea—: iré a lo más profundo de las entrañas del misterio.

—Pues a la vuelta, me cuentas como le ha ido —añadió con cinismo.

—Cuente con ello… Pedazo de cabrón —masculló.

# La petición indecente

El inspector Weber estaba en su despacho recogiendo todas sus cosas en una caja de cartón. No había mucho que meter, tan solo útiles de papelería y un recorte de periódico del día en que recibió un balazo en el hombro y salvó a su compañero de una muerte segura; pocas pertenencias a pesar de que se había pasado más de media vida allí. Una vez revisó los cajones, cogió el zapato de la talla 46 que le había dejado Fleming sobre la mesa, y salió al pasillo. Las luces parpadeaban débilmente, como si reflejaran su propia lucha interna. En un recoveco hacia los baños, su exmujer Joanna, que lo esperaba con una mezcla de preocupación y cariño.

—Me he enterado de lo tuyo —le abrazo apretujándolo contra la caja—. ¡Vaya palo! ¿Cómo estás?

—He estado mejor —respondió con la voz ronca—. En fin, esto no se elige.

—Pues tengo que decirte que tienes buena cara, y no es un cumplido.

—Será que el frío que he pasado en el pueblo donde he estado investigando me ha estirado el cutis —bromeó.

—Quiero decirte que —le confesó mostrando una sonrisa por el comentario—, aunque lo nuestro se rompió debido a tu relación con el alcohol, que te guardo cariño y aprecio.

—Gracias. Al menos no te alegras de mi desgracia como el capullo del *kommissar* Müller.

—Si alguien se contenta de algo así… no debe ser humano. Si necesitas algún favor no dudes en pedírmelo. Te ayudaré en lo que sea. Me encantaría que vinieses a mi boda… mi segundo enlace.

Weber hizo una mueca llena de melancolía. Muchos de los buenos momentos con ella pasaron por su mente como un colorido tren de vapor. Una vez pasaron los vagones llenos de recuerdos, no tardó en elaborar el deseo.

—Pues hablando de no humanos y de lo cerca que estoy de ser pasto de los gusanos —usó el chantaje emocional con frialdad—. Te pediría un último favor. ¿Sabes que he traído un cadáver?

—He oído algo. Deberías haber esperado a Científica.

—Ya —asumió su omisión del protocolo—. La ambulancia se lo llevará a la morgue en breve. Pero me gustaría que alguien le hiciese una autopsia —su ex engrosó la mirada—. Pero no para saber la causa de la muerte, sino para examinar al espécimen.

—¿Qué dices? Ni que fuese un animal exótico.

—Sé que me vas a tomar por loco, si te digo el motivo de porqué

pienso que no es humano.

—Prueba, a ver —se cruzó de brazos—. Dame un argumento para tal sospecha.

—Fleming estaba conmigo cuando… —miró a los lados y se dejó de rodeos—. ¡Me encontré con mi doble en aquel pueblo! No era una ilusión. Luché con él. Caímos rodando por un barranco. Por suerte, yo me salvé. Pero lo preocupante es que en ese pueblo hay varios dobles… gemelos endemoniados. Necesito saber si ese hombre de dos metros de raza africana que he traído envuelto en una bolsa de basura es de este mundo o del otro.

Ella lo miró enrarecidamente, su expresión mezclaba incredulidad y compasión.

—Weber —suspiró—. ¿Estás seguro? Esto suena a… alucinación.

—Por favor, Joanna —la miró a los ojos por encima de la puntera negra del zapato que sobresalía de la caja—. Seguro que conoces a algún forense amigo tuyo que le gusta saltarse los límites. Es lo único que en estos momentos me atormenta, saber si ese vaquero de nombre Krüger, está en lo cierto, y no ha matado a una persona, sino a un ser de otra naturaleza.

Ella asintió, sintiéndose incapaz de negarle la última petición. Con ternura le respondió.

—Lo haré. Por ti. Por todo lo que fuimos, y por demostrarte, que te apoyaré en lo que necesites.

Weber soltó la caja en el suelo después de un rato cargando con ella tontamente. Cogió un bolígrafo y una hoja. Le anotó una dirección postal de Kleinvienna para que le hiciese llegar el informe. Le dio las gracias y siguió con su camino de vuelta a casa. Fuera esperaba al taxi. Las palabras de Joanna fueron un bálsamo, recordándole a Weber los días mejores y más brillantes de su vida. Con el resultado del informe post mortem, talvez podría encontrar la respuesta que anhelaba para saber si todo había sido infundado por las creencias de los habitantes del pueblo o si por el contrario había un enigma que le estaba esperando para poner a exámen su escepticismo.

# Cuando el deber te llama

El inspector Weber se encontraba solo en el salón, la botella de whisky sobre la mesa reflejaba la luz tenue que se colaba por la ventana. La miraba, no con deseo, sino como a un viejo amigo que ya no tiene nada nuevo que decir. Había sido apartado del caso, un recordatorio cruel de su propia mortalidad. Seis meses. Eso era todo lo que le quedaba según los médicos. «En la ignorancia se vive mejor», se convenció.

La casa parecía encogerse a su alrededor, las paredes llenas de recuerdos pasados se sentían ahora como los bordes de un mundo que se achicaba. Reflexionó sobre la vida y la muerte, sobre cómo la primera se desliza entre los dedos como granos de arena, y cómo la segunda espera, paciente e inevitable. Pero en la quietud de su hogar, una chispa de desafío se encendió dentro de él. Un último enigma lo llamaba desde Kleinvienna, un misterio que desafiaba su escepticismo, que le susurraba en la oscuridad de la posibilidad de lo imposible. El nombre de Wolfgang y la investigación que lo relegó a una camiseta de fuerza, infundió en él aliento suficiente para terminar algo que un día empezó un colega, y cuyo caso pedía a gritos que fuese resuelto tanto para bien como para mal. Micha, su gato, ronroneaba bajo la caricia de su mano. El animal no sabía de enfermedades terminales o misterios sin resolver, solo de la calidez de ese momento. Weber miró a Micha y vio en sus ojos verdes un reflejo de la vida que aún ardía dentro de él.

«No hay nada que perder», se dijo a sí mismo, su voz un murmullo en la habitación silenciosa. «Solo me quedan seis meses en este mundo, puedo dejar de lado mi escepticismo para abrir mi mente al último desafío de mi existencia».

Se levantó con decisión. Pidió un taxi y puso rumbo a un concesionario para adquirir un coche; Kleinvienna y sus secretos lo esperaban. No permitiría que la sombra de la muerte lo detuviera. No cuando había verdades que descubrir, no cuando podía enfrentar lo desconocido con la cabeza en alto. Con esa resolución, el inspector Weber se preparó para su último caso, para sumergirse en los secretos de Kleinvienna antes de que el tiempo se le escapara. Porque en el juego entre la vida y la muerte, Weber apostaría todo por la verdad.

# El concesionario

El inspector Weber, tras volver del notario y dejar constancia por escrito de a quién quería que dejaran en herencia sus bienes tras su muerte, decidió ir a comprarse un descapotable. Entró al concesionario con una sonrisa desafiante ante el destino. Iba vestido con el uniforme de policía, con la firme idea de que, a primera vista, supieran que tenía un buen sueldo. De entre todos los comerciales que lo miraban con deseo, escogió al que intuyó que debía vender menos coches, y qué, por tanto, estaría desesperado por realizar una venta con éxito. Se acercó al deportivo más llamativo, un *Opel Astra F Cabriolet*, uno que parecía gritar libertad y aventura con cada detalle aerodinámico de su carrocería.

—Buenos días, señor. ¿Qué tipo de conductor es usted? Déjeme adivinar, ¿lo quiere para veranear en la costa del Mediterráneo?

«Ya me gustaría, paleto… pero me voy a la nieve», pensó dando por acertada su teoría de que era el peor de los comerciales.

—Soy jefe de policía y quiero darme una escapada a donde me lleve la carretera. Digamos que soy de esos que tienen prisa y cuyo lema de vida es Carpe Diem. Así que, ¡me lo llevo! —dijo con una confianza abrumadora.

El vendedor, un joven con un traje demasiado grande para él, parpadeó sorprendido.

—Excelente elección, señor. Está matriculado y no requiere de papeleo. Lo puede retirar hoy mismo si lo paga en efectivo.

—Tengo sueldo fijo, pero no quiero hacer el desembolso de una vez.

—¿Le interesa alguna de nuestras opciones de financiamiento?

Weber se encogió de hombros, haciéndole creer al vendedor que se estaba arrepintiendo.

—Depende. ¿Hay algún tipo de financiación en la que el primer año no se pague nada?

—No. Tenemos un plan en el que se paga poco al inicio, pero siendo franco, luego le van a crujir a intereses.

—No me preocupa, en breve recibiré una herencia, y lo pagaré al contado. Busque algo que sea del agrado de los dos. Así usted hace su venta y yo disfruto de esta belleza al máximo.

El vendedor frunció el ceño, confundido. Se fue a su mesa y buscó la tabla de financiación. Su rostro mostró decepción.

—Señor, el sistema solo me permite tres meses, ya que tiene un seguro por impago que solo cubre hasta esa fecha.

—¡Sí que sois desconfiados! —negó con la cabeza—. Ni que me

fuera a morir antes. Chaval, seis meses o me voy a otro concesionario —le amenazó ajustándole el nudo de la corbata al cuello.

El joven se puso más pálido de lo que era, sus pecas tomaron intensidad sobre las mejillas. Asintió con la cabeza, convencido de que no iba a dejar escapar la comisión del coche más caro del concesionario. Se alejó a hablar con el gerente hasta que lo convenció. Weber se permitió una carcajada cínica. «Y asegúrate de decirle qué si no sobrevivo a los seis meses, puede venir personalmente a recoger las llaves del coche en el más allá», se regocijó haciendo uso de su humor negro.

Sin duda, esta manera de comportarse, era un recordatorio de que, aunque la vida puede ser efímera, el espíritu humano y su capacidad para reír ante la adversidad son eternos.

# El Legado de Wolfgang

Luciendo el flamante descapotable, Weber llegó a las puertas del psiquiátrico con el mismo entusiasmo que un niño en la mañana de Navidad. Subió la capota y se abofeteó el rostro para descongestionar sus mejillas heladas. El hospital de salud mental, se alzaba como un monolito de silencio y secretos; sus paredes blancas ocultaban las historias de aquellos, cuyas mentes habían sido fracturadas por verdades insoportables.

El inspector Weber, con la sombra de su propia mortalidad siguiéndolo, caminaba por los pasillos estériles en busca de un hombre que una vez había conocido la cordura: el ex investigador Wolfgang. Usó su uniforme de agente, para pedir el vis a vis con el paciente. El recepcionista no opuso resistencia y fue acompañado por un celador que le advirtió del estado del ex policía. Al entrar en la habitación, Weber encontró al paciente sentado junto a la ventana, su mirada perdida en el vacío de un cielo sin nubes.

—Wolfgang —susurró con cautela—. Soy el inspector Weber de la Oficina Federal de Investigación Criminal—. Necesito saber qué le pasó en Kleinvienna. Estoy investigando fenómenos extraños en ese maldito pueblo, y necesito su testimonio para poder agarrar por los huevos al misterio que envuelve aquel lugar.

Wolfgang giró lentamente su cabeza hacia Weber, sus ojos un espejo del abismo que había contemplado.

—Todos mienten —repitió la misma frase que el padre Braun aquella noche en su coche—. La gente de allí… no son lo que aparentan —susurró con una voz que llevaba el peso de un conocimiento prohibido—. Ocultan un secreto oscuro, y tú… tú estás en peligro si decides adentrarte en esa bruma.

El hombre tenía la cabeza calva por el frente y cabello abundante a los lados. De sus orejas salía un ramillete de vellos negros que parecían pequeños matorrales de montaña. Tenía el tabique de la nariz ligeramente desviado y una cicatriz bajo el párpado, recuerdos de su etapa juvenil como boxeador federado.

Weber se inclinó hacia adelante, su voz mostraba urgencia.

—¿Qué secretos, Wolfgang? ¿Qué viste? ¿Qué descubriste?

—Eres la primera persona que no me trata como a un loco —dijo Wolfgang, una risa amarga escapando de sus labios—. No sé si finge o si me toma en serio. Pero, vi la verdad. El suelo del pueblo está hueco. Hay una instalación secreta nazi… Hay monstruos disfrazados de humanos —recordó tras un chispazo mental—. Y el medallón… el medallón es la clave.

Al oír la mención del medallón, Weber sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Recordó la joya, y entendió el interés de los que estaban allí congregados entorno a la iglesia, el día que apareció el otro padre Braun.

—¿La clave para qué?

Wolfgang se llevó las manos a la cabeza. Se tapó los oídos como si escuchase voces que lo atormentaban. Pasados unos segundos se calmó, y continuó.

—El bibliotecario, ¿lo conoces? El que va en una silla de ruedas… —su voz ahora un hilo de desesperación y súplica—. Él tiene una carpeta con todo lo que descubrí. Por favor, termina lo que empecé. Tienen tecnología avanzada que puede cambiar el curso de la historia. ¡Ahora es tu obligación resolverlo!

Weber se levantó, una nueva determinación encendió su mirada.

—Lo haré. Descubriré la verdad si la muerte no me da alcance antes.

—¡¡Espera!! —le gritó elevándose de su silla. Buscó en una cartera pequeña con monedero. Le tendió un papel arrugado y viejo—. Esto te hará falta para resolver el puzle. No lo abra ahora. Hágalo en el momento adecuado. Lo descubrí el último día…

Con el eco de las palabras de Wolfgang resonando en su mente, Weber se guardó el papel en la chaqueta de su abrigo, y salió del hospital psiquiátrico rumbo a su casa. No había tiempo que perder, y cada latido de su corazón le recordaba que su reloj personal estaba corriendo.

# Por una temporadita

Al día siguiente, Weber se despertó decidido a poner fin al enigma que hizo tambalear su mundo. Preparó una maleta con ropa, añadió una radio a pilas, una linterna y un cartel de madera que había estado elaborando la noche anterior. Metió la caja de cartón que sacó de su despacho en el maletero del coche, y no se olvidó del pienso y la arena para gatos. Cerró con llave su casa y se deslizó detrás del volante de su nuevo Opel.

El cielo estaba teñido de un azul profundo, una paleta de colores que solo el amanecer podía pintar. El inspector, con la certeza de quien tiene poco que perder y mucho que resolver, puso rumbo a Kleinvienna. A su lado, su fiel compañero felino, que miraba con curiosidad el mundo que se extendía más allá de la ventana.

Con un suave ronroneo, el motor cobró vida, y Weber sintió una oleada de adrenalina. No era el miedo a la muerte lo que lo impulsaba; era la sed de justicia, la necesidad de desentrañar el misterio que envolvía a Kleinvienna, como hacía la nieve con sus montañas.

—Vamos, señor Micha —dijo lleno de entusiasmo con una sonrisa juguetona en los labios—. Hay muchas preguntas que necesitan respuestas.

El gato maulló, como si entendiera la magnitud del propósito. El vehículo replicaba en los altavoces temas del grupo musical R.E.M. Tras una hora, Kleinvienna apareció en el horizonte, con sus tejados blancos brillando bajo el sol matutino. La nieve caía suavemente, como un velo que prometía secretos y sombras. Weber cogió sus pertenencias del maletero y esperó a que Micha se adaptara a la textura fría del suelo en sus patas. La quietud del pueblo era casi tangible, rota solo por el sonido de sus botas y el suave tintineo del cascabel en el collar de Micha.

Al llegar al cabildo, Weber no perdió el tiempo. Soltó la caja, y la maleta. Meyer sorprendida, esperaba una explicación, mientras contemplaba como el gato se lamía el pelaje.

—Inspector, no esperaba su regreso. Y veo que trae refuerzos.

—Vengo a quedarme hasta el fin de mis días.

—¿Y eso? ¿No ha tenido bastante? ¿No ha resuelto el caso?

—La parte lógica sí, ahora falta cerrar los flecos de lo irracional —aclaró sacando un letrero de madera de la caja de cartón—. Y usted me va a ayudar, y se va a dejar de secretitos.

Tomó un martillo y dos clavos. Con movimientos deliberados lo colgó en la fachada, donde anunciaba su nueva autoridad

autoimpuesta: «Detective privado». No era más que un trozo de madera y pintura, pero simbolizaba su resolución de desentrañar los misterios que envolvían al pueblo.

—Aquí las imposiciones están mal vistas, y sobre todo si vienen de parte de un hombre —le aclaró—. No aceptamos nada que tenga que ver con la supremacía del patriarcado impuesto por la sociedad. Aquí la ley soy yo.

—Será algo temporal —respondió sin entrar al trapo sobre el tema de debate—. Y ya me he dado cuenta que fue con su llegada cuando dejaron de ocurrir desgracias y robos. No soy nadie para relegarla del cargo, seguirá siendo la autoridad. Tómeselo como que soy un observador que está realizando un estudio sobre un fenómeno paranormal.

—¿Y su escepticismo? El inspector Weber que yo conocí parecía indeleble a lo inexplicable.

—Me tumbó la coraza encontrarme con mi propio doble cara a cara… y no me mató: me salvó de ser arrollado.

Meyer se sentía confundida con el suceso que le relataba el inspector. No le pareció buena idea, y así se lo comunicó.

—Mi madre le hizo un buen análisis: es usted un amargado. ¿Quién quedándole poco para exhalar su último estertor decide pasar el tiempo trabajando en algo que no cree?

—Pues alguien que prefiere pasar el tiempo desentrañando los misterios del universo, en lugar de rendirse ante ellos.

—No tengo respuesta ante su tozudez. Pero, quizá, todavía esté a punto de vivir estos últimos instantes de su existencia con cordura. ¡Lárguese!

—A estas alturas no debería subestimarme: he superado la prueba —hizo una pausa alzando una ceja en dirección a la alcaldesa—. Sí. No te hagas la nueva, me llamaste pidiendo auxilio, pero no para poner paz en el pueblo ni para esclarecer el crimen ¿verdad? —Meyer se encogió de hombros y puso cara de póquer—. He conocido a Wolfgang.

La mujer contuvo el aire. Lo miró fijamente. Confesó con la boca pequeña.

—Tiene razón. Hubo más, aquí estuvo un investigador hace unos años —dijo con misterio—. Pero enloqueció. Así que la decisión debe tomarla usted.

Weber arrugó la frente ante sus palabras. «¿Decisión?». A pesar de no saber a qué se refería, se hizo el avispado y tan solo hizo un mohín como si lo tuviese todo controlado.

—¿Qué ocurrió aquí hace siete años? Se acabaron los robos, los maltratos, las desapariciones, las rencillas…

—Es el resultado de poner orden a base de escopeta y unas

palabras bien elegidas. Al final, todos entran en razón —respondió con firmeza—. La gente mala terminaba yéndose del pueblo, y los que no, enderezan su conducta.

—Y esa gente mala eran todos hombres —obvió—. Denuncias que luego se resolvían porque estos, volvían al pueblo aludiendo que se habían desorientados… y no hay que ser Einstein, para averiguar que en este lugar hay muchas más mujeres que hombres. ¿Les hacéis algo a los hombres?

Meyer miró el suelo. Respiró hondo y soltó el aire.

—Tengo prisa. Si quiere luego hablamos. Hoy estamos de celebración.

—¿Es debido a que han bajado al fiambre del tejado?

—Es el aniversario de Kleinvienna. Y los feligreses hacen una barbacoa en los aledaños de la iglesia, y los que frecuentamos la taberna, ponemos nuestros mejores *glühweins* de cada casa. Es una tradición para mantener al pueblo unido. Pásese y coma de nuestra carne y nuestro vino caliente de especias.

—Lo haré. Solo traigo pienso de gato, y se me hace bola.

Meyer soltó una carcajada.

—Me cae bien, Weber —reveló sus sentimientos—. Es muy distinto a los hombres de este pueblo. Supongo que tampoco trae ducha portátil ni saco de dormir —el inspector negó con la cabeza—. Le ofrezco quedarse en mi casa conmigo y mi madre.

—Me gusta su proposición… y no le diré que no. Pero lo malo es el gato. Es posible que la moqueta la use para limarse las uñas.

—A mi madre le vendrá bien un animal que acariciar. Le hará sentirse más acompañada. Ahora me marcho y le dejo con sus indagaciones.

—Gracias por todo, iré al coche para terminar la mudanza. Por cierto, ¿cada cuando viene el correo?

—¿Quiere enviar una postal a alguien? Hay una pequeña tienda que vende de todo, pero no creo que tenga.

—No. Más bien espero una misiva de Fleming.

# Expediente Doppelgänger

La biblioteca de Kleinvienna era un santuario de conocimiento, con sus estantes repletos de historias y secretos. Al entrar, el olfato del inspector Weber fue recibido por el aroma a papel antiguo y madera añeja que se había asentado en el ambiente a lo largo de los años. Las paredes forradas de estanterías de roble oscuro que alcanzan el techo, repletas de tomos desgastados por el uso y libros descatalogados que bien podrían ser tesoros para un coleccionista de antigüedades. En el centro, dos mesas de madera maciza, con la superficie pulida por el roce de los codos que se han posado sobre ellas. Una escalera deslizante reposa en un lateral, colmada de polvo y carcoma. A simple vista, resultaba complicado pensar que los pueblerinos tuvieran interés en adquirir libros de lectura en préstamo, sin embargo, en la recepción, Fran Herrmann —un hombre confinado a una silla de ruedas— tenía una larga lista con nombres y títulos de novelas.

—Hola —saludó interrumpiendo su lectura: Edgar Allan Poe—. Este lugar tiene su encanto.

—¿Qué le trae de nuevo al pueblo?

—La carpeta del otro policía: Wolfgang —requirió con una voz que no admitía réplicas.

El bibliotecario, con una mirada esquiva, fingió desconocer el tema.

—Wolf… ¿quién?

—Lo visité en un psiquiátrico. Ojos negros como la noche y la cabeza como un nido de gorriones —gesticuló cada detalle—. Vengo a continuar con su legado.

Herrmann no pudo negar lo evidente. Dejó el libro de Allan Poe sobre la mesa y prestó atención al visitante.

—Yo le ayudé a ese hombre. Era amable y cortés —dijo con retintín—. Ese material es… sensible, inspector. No estoy seguro que deba…

Weber interrumpió con firmeza.

—Eso lo decidiré yo cuando le eche un vistazo.

Hubo una pausa larga y tensa. Finalmente, Fran Herrmann maniobró la silla con destreza perdiéndose entre las calles conformadas por los muebles repletos de libros. Metió la mano entre el suelo y un estante bajo, sacando una carpeta archivadora empolvada. Regresó y le hizo entrega a regañadientes. Weber la sujetó, su corazón latiendo con la anticipación de un descubrimiento crucial.

—Aquí tiene. Recopiló mucha información. Pero lo único que

consiguió fue perder el rumbo.

Weber se alejó de Herrmann, y caminó hasta una de las mesas donde había un flexo. Se sentó y pulsó el interruptor. La bombilla tenia telas de araña, y la mesa llevaba lustros sin conocer una bayeta. Abrió la carpeta y observó con detenimiento todo el material. Había fotos e informes. Aireó las hojas para tener una idea de todo lo que había, y pudo contemplar como la caligrafía de Wolfgang pasó de redondeada y firme, a angulosa y desordenada. Como si fuese una muestra de su estado psíquico conforme avanzaba en la investigación. Weber volvió al inicio, donde este tenía dibujado dos peces iguales bajo el título: Expediente doppelgänger.

Empezó a leer con detenimiento, sacando una conclusión sobre la marcha. Tras una hora con las pupilas subrayando cada reglón, hizo una lectura en diagonal, intentando quedarse con los datos más relevantes.

«Al principio, la gente de Kleinvienna está dispuesta a ayudarme. Son acogedores y no oponen resistencia ante mis indagaciones».

«Primer muerto en la plaza. La gente parece no alarmarse».

«Como si una cortina se hubiera levantado, la actitud de los residentes cambió, tornándose hostil, cerrada. Fue entonces cuando los dobles aparecieron, sombras vivientes que desafiaban toda explicación lógica».

«Las desapariciones concernían exclusivamente a hombres, muchos de ellos con historias de violencia y crueldad. Parece que se los traga la tierra».

«Los dobles actúan de noche, trepando por las paredes con una agilidad inhumana, como salamanquesas, y devorando ganado como si fuesen lobos hambrientos».

«Una noche fui testigo de una lucha entre dos gemelos, un enfrentamiento que desafió mi comprensión de la realidad. Observé que las réplicas carecían de los defectos de los originales, pero compartían sus memorias y recuerdos porque uno quería convivir con el otro. Al parecer hay una convicción, una leyenda arraigada al pueblo sobre los gemelos malditos»

«Aproximadamente el 1.6% de los nacimientos a nivel mundial son gemelos. La tasa de nacimiento de gemelos en el mundo ha aumentado en un tercio desde la década de 1980 debido a los tratamientos de fertilidad artificial. Actualmente, se estima que uno de cada 42 niños nacidos en el mundo es un gemelo».

«En mis últimas investigaciones, descubrí que algunos dobles eran benevolentes, guardianes de un secreto que se extendía más allá de las fronteras de la razón».

«Las posibilidades de encontrarse con un “doble” o alguien que se parezca mucho a ti son bastante bajas. Aunque es posible que haya

personas con rasgos físicos similares a los tuyos. Sin embargo, a lo largo de la historia ha habido casos documentados de personas que se parecen sorprendentemente entre sí, lo que a veces se denomina "doppelgänger"».

«La restauradora italiana, una figura enigmática a mi entender, juraría que sabe más de lo que admitía. Averigüé que había estado en todas las catedrales góticas de Europa, no solo restaurando arte, sino excavando en los cimientos de la historia».

«Aquí todos mienten. Hay una piedra angular donde gira todo: el medallón. El padre Braun está en el ajo. Nadie puede entrar en su cámara. Guarda una llave en su calcetín que la abre. Supongo que allí hay respuestas. Tendré que ser astuto para robarle la llave y ver que oculta».

«Estoy seguro de que hay ignorantes y conocedores de la realidad de este maldito pueblo, quizá sea una especie de secta ligada a la iglesia. Pues los vecinos de Kleinvienna están claramente divididos en dos bandos».

«Una noche, vi a mi propio doble. Trepaba por un tejado como si la gravedad no le afectase. Le pegué un tiro en la cabeza. Con total frialdad, me arrodillé ante él. Era idéntico a mí, solo que no tenía el tabique doblado como yo, y sus dientes estaban perfectamente alineados y blancos. Igual son extraterrestres. En Estados Unidos se reportan cada día casos de UFOs».

«Bilocación es el término utilizado para describir un fenómeno paranormal, sobrenatural o divino, según el cual una persona u objeto estaría ubicado en dos lugares diferentes al mismo tiempo».

«La alcaldesa colabora en todo, es amable, pero tuvo un pasado turbio: malos tratos por parte de su padre y luego su marido. Su madre se mete en todo, parece que manipula a la hija. Esa anciana suelta información como si fuese un delirio senil, pero cuando lo analizo le encuentro sentido».

«Estoy empezando a enloquecer. Estoy en peligro. Tengo la sensación de que no me van a dejar escapar del pueblo con todo lo que sé. Por eso lo dejo aquí reflejado como un diario de mis avances y sensaciones».

«Una noche me colé en casa de la señora Thun, y en la nevera solo tenía carne cruda. Sospecho que los dobles recurren al canibalismo. No sé distinguir si era carne de cerdo o de humano».

«En un periódico antiguo conservado en la biblioteca de Kleinvienna, he descubierto que un año, hubo altas temperaturas que derritieron mucha nieve, dejando al descubierto una fosa común con seis soldados alemanes. Sus nombres estaban repetidos en pares, por lo que se trataban de gemelos asesinados en una especie de ritual».

«Mi escepticismo no me deja creer en lo sobrenatural. Voy a traer

un equipo avanzado de geólogos, pues creo que aquí debe haber algo bajo el suelo del pueblo».

«Los geólogos han usado su maquinaria avanzada e intuyen un túnel de forma circular bajo el centro del pueblo. Los patrones son demasiado precisos, demasiados intencionados como para ser una formación natural. Los medidores de ondas electromagnéticas han detectado fluctuaciones de energía cuyo origen es desconocido, por lo que efectivamente debe haber una especie de instalación o base nazi, que irradia estas ondas».

«Tras visitar un científico jubilado que daba clases en una Universidad, me habló que por estas regiones, el ejército alemán estuvo intentando replicar el ciclotrón inventando en 1930 por Ernest O. Lawrence. Esta tecnología avanzada se le conoce como acelerador de partículas. Se trata de un dispositivo que utiliza campos electromagnéticos para acelerar partículas y hacerlas colisionar entre ellas, de esta manera pueden estudiar más a fondo qué ocurre cuando se desintegran y las generadas a partir de ellas. Eso me dio una pista: los nazis estaban usando esta máquina para duplicar sus ejércitos. Por eso, hay tanto gemelo en este pueblo, y por eso, la fosa común con los soldados duplicados. Le mostré el mapa de túneles que dibujó el georradar, sosteniendo la hipótesis de que la forma del túnel es altamente compatible con estas instalaciones. Por lo que mi búsqueda ahora, es hallar la forma de entrar a la base secreta donde se aloja el acelerador de partículas, y dar una explicación científica al mundo de lo que allí existe».

«Las prospecciones quedan muy lejos de la galería de túneles. Debe haber una entrada sepultada bajo los adoquines de la plaza principal o quizá, dentro de la iglesia».

«Los doppelgänger del pueblo me acechan. Una mujer del pueblo, me dijo que no hay instalación, que lo que hay es un umbral a otro mundo, luego abrió la boca y vi esos dientes infernales. Me marcho antes de perder la cabeza. Me estoy obsesionando. Llevo dos días sin dormir».

Concluyó el repaso, leyendo una última reseña. Una advertencia final que señaló al bibliotecario.

«El único digno de este secreto es el bibliotecario Fran Herrmann, a menos que lo veas caminando erguido, en cuyo caso, no sería el original».

Weber cerró el expediente. Una hoja salió volando del mazo, le faltaba un pedazo. Alguien había arrancado el espacio donde venía el nombre.

«Aquí hay alguien que maneja los hilos, y esa persona es la…».

Miró de reojo al bibliotecario, que se bebía una taza de té a sorbos. Metió la hoja suelta en el bolsillo de su pantalón y apagó el flexo. Su

mente escéptica ahora enfrentada a la posibilidad de lo imposible. Con cada revelación, sentía cómo la brecha en su realidad se ensanchaba, invitándolo a un mundo donde las sombras tomaban forma y los secretos cobraban vida.

# La barbacoa

El aroma de la barbacoa que se extendía por el aire, captó los sentidos del Micha, que lleno de curiosidad, se subió al alfeizar de la ventana. Weber recordó la invitación de la alcaldesa, y pensó que sería un buen momento para empezar a sacar conclusiones basadas en las sospechas de Wolfgang. Cogió su libreta, un bolígrafo Staedler y se dirigió a los aledaños de la iglesia. Mesas de madera y sillas. Al menos cien vecinos reunidos en dos grupos fácilmente definidos: los de la taberna y los creyentes. Los primeros dejaron caer una olla enorme y humeante, sobre un tablón en el suelo, para salvaguardar su temperatura ante el frío de la nieve. Los devotos, se congregaban alrededor de las tres barbacoas portátiles que se habían instalado para la ocasión. A pesar de que la noche empezaba a caer, y el frío se volvía más tenaz, nadie quiso perderse el festejo. Weber llegó bajo el cuchicheo de alguno de los congregados. Su presencia allí, parecía incomodar a algunos de ellos. Este observaba a los asistentes, comprobando como algunos estaban marcados por las vicisitudes de la vida: cojeras, verrugas en la cara, estrabismo… Eran las cicatrices visibles de una existencia dura y sin filtro. En contraste, los feligreses que anhelaban un trozo de carne, irradiaban una perfección casi sobrenatural, sin rastro de las heridas que la vida suele dejar. Solo arrugas y piel caída, pero sus dientes perfectos y ninguno con lentes de aumento. Salvo Britta, que era invidente. La mujer de edad avanzada, ocupaba una silla y mordisqueaba un grueso filete de ternera poco hecho. A su lado, su hija con una sonrisa de oreja a oreja. Al ver al inspector se acercó.

—Weber, me alegro que se haya animado a venir. Los pueblos se descubren gracias a su gastronomía y sus vinos.

—Y sus misterios —espetó—. Por cierto, su madre se va a indigestar.

—Ella sostiene que el carbón es cancerígeno. Por eso se lo come así.

—Eso ya no me preocupa… es lo bueno de tener los días contados.

—Pues ya sabe, pídalo como quiera. Hoy todo es gratis, hasta que se acaben las existencias.

Weber vio al padre Braun encargado de la barbacoa. Con maestría les daba vueltas a las chuletas. Los eslabones del medallón se iluminaban al candor de las ascuas. Muy cerca de él, la restauradora canturreaba una canción italiana, mostrando los efectos del vino en su euforia.

—¿Pudiste ver quién estaba en el tejado? —le preguntó el inspector.

—No. Los bomberos lo bajaron en una bolsa con cremallera. Les costó bastante sacarlo de donde estaba hincado. Estaba hecho una pieza, según oí.

—Y por descarte, ¿no sabes que vecino puede ser?

—No. Pero cuadra con la idea de que puede ser el alpinista hermano de Emil Krüger.

—Ya —respondió con desgana.

—¡Inspector! ¿Un trago para entrar en calor? —le invitó Klaus guiñando el ojo lechoso.

—Sí —agarró la jarra y dio un sorbo. Hizo un mohín—. ¡Uff! ¡Qué feo está! Prefiero el whisky.

—Hay gente que viene al pueblo solo por el vino especiado —le dijo y se alejó a hablar con otro vecino.

—Hay que ser muy sibarita para venir hasta aquí por un trago de este brebaje.

La alcaldesa se reservó el comentario. Tras unos segundos de silencio, se interesó por la investigación.

—¿Y cómo lleva sus pesquisas?

—Viento en popa. Wolfgang hizo muy buen trabajo.

—¡Shh! No mencione ese nombre. Le puede traer problemas.

Weber se mostró reticente al principio, pero luego pensó que igual, cuantos menos enemigos tuviera, más fácil avanzaría en su investigación.

—Su teoría sobre una tecnología avanzada que puede duplicar partículas, se antoja interesante —le soltó—. Está claro que hay diferencia entre los que van a misa y los que vais a la taberna. Perfectos e imperfectos —le explicó bajando el tono. Dio un sorbo mojándose los labios—. ¿Hoy hay misa?

—Sí. En un rato —respondió mirándolo de arriba abajo con desconfianza—. Y le diré una cosa, juraría que está a pocos días de compartir ala psiquiátrica con el bueno de Wolfgang.

Weber bebió un trago de vino para no mostrar su desagrado por el comentario.

—¿Nunca ha ido a una misa en este pueblo?

—No es fácil —miró al padre Braun desde la distancia—. Tienen normas. La religión y la fe se la toman muy enserio. Para entrar, alguien de los habituales, tiene que recomendarte y asegurar que eres creyente cristiano.

—Pues tu madre está dentro. ¿Nunca has sentido curiosidad por oír la palabra de Cristo?

—Mi exmarido era muy religioso. En la ciudad donde vivíamos, no había domingo que faltara a la misa. Eso no lo hizo un buen hombre ni su Dios lo pudo encauzar por el buen camino. Los valores que imploraba el cura de su parroquia, se los pasaba por el forro de los

cojones… me pegaba cada vez con más frecuencia, al igual que lo hacía mi padre —dio un trago largo agotando todo el vino—. Solo iba en busca de misericordia, acudía para limpiar los pecados que le atormentaban bajo el perdón en las confesiones.

—¡Menudo cabronazo! Yo jamás le he puesto una mano encima a una mujer.

—Ni que yo lo vea —repuso—. Bueno, voy a acercarme adonde está mi madre. Igual quiere pan o vino.

Weber acudió hasta el padre Braun. Contemplaba como para algunos le ponía los filetes bien hechos, y a otros, solo vuelta y vuelta, dejando como resultado, las comisuras de los que las comían impregnadas en sangre.

—El mío churruscado, por favor —le sugirió al cura cogiendo una rebanada de pan de un cesto que estaba cubierto por un paño.

—La ternera hay que comerla casi cruda: al punto, inspector. Es como sabe bien —apretó la espátula contra una chuleta, provocando un chisporroteo en el carbón—. ¿Por qué ha vuelto después de la que se lio aquí?

—Me quedan seis meses de vida, ya lo sabe… Y, aquí hay algo que quiero resolver antes de palmarla.

—Pues no tiene mal aspecto para estar tan cerca del abismo.

—No sé si es efecto del frio, que me tiene el cutis estirado, o talvez, tener un propósito apasionante entre manos.

—A eso le llaman la muerte dulce. Antes de morir, uno siente una especie de alegría que te vuelve radiante.

—Las muertes nunca son dulces, padre Braun —atajó cogiendo el filete de la parrilla y montándolo sobre la rebanada de pan.

Weber se alejó de la multitud y caminó en solitario. Se sentó en los escalones de la puerta principal de la iglesia. Se acordó de su gato y de lo que le gustaba la carne. Un fuerte olor a incienso lo sacó de sus ensoñaciones. Cuando se giró, se dio cuenta de que la puerta estaba encajada, y que por la rendija escapaba parte del humo. «Las ocasiones las pintan calvas, Weber», se convenció entrando con sigilo en la iglesia. En la penumbra, buscó un escondite bajo un banco en la zona más alejada del altar, pensando que el incensario, crearía una espesa nube que le ayudaría a camuflarse con el mobiliario, justo cuando estuvieran dando la homilía.

# La misa y el milagro

Los creyentes fueron entrando en manada hacia el interior de la iglesia. La mayoría hablaba sobre el exquisito sabor de la carne, y lo bien que le habían sentado el vino. Una vez entró la anciana Britta, Greta, la restauradora, se aproximó a la puerta principal, y la cerró echando el cerrojo.

Desde su escondite, Weber observaba atónito todo lo que acontecía. El padre Braun, con su sotana negra y el medallón colgando sobre su pecho, inició la ceremonia. No tardó ni cinco minutos en averiguar, que no se trataba de una misa común. La congregación miraba con expectación, mientras el bibliotecario, confinado a su silla de ruedas, era llevado al altar. El cura se arrodilló ante él y puso a su alcance el colgante. Fran Herrmann lo tomó entre sus manos. Tocó el relieve de la cruz y la rosa, y leyó la leyenda del medallón de oro macizo.

—Lux in tenebris —resonó su voz temblorosa en las bóvedas que adornaban la iglesia.

Un estremecimiento lo sacudió, como si aquellas palabras hubieran causado algún tipo de efecto sobre él. Greta lo asistió rápidamente, llevándolo a una habitación anexa.

—¡El milagro obrará en él! —anunció el padre Braun—. En unos días volverá curado entre nosotros. Recemos un Padre Nuestro por el nuevo hermano Herrmann.

Weber sintió un escalofrío. El medallón, la homilía, todo era parte de un ritual que ataba a los miembros de la iglesia a un destino desconocido. Mientras oía el rezo, su corazón latía con fuerza, pensando incluso que el sonido iba a delatarlo, y se acordó del libro que leía el bibliotecario: Edgar Allan Poe. Una vez acabaron con el Padre Nuestro, el cura dio por finalizada la ceremonia. Los fieles comenzaron a dispersarse, algunos pasando tan cerca que Weber, que este podía oír sus susurros de fe.

La última en salir fue la anciana ciega, que avanzaba aferrada al brazo de Frauke. Al pasar a la altura del escondite del inspector, Britta lanzó una mirada esquiva en su dirección y esbozo una sonrisa enigmática. Weber se sintió descorazonado; incluso aquellos que parecían vulnerables estaban implicados.

Cuando la iglesia quedó vacía, y la restauradora cerró, Weber emergió de su escondite y se dirigió hacia donde se llevaron al bibliotecario. La puerta de la habitación estaba entreabierta, y él, creyendo que ella se había ido, entró. El lugar era un taller de pintura, lleno de lienzos y pinceles, un caos creativo que ocultaba secretos. Al

fondo, una puerta entreabierta sugería más misterios. Weber avanzó, cada paso aumentando la tensión en el aire. Al cruzar el umbral, sintió una presencia…

Un sonido metálico y una respiración abrupta. La silla de ruedas en un lateral y una vela como única iluminación. Se trataba de Fran Herrmann, que estaba encadenado a la pared, con cinta americana envolviéndole la boca.

—Te sacaré de aquí —le aseguró.

Weber, tomó la linterna de su bolsillo, el haz de luz proyectaba colores fantasmales sobre los cuadros dispuestos en caballetes. El policía avanzaba lentamente, su linterna danzando sobre las obras de arte, buscando algo… anómalo, además, del secuestrado.

Los cuadros, retratos de santos y escenas bíblicas, parecían observarlo con ojos que conocían secretos antiguos. El silencio era absoluto, salvo por el jadeo de Herrmann. Entonces, lo vio: un cuadro que no encajaba, una figura femenina con una sonrisa torcida que no estaba allí antes. Alzó la linterna, y la luz reveló una verdad horripilante. No era un cuadro. Era ella, una mujer con ojos vacíos, reptando por la pared como una araña. Weber echó de menos su arma. El inspector retrocedió, su corazón latiendo como un tambor de guerra. La criatura se deslizaba hacia él, su cuerpo contorsionándose en ángulos imposibles. En ese momento, comprendió que estaba cazando algo más siniestro que un simple sectario. Estaba frente a frente con una entidad que desafiaba toda lógica, un ser que se burlaba de la santidad de la capilla. Con el aliento del doppelgänger soplando frío sobre su nuca, sintió un miedo primordial que le recorría la espina dorsal. La cercanía de la criatura era casi sofocante, su respiración un susurro helado que contrastaba con el silencio sepulcral del templo.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó el policía, su voz temblorosa pero decidida—. ¿Te lo vas a comer?

—A él… no.

La puerta se cerró a sus espaldas.

—¿Quieres devorarme? —quiso saber Weber.

El doppelgänger se detuvo, su cabeza inclinada como si considerara sus palabras.

—¿Por qué temes a la muerte si ya la tienes tan cerca? —preguntó con una voz que era un eco distorsionado en aquella sala.

Era una pregunta que resonaba en el vacío de la habitación, un desafío a la naturaleza efímera de la existencia. Weber, enfrentando su mortalidad, encontró una extraña calma.

—No temo a la muerte —respondió—. Pero deseo entender…

El doppelgänger se movió lentamente, bajando de la pared con movimientos que desafiaban la gravedad. Sus pies en tierra firme y una vela iluminando su pálido rostro.

—Busco lo que todos buscan: significado, propósito, existencia. La pregunta, es si usted quiere saber la verdad de una vez por todas o marcharse con la incertidumbre. Los doppelgänger tenemos capacidad de decisión, no somos alimañas salvajes.

Weber arrimó un taburete hacia su posición y tomó asiento mostrándose desafiante, a pesar que, por dentro su pecho mostraba lo contrario.

—Entonces hablemos. Y empieza aclarándome porque tenéis a este hombre atado como aun perro rabioso. Todo esto es inhumano.

—Está en cuarentena. No es un castigo, es una precaución. Hasta que no veamos al siguiente doble y evaluemos cómo se comporta, no podemos tomar una decisión definitiva.

—¡Qué consuelo! —ironizó—. ¿Y cuánto tarda en aparecer el otro doble?

—Horas.

Weber arrugó los labios y echó en falta un cigarro. Asimilar lo que oía no era una tarea fácil.

—¿Veo que no es la primera vez que hacéis esta abominación?

—¿Me considera un monstruo? El primer día que me vio, cuando vino a comprobar la escalera de caracol, ya era así, solo que no conocía mis habilidades.

—Pues la prefiero con el torso recto y en tierra firme —opinó—. Volviendo al tema del secuestro. ¿No hay otra manera de hacer esto sin recurrir a cadenas?

—Para empezar, él se ofreció al cambio. Cansado de estar rodando en esa silla que se traba con la nieve —le aclaró—. Y las esperas se hacen largas… es el procedimiento.

—¡Qué callado te lo tenías, Herrmann! —le recriminó Weber—. Y es cierto, nadie le obligó —confesó lanzando una mirada al que estaba cautivo—. ¿Y si ambos muestran bondad? ¿Qué sucede entonces?

—Si ambos son buenos, entonces tal vez puedan quedarse los dos… pero el peso de esa decisión no corresponde a nadie del pueblo —hizo un silencio para mirar la llama con detenimiento—. La debe tomar usted.

—¿Yo? —se sorprendió.

—La regla general es que solo puede quedar uno. Es una situación delicada. No todos los dobles son malévolos, a veces son mejores que los originales en cuanto a comportamiento. Pero hay que esperar a que revelen su verdadera naturaleza.

—¿Entonces me está diciendo que mi presencia aquí está orquestada desde el inicio?

—Yo llamé personalmente aquella noche, haciéndome pasar por la alcaldesa y pidiendo un investigador que fuese poco susceptible a los fenómenos inexplicables, pero veo que usted empieza a creer.

—Durante mucho tiempo, me consideré un escéptico. Veía la fe y las creencias como algo ajeno a mí, como ilusiones que otros necesitaban para dar sentido a un mundo caótico. Pero recientemente, algo cambió en mí. Las experiencias que he vivido, las cosas que he visto han sacudido los cimientos de mi escepticismo —acercó su taburete para mirarla bien a los ojos—. He sido testigo de sucesos que desafían la lógica en este pueblo. He visto la bondad surgir de un doppelgänger, y la maldad de donde menos esperaba. En Kleinvienna he encontrado misterios que se entrelazan con la realidad de formas que nunca hubiera imaginado. Ahora me encuentro en una encrucijada de pensamiento y existencia.

—Veo que tenía ganas de conversar. Pero una persona no cambia su dogma de la noche a la mañana.

—Yo creía que no, pero aquí estoy, con la mente atormentada. Y si de algo estoy seguro es de una cosa: ya no puedo volver a la comodidad de mi duda.

Greta caminó con lentitud hacia un lienzo. Se giró y sostuvo la vela poniéndola frente a su propio rostro.

—¿Entonces está preparado para saber la verdad?

—No me subestime, he leído el trabajo que realizó Wolfgang en el pueblo, y se varias cosas que pueden explicar cómo se duplican los originales. Aquí abajo hay túneles… en concreto una instalación secreta que alberga un acelerador de partículas fabricado durante la Segunda Guerra Mundial para duplicar soldados. De ahí que se encontrara una fosa común con tres pares de gemelos.

—De nuevo, se equivoca —le cortó Greta—. Esto viene de mucho más atrás. Le explicaré como empezó todo. Debe saberlo. Y según, se

porte, ya veré que hago con usted…

# El descubrimiento

—Todo empezó hace diez años —narró Greta con cierta melancolía. Sus palabras llenas de un peso que trascendía el arte y la historia—. Vine aquí buscando algo. Digamos que continué con la labor que un día hizo mi tatarabuelo, luego mi abuelo, mi padre y ahora yo —Weber sintió interés por su pasado—. Mi familia vive desde generaciones ligada al arte, allí en Italia somos muy conocidos por nuestro buen hacer. En sus investigaciones, encontraron mensajes ocultos en las obras de arte, un patrón dejado como pistas de un conocimiento hermético que iba más allá de la estética y la técnica usada en las pinturas de los cuadros.

—¿Ya en los tiempos antiguos había personas conocedoras de este fenómeno? No había ni materiales ni medios para construir una máquina así.

—No es algo inventado por el hombre, inspector —aclaró con entusiasmo—. Un pintor famoso que exploró temas de la dualidad, la identidad y la reflexión en espejos en sus obras fue el artista surrealista español Salvador Dalí. Si bien Dalí no se centró exclusivamente en retratar personas dobles o en espejos, su estilo distintivo y su fascinación por lo surreal y lo onírico a menudo se manifestaban en imágenes que sugerían duplicidad o reflejo. En algunas de sus obras, como “La persistencia de la memoria", “Galatea de las esferas” y “Muchacha en la ventana”, se pueden observar elementos que reflejan la idea de la dualidad y la realidad distorsionada. Alguna de las obras de Leonardo da Vinci, sugieren la dualidad y la multiplicidad de la identidad humana. Por ejemplo, en su famoso cuadro “La Última Cena”, Leonardo representa a los discípulos de Jesús en grupos de dos, creando una sensación de simetría y reflejo. Además, en algunas de sus obras, como en sus estudios de autorretratos y en el dibujo “Autorretrato como anciano”, Leonardo explora la idea del envejecimiento y la dualidad entre la juventud y la vejez.

—¡Uff! Me va a explotar la sesera con tanta información. Veo que los doppelgänger, además de subir por las paredes y nacer regenerados, tenéis un problema de contención de charla —se quejó Weber—. ¿Y cómo diste con este lugar?

—Seguí tachando lugares frecuentados por los Rosacruces.

—¿Rosa qué?

—Rosacruces —corrigió. Weber se encogió de hombros—. La Orden Rosacruz es conocida por su supuesta naturaleza secreta y mística, por lo que no se tienen registros históricos precisos sobre los

lugares exactos donde se reunían. Se dice que los Rosacruces celebraban sus tertulias en lugares discretos y apartados, como templos secretos o incluso en la naturaleza, como en bosques sagrados o en cuevas. Estas reuniones eran consideradas rituales y ceremonias sagradas, donde los miembros compartían conocimientos esotéricos, realizaban prácticas alquímicas, meditaciones y discutían sobre filosofía oculta y espiritualidad —miró al techo asumiendo el descubrimiento que consiguió culminar tras generaciones buscando una respuesta—. La ubicación exacta de estas reuniones variaba según la época y la región, ya que la Orden Rosacruz, fundada en 1407, operaba en varios países de Europa. Su fundación se atribuye a un personaje legendario llamado Christian Rosenkreuz, que vivió en el siglo XV. Este hombre promovía la idea de una fraternidad secreta de sabios dedicada a la búsqueda del conocimiento espiritual y científico.

—¿Qué poder tiene el medallón?

—Quien lee su inscripción mientras lo sujeta con las dos manos: Lux in tenebris, que en latín significa Luz en la Oscuridad, invoca a su doble, que llega con la misma ropa que su original, y además con sus recuerdos.

—¿Y el padre Braun está al tanto de tu descubrimiento?

—Él indagó hasta darse cuenta que yo tramaba algo. Vio en el medallón la posibilidad de obrar milagros como catalizador de su propio Dios. Le confié su custodia, haciéndole guardián de este secreto y portador de lo que él cree, que es una bendición divina.

—Te chantajeó, ¿verdad?

—Sí. El poder corrompe —le fue franca acentuando ese tono italiano tan singular—. Recibía muchas confesiones de los feligreses. Conocía sus debilidades y pecados. El dolor de sus limitaciones y desgracias, y decidió sanar a base de milagros a los que acudían a él.

El inspector se levantó, su mente luchando por aceptar la realidad de lo que oía.

—¿Y qué decisión debo tomar? ¿Quién vive o muere?

—Exactamente, debe poner en una balanza cerrar o dejar abierto el umbral. Usted no está arraigado a nadie de este pueblo, por lo cual tomará una decisión objetiva.

—¿Y cómo se apaga la maquinaria nazi?

—No hay máquina, inspector —le reprochó con cierta desazón—. Bajo el sepulcro de mármol del suelo —Weber recordó que lo pisó en su primer encuentro con Greta—, hay una catacumba. Cuando esta acaba, al final, hay que leer un texto mientras te reflejas en dos espejos… y la magia sucede.

—¿Lux in tenebris?

—No. Es otro. Está tallado en la roca bajo los espejos.

—¿Quiero verlo? Quiero ver la instalación y no creer en la magia

que me cuentas.

—No podemos bajar. Nos hace falta la llave que guardaba el padre Braun.

—Pues pídesela.

—No. El otro se la robó al original con la idea de desvelar el umbral al mundo. Cuando lo mataron en la plaza, lo registramos y no tenía nada en sus bolsillos ni tampoco en sus calcetines.

—¿Y no se puede picar la losa con un cincel y un martillo?

—Podría derrumbarse la iglesia. La puerta está ubicada en la base de un pilar en ruinas.

—Entonces hay que buscar la llave. ¡Llamaré a la morgue! Igual está entre sus pertenencias… o en sus tripas.

—Pues no tarde, inspector. Es posible que alguien tome la decisión por usted… de matarlos.

—¿Matarlos? —repitió sobrecogido—. ¿Hay más en la misma situación de Herrmann? ¿Dónde los tenéis? ¿Quién mueve aquí los hilos?

—Nuestra conversación ha terminado. Váyase antes de que…

En ese momento la puerta se abrió. En el claroscuro dos ojos blancos luminosos. Weber le alumbró el rostro, y pudo comprobar que era el padre Braun.

—¡Ttttt! —negó con la lengua—. De aquí no se va nadie. Greta, ¿por qué te has revelado ante él poniendo fin al misterio?

—Alguien ajeno a este pueblo, tiene que tomar la decisión correcta. Y Weber es la persona adecuada. Es justo e inteligente.

El padre Braun dio un paso al frente. Sus puños cerrados como si estuviese dispuesto a romperle la cara a los dos con los nudillos.

—Nadie va a quitarme el don que tengo de hacer milagros. Esto es una bendición. Un poder…

—Su misión es llevar la palabra, no creerse Dios —espetó Weber—. Y no me va a retener. Me iré ahora mismo por donde he venido.

El padre se echó a un lado y lo dejó pasar. Su rostro mostraba malicia.

—Váyase con ese ostentoso descapotable que ha traído a un psiquiátrico a intercambiar sus impresiones sobre este lugar con Wolfgang, porque si veo que hace un solo intento por cerrar el umbral… lo lamentará.

Weber se detuvo a su altura. Y lo encaró sin temer su advertencia.

—Encontraré la llave que detiene la maquinaria. Y tomaré una decisión acertada sin su consentimiento. Así que rece, rece un puto Padre Nuestro.

El inspector caminó hacia fuera de la iglesia. El humo del incienso se anudaba entre los arcos de cantería que soportaban las bóvedas. Cuando pisó el último escalón, justo antes de apoyar la suela en la

nieve, observó cómo había varios fieles a la iglesia, esperándolo. Una de ellas tenía un palo de madera apoyado sobre el hombro, y la mirada recargada en odio. El padre Braun salió al encuentro.

—Dejadlo marchar. Si mañana por la noche no abandona el pueblo, entonces caerá sobre él, el peso de los Custodios del Don de Kleinvienna.

# La Llave y el Legado Oculto

La noche había caído sobre Kleinvienna, y con ella, un silencio que parecía susurrar secretos a través del viento helado. El inspector Weber, sentado en la soledad de su habitación temporal, contemplaba una caja de cartón desgastada. Dentro, las pertenencias de su despacho: testigos mudos de incontables investigaciones. Algo le impulsaba a examinarlos más de cerca, una intuición que rozaba los bordes de su mente cansada. Con dedos temblorosos, retiró el enorme zapato del cura y lo lanzó al suelo. El gato se acercó a él con curiosidad como si el calzado fuese un juguete. Weber luchaba con sus párpados mientras ojeaba los documentos. Se quedó dormido. Llegó la mañana, y despertó con la grapadora en la mano. Meyer le dio un par de tortas para despertarlo.

—¿Por qué no ha ido a la cama?

—No hay cama.

—La mía. Es de matrimonio.

—¡Venga ya! Me llego a meter en su cama por la noche, y estoy seguro que hubieses cogido el rifle del armario, y me hubieras reventado los huevos de un cartuchazo.

—Es cierto —reculó—. Pues haberse acostado con mi madre, apenas se mueve, yo soy más inquieta en el sueño.

—No lo veo —negó con la cabeza.

—Llegó tarde. ¿Dónde estuvo? ¿Le sentó mal la carne? No volví a verlo en la celebración.

—Me indigestó conocer la verdad que oculta Kleinvienna. Ayer me revel…

—¡Evi! —le interrumpió la anciana gritando desde la habitación—. Ayúdame a levantarme, tengo que ir al baño.

Meyer se alejó. Weber se levantó con una mano sobre el costado, la mala postura lo había dejado como una alcayata. Micha estaba a sus pies, con el zapato hecho trizas bajo sus patitas negras. En ese instante sonó el teléfono, la alcaldesa descolgó y tras balbucear anunció su propósito.

—En un par de horas vuelvo, tengo junta extraordinaria de vecinos —hizo un inciso—. Y si no te importa, déjale la mecedora a mi madre. Y dúchate, apestas a incienso.

Weber hizo una mueca de hastío. Fue hasta la nevera y le preguntó a la anciana si quería algo de comer. Esta, que caminaba apoyándose en las paredes, le hizo una petición antes de plantarse en su sillón.

—No tengo mucho apetito.

—Claro, después del filete crudo que te apretaste entre pecho y

espalda, no me extraña que estés saciada —murmuró Weber en el silencio de la cocina.

—Pero no te voy a hacer el feo, si me pones un *brötchen* de centeno con mantequilla y mermelada de fresa, te lo agradecería —hizo una pausa. El gato hizo un lamento—. ¡Ah! Y un vaso de leche caliente con una cucharada de miel.

Weber abrió la nevera. Dentro había carne congelada, leche y queso. Los productos parecían que procedían del pueblo, ya que no tenían etiquetado, como si el trueque fuese allí una práctica común. Una vez preparó el desayuno, se lo llevó a la anciana en una bandeja de madera. Cerca de la chimenea, el gato tenía el rabo erizado y estaba en posición de ataque. La anciana giraba el cubo de Rubik como si estuviese entrenando sus dedos para agarrar la taza.

—Parece que le da miedo el rompecabezas. ¡Micha! Deja a la señora Britta en paz. No seas mal invitado.

La puerta sonó por gracia de un manotazo. Weber se acercó y abrió. Al otro lado, una mujer con el rostro salpicado de pecas y los mofletes rojizos.

—Enhorabuena, es el único vecino del pueblo que ha recibido carta en esta semana. Viene de un Instituto de Anatomía Forense de Hamburgo. ¿Está correcto? —Weber asintió—. Pues, feliz día.

Weber leyó el sobre tamaño A4, en la que venía la dirección de calle 9 de febrero, y su nombre como destinatario. El remitente, era el nombre del Centro.

—Si es de mi hija, no la abra —le reprochó la anciana mientras daba un sorbo a la leche.

—Es para mí. Me la envía un amigo. ¿Pongo la radio? Voy a estar un rato leyendo.

—Si quiere, comparta el contenido conmigo.

—Se trata de un asunto privado —dijo sintonizando una emisora donde ponían música clásica.

Luego, se retiró a una silla. Sobre la mesa desplegó el informe compuesto por tres hojas. El felino se calmó y volvió a jugar con el zapato, como si fuese una rata que había cazado. El informe tenía una nota al inicio, en el cual su exmujer le contaba lo que le había costado convencer a su amigo para acometer esta negligencia. También, resaltaba que el hallazgo había sido tan fascinante, que incluso el patólogo fue en busca de un perito veterinario forense de confianza, para que pudiera esclarecer que tipo de sujeto estaba diseccionando sobre la mesa. También le aclaró, que a expensas de que algún familiar viniese a por él, el resultado de su naturaleza quedaría excluido del informe oficial, pero que aquí le hacía entrega de la versión extendida. Le envió un abrazo y unas palabras de cariño.

«**Examen externo**: El sujeto presenta una apariencia externa

idéntica a la de un humano. Presenta heridas mortales en el pecho, producidas por un arma de fuego del calibre 42. La piel de color oscura, está fría al tacto.

**Examen interno:**

**Sistema circulatorio:** Se observa una adaptación única en el sistema circulatorio, con un corazón agrandado y vasos sanguíneos reforzados, posiblemente para manejar la viscosidad de la sangre consumida. El estómago contiene residuos de sangre animal, lo que indica una dieta hematofágica.

**Sistema digestivo:** El tracto gastrointestinal muestra modificaciones para procesar y absorber componentes sanguíneos. Se detecta una enzima desconocida que facilita la descomposición de los glóbulos rojos y la absorción de hierro y proteínas.

**Mandíbula:** Tiene en el arco superior, una segunda hilera de dientes afilados y retractiles, con piezas de hasta siete centímetros. Cada uno apunta en una dirección, por lo que un mordisco podría dejar una marca muy peculiar. Su función parece la de desgarrar y desangrar a su presa.

**Detalles de interés:** En las palmas de las manos y las plantas de los pies, posee un sistema de sujeción solo visto en animales como el gecko o las moscas, que podrían dotarle de la capacidad de trepar, reptar o adherirse con facilidad a superficies verticales. Esto es debido a las Fuerzas de Van der Waals, que es un conjunto de interacciones intermoleculares que ocurren entre moléculas neutras. Al microscopio, se aprecian almohadillas con estructuras en forma de setas, que a su vez se ramifican en celdas.

**Conclusiones:** El sujeto parece estar diseñado biológicamente para consumir y procesar sangre, con adaptaciones específicas en varios sistemas orgánicos. Y con habilidades de acecho. Sin duda, no es un ser humano, o talvez, sea una mutación genética desconocida».

En ese momento, Weber entró en shock. Recordó las fotos de las heridas en las vacas, y pensó en la monstruosidad de los habitantes de ese pueblo. En ese instante, un tintineó sonó algo más fuerte que el cascabel de Micha. Lleno de curiosidad, el inspector alzó la vista hacia el zapato, y comprobó que el gato había levantado la plantilla. Sobre la moqueta había una llave de hierro con una forma muy enigmática. La emoción le recorrió el cuerpo; era una pista que había pasado por alto, una pieza del rompecabezas que había estado buscando.

Recogió la llave, siendo consciente que el padre Braun le dejó el zapato adrede en su coche siniestrado. Apagó la radio y le dijo a la anciana que iba a salir a la calle. Weber tomó su abrigo y antes de pisar la nieve oyó una nana cantada por la anciana que lo desconcertó totalmente.

—¡Yo tengo un castillo, matarile, rile, rile! ¡Yo tengo un castillo,

matarile, rile, rile! ¡Dónde están las llaves, matarile, rile, rile…

Weber dio un portazo.

Y fue en busca de Greta, imbuido en un terror que parecía poseerlo.

# Las catacumbas

Weber salió corriendo hacia el cabildo. Allí, varios vecinos congregados, entre ellos, el padre Braun. Hablaban sobre un tema relacionado con la vaquería de Krüger, ya que su hermano, había venido a subastar la propiedad en nombre del acusado de asesinato. Su asombro fue mayúsculo al ver al hermano mellizo allí. Una pregunta asaltó su cabeza. «Si este está vivo, ¿quién yacía muerto en el tejado de la iglesia?». La alcaldesa Meyer se disculpó y caminó hasta el inspector con la mirada confusa.

—¿Le ha pasado algo a mi madre?

—Tranquila. Está todo bajo control. Una pregunta ¿Ella ve?

—Se quedó ciega hace ya diez años. Una enfermedad degenerativa en las células de la córnea. Pero el resto de sentidos los tiene muy finos. ¿Te ha dicho alguna burrada de las suyas?

Weber no sabía si Meyer fingía, en su cabeza retumbaba aquello de «todos mienten». Cubrió su boca con la mano, y le contó analizando su lenguaje facial.

—Me ha llegado el examen post mortem del otro padre Braun. El resultado es concluyente: las réplicas son… vampiros.

El rostro de la alcaldesa se tornó sorpresivo. Un miedo empalideció su piel y le cortó el aliento. Dejando entre ver, que sus sospechas sobre la maldición del pueblo, se habían materializado de la peor forma posible. Pues ella sabía que estos tenían ciertas habilidades sobrenaturales, pero nunca intentaron hacerle daño.

—¿Cómo demonios me siento, y me comporto como si no pasase nada con todos ellos ahí dentro? No sé quién puede ser un doppelgänger.

—Pues siguiendo con el papel que me ha estado interpretando desde el inicio —atajó—. Como podrá imaginar, los miembros de la iglesia son los matones del pueblo… y el padre Braun, es el patriarca de este conocimiento avanzado, que duplica mediante un acelerador de partículas, a hombres convirtiéndolos en abominaciones.

—¿Y qué va a hacer?

—Tengo la llave —le confesó con determinación. El cura, alzó la vista hacia la puerta, sintiendo curiosidad por la conversación entre susurros que mantenían los dos.

—Me gusta su manera de enfocar los asuntos. ¡Consigue todo lo que se propone!

—La llave la encontró mi gato —dijo con modestia—. Ahora, necesito entrar en la casa de Dios, y ver que hay enterrado en las entrañas del pueblo. Greta está de mi parte. Alarga todo lo que puedas

la reunión, para evitar que Braun venga a darme caza. Diles que me voy del pueblo, que me estaba despidiendo de ti… —le dio un abrazo fuerte—. Esconderé mi coche, carretera abajo.

Meyer asintió y volvió a la reunión. Weber avanzó hasta las afueras del pueblo, se montó en su descapotable y lo puso a 200 km/h. Esa sensación le hizo liberar la adrenalina suficiente para hacer el camino de vuelta corriendo a pesar de su baja forma. Exhausto, llegó a los aledaños del templo, intentando no ser visto por el padre Braun y sus secuaces. Los cuervos graznaban sobre las gárgolas, como si estuviesen en contra de lo que iba a hacer. Weber llamó a la puerta lateral con impaciencia, temiendo que algún feligrés lo descubriese. La hoja de madera carcomida no tardó en abrirse.

—¿Qué hace aquí? Lo van a matar —le avisó Greta asomando medio rostro entre la rendija que dejaba la puerta y el marco.

—Puede —arrugó el labio—. Pero no sin antes descubrir cómo son esas instalaciones que existen bajo el suelo de Kleinvienna.

La restauradora le dio paso. En su habitación, que hacía las veces de taller, la luz del sol se colaba por las vidrieras que iluminaban las estancias dotando de encanto las pinturas. El retrato de un anónimo reflejado en un doble espejo lo saludó desde varios cuadros, imágenes que capturaban la esencia de un misterio más grande que la vida misma. Su mirada se fijó en unas cadenas oxidadas que colgaban de la pared, un testimonio silencioso de que Krüger que había estado encerrado allí, ya no estaba. Weber estrechó los ojos con curiosidad. Greta respondió.

—Lo han trasladado.

—¿Dónde?

—Donde los demás.

—¿Podrías ser más concreta?

—El lugar solo lo conocen el padre Braun y algún que otro vecino de confianza. Yo no tengo ni idea. Pero apostaría porque está en alguna de las diez granjas que están en la zona perimetral del pueblo.

—¿Anoche te reveló qué tenía entre manos?

—Me amenazó. Me dijo que me marchara del pueblo en cuanto restaurase la pintura que hay en uno de los muros de carga. No le ha gustado que haya pedido ayuda externa ni que te contara el misterio que atesora Kleinvienna —Weber miró al suelo sintiendo culpa por haber creado fricciones entre el párroco y la restauradora —. Pero eso no importa, es usted quién debe decidir honestamente, antes de que los maten por convicción.

—Pues manos a la obra.

Weber se encaminó hasta la losa tallada de mármol. Greta cogió una palanqueta de hierro y una lima. Introdujo la herramienta en el filo y levantó la pieza lo suficiente, como para que el inspector

metiera sus gruesos dedos debajo. La desplazó con cuidado, creando un sonido característico debido al roce de piedra con piedra. Debajo, una trampilla de hierro forjado en forma triángulo doble, que estaba anclado a un pilar de piedra que sujetaba una de las bóvedas; y que parecía colocado allí, para que, en caso de intento de espolio, cayese toda la estructura sobre sus cabezas. Tomó la llave y la introdujo en la cerradura. Tuvo que emplearse con fuerza para realizar varios giros, en los cuales el vástago se iba hundiendo cada vez más en los engranajes. Cuando solo quedó la parte plana de la llave en la superficie, sonó un clic. La rejilla de hierro se desbloqueó. Weber tiró hacia arriba. Un oscuro y apestoso hueco, reveló una escalera de piedra que descendía hacia las entrañas de la iglesia. El hedor a humedad y hierbas podridas, les sacudió el rostro.

Con cada descubrimiento, Kleinvienna se desvelaba como un lugar de misterios más profundos de lo que Weber había imaginado. Ahora, con la entrada a las catacumbas descubierta, y la llave en su poder, sabía que estaba a punto de enfrentarse a la verdad que había buscado tan desesperadamente.

Sin demorar más el descubrimiento, Weber posó su pie sobre el primer peldaño, pisó algo y alumbró con curiosidad: había un libro con las tapas de piel, parecía de diseño moderno. Con sumo cuidado, lo recogió para abrir la primera hoja. El título resultó ser toda una revelación: «Diario del otro padre Braun». Miró con recelo a Greta.

—Se preocupó en dejar esto aquí. Igual son instrucciones para apagar las instalaciones.

—No olvides que fui yo la primera en entrar y abrir el umbral. No pierdas el tiempo leyéndolo ahora. Avancemos antes de que llegue el padre Braun.

Armándose de valor, descendió, dejando el diario en el peldaño donde estaba. Greta seguía sus pasos con cautela. Dentro, el aire en la catacumba era frío y cargado de historia. La única luz era la débil bombilla de la linterna que Weber sostenía, un faro titilante en la inmensidad de las sombras. Un crujido sonó bajo la suela. Al enfocar se dio cuenta que se trataban de restos humanos semienterrados en el sedimento.

—Ni se te ocurra trepar por las paredes —le advirtió con nerviosismo—. Estoy un tanto acojonado.

—Esa habilidad solo se revela bajo el influjo de la luna. De día soy tan humana como tú.

«Por fuera sí», pensó conociendo con detalle la naturaleza interna de los doppelgänger. Las paredes estaban adornadas con inscripciones en un idioma que Weber apenas reconocía. La más prominente, sin embargo, estaba en un arco de piedra y escrita en alemán: “Umbral al Otro Lado”. Debajo, un símbolo que le resultaba familiar: el de los

masones. Weber murmuró.

—Umbral al Otro Lado… ¿Qué secretos guardas? Por qué no hay tuberías ni refrigeradores ni iluminación ni cables…

—¿Necesitas más evidencias para creer en aquello que te aterra?

La inscripción y el símbolo masónico, una escuadra y un compás entrelazados con la letra "G" en el centro, hablaban de un conocimiento antiguo y posiblemente de rituales olvidados. Greta le ilustró, al ver que enfocaba con la linterna en ese punto.

—Para los masones, sus tradiciones se enraízan en la construcción y la arquitectura, por eso, a menudo se les atribuye la creación de espacios secretos y sagrados. Solían dejar marcas.

—¿Un portal creado por los masones?

—Por los Rosacruces —concretó.

Weber giró hacia donde el túnel le llevaba. La teoría de Wolfgang era buena, podría justificar la creación de personas mediante la física. Pero tenía que admitir, que allí no había rastro de un solo tornillo o cable, como vestigio de una instalación secreta. En un lateral, el haz de luz le devolvió una figura. Instintivamente se pegó a la pared y apagó la linterna. Masculló a Greta que había alguien. Encendió de nuevo la linterna y alzó la voz.

—¡No venimos a hacerle daño!

La única respuesta fue su propio eco. Viendo que el sujeto no se movía, avanzó con decisión hacia él. Las raíces se habían apoderado de parte de su esqueleto, pero sin duda, se podía adivinar que se trataba de un soldado. Se detuvo en seco para escrutar el cadáver. El uniforme aún conservaba la rigidez de su forma. Las insignias y condecoraciones, corroídas pero distinguibles, adornaban lo que una vez fue un pecho lleno de orgullo y poder. Una cruz de hierro, una medalla de servicio, y los más inquietante, una insignia que solo podía pertenecer a un miembro del alto rango del Tercer Reich. Weber intercambió una mirada de asombro con Greta.

—Ya estaba aquí la primera vez que entré.

—Es… Es…

—No. Pero sí uno de sus líderes. Es Heinrich Himmler, un general con un interés particular en el ocultismo. Se intentaría replicar cuando el régimen empezó a caer. Sabía de la existencia de este sitio —dejó boquiabierto a Weber con la información que sabía—. Supongo que llegó herido y murió a medio camino.

—Menos mal que no consiguió su propósito. Este hallazgo me ha hecho reflexionar sobre lo importante que es que no haya dos tiranos sobre la faz de la tierra. ¡Continuemos!

Weber llegó hasta el final del túnel. La oscuridad los envolvía como un manto. Una roca negra como la noche y un asiento tallado en granito. A los lados, dos espejos antiguos se enfrentaban. Enfrente, un

relieve esculpido a modo de espiral. Con la respiración entrecortada, vio una inscripción labrada en la roca y rellena de una especie de pintura luminiscente que resaltaba cada letra, palabras que resonaban con el legado de los Rosacruces: *Veritas vos liberabit*.

—No lo leas en voz alta —le advirtió Greta sujetándolo para que no se sentase y pronunciase la frase con su rostro reflejado en los espejos—. Significa: la verdad os hará libres.

—Tenías razón. Esto no es obra de científicos modernos. Llegó el momento… Tengo que cerrar el umbral.

—Hay un contratiempo… El ritual solo se puede realizar de noche. Si lo hicieses ahora, no sé qué efecto podría tener. Volvamos y dejemos la losa puesta, antes de que el padre Braun nos descubra. Vuelve por la noche.

Weber se desesperó. Esa mezcla de emociones encontradas lo tenían sumido en una taquicardia que apenas le dejaba pensar. Greta iba ahora delante, sus manos rozando las frías paredes de piedra mientas buscaban la salida hacia la superficie. La escalera de piedra, desgastada por el tiempo y la historia, prometía liberarlos de aquel confinamiento subterráneo. A Weber le pareció ver algo que se agitaba al fondo. Se detuvo y apagó la linterna. Justo, cuando Greta estaba a punto de ascender, una figura emergió de la oscuridad. Era el padre Braun, que con una expresión que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones, se abalanzó sobre ella. Le dio un puñetazo, ascendió hacia arriba y de un pisotón aplastó el rostro de Greta; el sonido de su mandíbula rompiéndose contra el escalón retumbó en el silencio. Luego, vino otro taconazo en la sien, rematándola de aquella vil manera.

—Sabía que me traicionarías —gruñó con ira—. Ahora te pudrirás ahí debajo.

Weber emprendió una carrera en dirección al padre Braun, sin abrir la boca, con la firme idea de sorprenderlo y hacerle frente, pero resbaló con la sangre de Greta que embalsamaba los peldaños de piedra. Un estruendo, advirtió que el cura cerró la trampilla, sellando la salida y dejando a Weber atrapado en la catacumba. La luz de la linterna parpadeó, reflejando la desesperación en los ojos de Weber.

Solo, con un cadáver caliente a pocos metros de él, y otro podrido y lejos como única compañía. Hizo un intento por subir la reja, pero sus esfuerzos fueron en vano. Su pecho repicaba como el llamador de una puerta medieval. No podía ocultar su pena tras la pérdida de Greta a manos de aquel asesino de camisa negra y vitola blanca. Cuando se calmó, recordó el diario que debía estar bajo la restauradora. Metió la mano bajo ella y lo extrajo. Se retiró un par de metros de la entrada y se acuclilló contra la pared. En sus manos tenía todas las respuestas que necesitaba, pero sin la certeza de que alguien

vendría a rescatarlo. La posibilidad de morir en aquel lugar, tanto por inanición o por falta de oxígeno, se postularon sobre su vida como una nueva sentencia.

Weber apretó el diario contra su pecho, la esperanza y el miedo luchando por dominar su espíritu. La lucha por la verdad había cobrado un precio inesperado, y ahora, en la oscuridad de la catacumba, el inspector se enfrentaba a su prueba más grande.

# El diario del otro Braun

La linterna guiñaba a las páginas, amenazando con dejarlo en la oscuridad total. Por un instante, se acordó de la madre de la alcaldesa Meyer, y su invidencia. «El mundo a oscuras parecía demasiado triste». A sus oídos, además del sonido de algún insecto volador, escuchaba como el cadáver de Greta emitía sonidos parecidos a los de la flatulencia, como signo claro de que estaba en proceso de descomposición. Su muerte fechada a seis meses vista, le pareció un lujo, pues sin agua, no duraría mucho más de una semana en aquel túnel subterráneo. Por suerte o por desgracia, entraba aire a la catacumba, quizá por las grietas de las viejas rocas. Weber recorrió de nuevo el túnel en busca de alguna salida. Sin hallarla, se fue al asiento de granito que estaba junto a los espejos, y colocó el diario abierto sobre sus rodillas intentando absorber cada palabra, cada revelación que pudiera ser clave para entender la verdad detrás del misterio de Kleinvienna. Las páginas, llenas de confesiones y revelaciones, hablaban de otro mundo, de un umbral entre dimensiones. Weber leyó, con una mezcla de horror y fascinación, pues el otro padre Braun, había dejado escrito todo el procedimiento, además, de aspectos propios de su naturaleza doppelgänger.

«Yo llegué a este mundo debido a un error fruto del desconocimiento, mi original, el padre Braun, se asombró al verme. Al principio, pactamos un acuerdo, en el que yo viviría en las sombras para corroborar que mis instintos eran controlables y que no entrañaban un peligro para la gente del pueblo… Yo, recién llegado, no tenía recuerdos de mi vida anterior, solo aparecí en mitad del bosque, conociendo el camino de vuelta, pues los recuerdos de mi original, habían suplantados a los que yo debí traer del otro lado. En cuanto a la alimentación, tenía el mismo apetito que mi original, pudiendo digerir cualquier cosa. Eso durante el primer mes, luego ocurrió algo. Los doppelgänger necesitamos sangre, una vez al mes la primera vez. Luego cada dos semanas, y luego, cada siete días. Pero este apetito solo entra en la noche, con el influjo de la luna, que nos dota de poderes para trepar con facilidad… No sabría decir si nosotros somos buenos o malos, pero en este pueblo, este don o maldición, siempre ha existido. La mujer encargada de la restauración artística de la iglesia, encontró escondido los códices donde se explicaba el procedimiento para abrir y cerrar el umbral… Las consecuencias de cerrarlo, es que, si están vivos los dos, réplica y original, la copia se deshará volviendo a su mundo espejo del que vino. Si por el contrario solo vive la copia, se quedará en este mundo, como una versión

perfecta del original… Mi relación con mi original se está enturbiando. Cada vez está más cegado con el poder de obrar milagros. En las confesiones, muchos malnacidos venían a limpiar su conciencia, tras desvelar que habían maltratado a su esposa. El padre Braun, se inventó un rezo, leyendo el medallón, para ver si los dobles volvían con otra benevolencia, y así era: había dobles con una bondad que los originales no poseían… Pasaron los años, y acabé encadenado. Mi original quería ser único y me veía como una amenaza. Su intención era dejarme morir. Los doppelgänger, parece ser que tenemos una resistencia mayor a la inanición, pues estuve quince días sin beber ni comer. Eso me permitirá adelgazar las muñecas y poder librarme de los grilletes. He trazado un plan para escapar y contarle a alguien ajeno a este pueblo, lo que aquí está pasando. No sé si mi plan saldrá bien, pero aprovecharé un día, durante una homilía, para arrebatarle el medallón y la llave a mi original. Los que frecuentan la taberna, igual pueden tomar una buena decisión… Me considero una persona buena, pero si está en mis manos acabar con la mujer que está moviendo los hilos en este pueblo, lo haré». La comprensión lo golpeó como un rayo; estaba en medio de una trama que desafiaba toda lógica. El jefe de la secta no era el padre Braun, sino una mujer del pueblo. «¿Será la alcaldesa?», elucubró.

De repente, un sonido rompió el silencio sepulcral: la trampilla se abría. Weber buscó algo con que azotar al padre Braun y buscó la pistola del cadáver del nazi que yacía muerto. No la encontró. Pensó en coger un hueso. Arrancó el cubito y el radio del esqueleto y avanzó dispuesto a acabar con el cura. La linterna se apagó. Una luz suave recorría las paredes de roca. Tras la vela, la silueta de un hombre conocido: Fran Herrmann.

—¡Rápido, tenemos que irnos! —instó Fran Herrmann, con su voz cargada de urgencia—. No te quedes ahí.

Weber, atónito ante el milagro, dejó caer el hueso al suelo y salió hacia el exterior.

—¡Coño! No es lo mismo oírlo, que verlo. Estás erguido…

—Sí. Es una sensación extraña —se sinceró. A punto de subir las escaleras, le pidió sinceridad—. ¿Quién le ha hecho esto a la pobre Greta?

—El padre Braun la ha asesinado sin mostrar un ápice de remordimiento. Parece que ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos —expresó ante la cara inexpresiva del bibliotecario—. Mi doble me salvó, tú me has rescatado, Greta quería cuestionar su naturaleza a pesar de ser una doppelgänger.

—Ya habrá tiempo de sacar la conclusión, pero ahora hay que detenerlos. Creo que van a eliminar a los originales a sangre fría.

Weber le estrechó la mano a su salvador.

—Gracias por volver… Pensé que ya eras parte del bando enemigo.

—Recuerdo todo lo que mi original sabía. Por eso he venido hasta aquí, donde me tenían encadenado. Greta me avisó que ella estaba en peligro. He llegado tarde —se lamentó—. Ahora le ayudaré a usted, como ayudé en su día a Wolfgang —lo miró con determinación. El inspector seguía sin soltarle la mano—. Weber, debemos tomar una decisión y actuar. Solo nosotros podemos parar esto.

—Antes de continuar, necesito saber una cosa —le apretó con fuerza los dedos—. ¿Es Evi Meyer la que mueve los hilos? Wolfgang hablaba en femenino sobre la mente pensante de este entramado.

—No. La alcaldesa es cómplice de algunas cosas que no están bien hechas —dejó un halo de misterio en su afirmación —. Pero de este asunto, solo sabe que pasan cosas raras que escapan a su control. El padre Braun se ha encargado de esconder bien a su líder, de ocultarlo a las sombras… y debe ser alguien de los que acudimos a la iglesia… y yo no soy.

—Vayamos a poner rostro a quién está tras el control del umbral. ¡Guíame a hacia las granjas! Pero antes iré a casa de Meyer a por su rifle.

Asumió sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Juntos, se prepararon para enfrentar lo que fuera necesario para desentrañar los secretos de Kleinvienna y proteger a sus habitantes.

# La identidad del cadáver

El inspector Weber, con el corazón latiendo a un ritmo frenético, llegó a casa de la alcaldesa. La puerta estaba entreabierta, una invitación silenciosa a los misterios que aguardaban dentro. Al entrar, una sensación de vacío lo recibió; Meyer no estaba por ninguna parte. La nombró hasta en cinco ocasiones, no hubo respuesta, excepto la de su gato, que parecía pedir auxilio. Sobre la mesa, el examen post mortem abierto de par en par y todos los documentos que recopiló Wolfgang dispersados por todas partes. Entonces vio la última página, aquella en la que mencionaba el resultado de sus pesquisas, y cuya respuesta, había sido arrancada. Fue en ese momento, cuando sus neuronas reconectaron y se acordó de su encuentro en el psiquiátrico con el policía. «Me hizo entrega de un trozo de papel». Hurgó en un bolsillo de su gabardina, pero no lo encontró. Fue a buscar en el otro, pero en ese momento oyó a Micha maullar con desesperación. Supo que estaba metido en un cajón del salón. Weber abrió uno de ellos y el felino saltó a sus brazos buscando refugio, como si este fuese la copa de un árbol, y abajo hubiese un perro rabioso. Con Micha encaramado a su ropa de abrigo, hizo un intento por sacar el papel, hallándolo en una esquina de la costura del bolsillo, doblado por la mitad. Lo desplegó entre sus dedos y… «Ring, ring, ring», sonó el teléfono, cortando el silencio como un cuchillo. Weber respondió tembloroso, al otro lado la entusiasta voz de Fleming.

—Amigo, no te lo vas a creer… Ya sé quién estaba sobre el tejado de la iglesia siendo devorado por los cuervos… No es quién imaginábamos… No es el hermano mellizo del ex alpinista ni alguien con capacidades para trepar. Te sorprenderá saber que se trata de una mujer, en concreto de Britta... No, no doy crédito… ¿Cómo es posible que una mujer de esa edad haya llegado hasta allí arriba? ¿Por qué? ¿Weber? ¿Estás ahí? Al menos, tenemos la certeza de que los doppelgänger son una realidad. Yo vi tu doble con mis propios ojos, y al cura, y esto, lo corrobora. ¡Es aterrador a la vez que fascinante! ¿Weber? ¿Weber?

Este ya hacía un par de segundos que había soltado el teléfono, asimilando la información recibida. Bajó la vista y sus temores se confirmaron: el nombre de Britta estaba allí, escrito claramente. Con la revelación martilleando sus sienes, dirigió su mirada hacia la silla mecedora de la anciana, donde el cubo de Rubik, ahora resuelto, yacía como un presagio ominoso. La verdad que había buscado con tanto ahínco ahora lo confrontaba con una realidad más oscura de lo que jamás hubiera imaginado. Entonces cogió el rifle y la linterna de la

alcaldesa. Salió al encuentro del bibliotecario, pues debía actuar rápido, antes de que las sombras que acechaban Kleinvienna reclamaran otra víctima.

# El dilema

El sol cerraba ciclo, dejando un horizonte púrpura que cedía terreno a la noche. El inspector Weber, tras haber avisado a algunos hombres de la taberna sobre sus planes, se dirigía hasta la encrucijada que decidiría el destino del pueblo. Junto al bibliotecario, se encaminó hacia los límites donde se ubicaban las zonas de campo. El crujir de la nieve bajo las suelas, les recordaba la fragilidad que existía entre los dos lados, como si fuese la capa de cristal que los separaba del mundo espejo.

Temiendo que ya hubiesen tomado una decisión, inspeccionaron granjas y vaquerías en desuso, ya que, en el manto blanco del suelo era difícil seguir un rastro que les diera una pista de donde se refugiaban. Por suerte, el viento no soplaba y la noche mostraba estrellas, por lo que no se esperaba nevada. En ese instante, se oyó el eco de un disparo que los sobrecogió. El bibliotecario señaló a un viejo granero, que estaba a cien metros de allí. Corrieron hacia él, con el corazón encogido en un puño, temiendo el peor de los finales posibles.

Con sigilo, saltaron la valla de madera, y actuando del mismo modo que lo haría un equipo coordinado de asalto, se pegaron a las paredes haciéndose señas. Fuera no había vigilancia, pero dentro se oían voces, gritos y quejas. Weber se detuvo en seco con el fin de recuperar el aliento. Una vez retomó la voz, le contó el plan al bibliotecario usando un tono casi ininteligible.

—Toma el rifle. Yo entraré por la puerta principal —miró al cielo y vio que la luna ya estaba en el firmamento—. Tú trepa por la pared por si las cosas se ponen feas.

El bibliotecario se descalzó y obedeció. El inspector sorbió por la nariz y entró con las manos en alto, temiendo que hubiera un segundo disparo.

La construcción era de piedra, el tejado tenía agujeros en la madera. Dentro, vigas talladas y alpacas de paja seca y mohosa. En pie, había originales y replicas, esperando sentencia. También vio al verdadero Fran Herrmann en su silla de ruedas. Muy cerca de él, un cadáver con los sesos repartidos sobre la mala hierba que crecía al resguardo de la nieve. Britta con una escopeta humeando entre sus raquíticos dedos, miraba con desafío al recién llegado. Justo a su lado, estaba Meyer, amordazada y con los ojos llenos de súplicas asistiendo al macabro evento orquestado por el padre Braun y su madre.

—¡Detened esta locura! Vengo desarmado y dispuesto a dialogar —rogó Weber—. ¡Usemos la vía pacífica!

La anciana, revelada como líder de los doppelgänger, se acercó al

inspector con una serenidad que contrastaba con la tensión del momento.

—Hemos tomado ficha en esta partida —alegó—. Sabemos que has descubierto cual es el poder del medallón de los Rosacruces y la ubicación del umbral hacia el otro mundo. No podemos permitir que nos arrebates el nuevo orden que hemos impuesto. Llevamos muchos años trabajando en esta obra de milagro y purificación del pueblo.

—Todo muy bonito —dijo son sorna—. Pero cuando las personas toman el poder por la fuerza y sin usar la democracia, se creen portadores de la ley y las decisiones, y es entonces cuando la libertad se vuelve una utopía. ¿Bajo qué criterio habéis asesinado a este hombre?

—Bajo el acertado —dijo Braun dando un paso al frente. Su medallón resplandeciendo bajo la luz de las antorchas—. Una persona de fuera no puede saber qué es lo que más nos conviene a los pobladores de Kleinvienna.

—Ni los doppelgänger son tan malos ni los originales tan buenos. Depende de la naturaleza de cada uno —añadió Britta—. Y, estamos llevando a cabo una selección sobre quién debe vivir: si original o su doble.

—¿Y por qué no dejar a los dos que hagan su vida?

—Llegaría un momento, que uno de los dos estaría destinado a vivir a la sombra, y sabemos de buena tinta, que se cansaría e intentaría hacer su vida… y eso es exponernos demasiado. Cuando la sociedad lo supiera, vendrían a darnos caza.

—Supongo que será difícil hacer vida sin documentación legal, pero mejor vivir que ser asesinado.

—Solo puede quedar uno. Y esa decisión es irrevocable —sentenció Britta con tono amenazante. Meyer se quejaba haciendo un intento por dar su opinión—. No sé si sabe las consecuencias que tiene cerrar el umbral: el puente entre los dos mundos dejará de existir.

—Lo he leído en un diario que dejó el padre Braun bueno, porque este que está aquí, mató a sangre fría a Greta —reveló ante los presentes—. Leí que conlleva lo siguiente: si coexisten réplica y original, la réplica volverá al otro mundo. Si solo queda la réplica, aunque cierre el portal, quedará en este mundo reemplazando al otro.

—Yo me he llevado nueve años ocultándome de todos estos vecinos. Hasta que decidí acabar con mi original —sentenció creando lágrimas en Meyer, que miró hacia el techo como si así saliesen menos. Arriba vio al bibliotecario con el arma en una mano y colgado del techo al acecho—. Sí, el día del apagón decidí acabar con ella. La veía tan frágil… Sufría atrapada en su propio cuerpo, dependiendo de los demás para valerse. No podía soportar verme así por más tiempo. Ahora puedo reptar por las paredes, me siento joven, como si hubiese

renacido.

—Ya conozco vuestras habilidades… Pero me asalta una duda ¿cómo llegó el medallón allí arriba?

—En mi intento por matar a mi original —relató Britta—, el otro padre Braun, como buen samaritano, vino a protegerla. Vi que tenía el medallón que le arrebató al original Braun e hice todo lo posible por arrebatárselo. Resbaló de su cuello y quedó suspendido de los dedos de mi otra yo. Me resultó imposible ir a por él. No me quise exponer ante el pueblo.

—Tengo que admitir que me gustaba más cuando fingía ser ciega y movía el cubo de Rubik junto a la chimenea. No es más que una asesina sin escrúpulos, que se ha aprovechado de la bondad de su hija.

—Alguien tenía que tomar las riendas del pueblo.

—¿También va a matar a su hija? —quiso saber Weber buscando ponerla a prueba.

Britta le quitó la cuerda de las manos a Meyer y la mordaza.

—No sabes nada, imbécil. Todo empezó por ella. Cuando el padre Braun me hizo leer el medallón y tocarlo con las manos, me invocó desde el otro mundo y me dotó de unas habilidades que decidí usar para hacer feliz al resto de mujeres que padecían lo mismo que yo —aclaró con cierta emoción—. Sí, yo fui víctima de malos tratos por parte de mi esposo, cosa que mi hija también padeció. Una vez recuperé la vista y la agilidad, decidí matar a ese viejo hijo de puta. Luego —miró a su hija—, Evi vino para hacerme compañía, ya que una anciana ciega no tenía quien la cuidase —dijo con cinismo—. Ahí aproveché para acabar con su esposo y enterrarlo bajo la nieve, ya que una vez lo vi golpeándola, y sabía el destino que le deparaba —Meyer comenzó a temblar sin dar crédito ante el espeluznante relato—. El padre Braun se volvió mi informante, y todas las mujeres que venían pidiendo consuelo en Dios para que sus maridos no les pusiesen una mano encima, le dimos la oportunidad de cambiar a sus esposos, por uno nuevo, y con mejor conducta. Así fuimos reemplazando a muchos de ellos, en algunos casos, tanto réplica como original, eran iguales de sádicos y les tuvimos que dar un final desagradable.

—Por eso hay más mujeres que hombres… es un refugio para maltratadas.

—Es un matriarcado —puntualizó—. Y quiero que Kleinvienna sea un remanso de paz y retiro, donde las mujeres sean felices y no sufran la maldad de estos animales con nombre de persona.

—Pues hay que tomar una decisión. Deberíamos votar, incluyendo todos los aquí presentes —animó Meyer tomando voz—. Yo estoy indignada con todo lo que ha ocurrido. Mi madre nunca mataría a su marido ni a su esposo. Es cierto, que yo he ayudado a asustar a algunos maridos, a base de escopeta, bajo la amenaza de que, si no

abandonaban el pueblo les metería un cartuchazo… Ellos se iban, eso creía yo… pero no sabía que los mataban. Esto no está bien… yo voto por cerrar el umbral.

—En mi estancia en este maldito pueblo de los cojones, he tratado con muchos de vosotros, e incluso, he estado cara a cara con mi propio doble —reveló Weber—. Y en algo tienes razón Britta, los dobles no son demonios… al menos no todos ellos. Pero si la decisión es mía, mi lógica me hace tratar el asunto, como cuando hay una especie invasora en un hábitat que no es el suyo. Los doppelgänger son copias mejoradas, que vienen de un mundo espejo, y que suplantan los recuerdos de los que están aquí. Toman sus características físicas e incluso clonan sus ropas… Pero tienen otros hábitos. Necesitan sangre para subsistir… ¿Y si cuando haya una gran mayoría de doppelgänger inician una revuelta? Pienso que cada uno debe vivir en su mundo, sin alterar al que vienen.

—No deberías temer a la necesidad de comer carne cruda —aludió Britta—. Hemos evitado el canibalismo criando ganado. Además, nos libramos de todas las enfermedades. Lo que pasó en la vaquería recientemente, fue un caso aislado, un daño colateral por tener al otro padre Braun encadenado y sin comida durante más de dos semanas —relató sobrecogiendo a algunos de los presentes con su testimonio—. Quizá el miedo a lo desconocido cause temor, pero a nuestro favor, tengo que decir que hemos curado a esquizofrénicos, a vecinos con defectos congénitos, a personas con movilidad reducida, mujeres jóvenes con dolencias crónicas… Usted mismo podría salvarse, solo hay que encontrar el paradero de su doble.

—No sé si vive o si murió… Es tentador, no voy a negarlo. Es llegar más lejos de lo que la medicina me brinda —confesó. La moralidad de la situación le atormentaba. La opción de salvarse, era una tentación palpable, pero el tejido de su vida ya estaba lo suficientemente deshilachado, como para pensar en su futuro. Ahora debía hacer lo correcto para el bien colectivo. No tardó en decantarse por una opción—. Pero no es lo correcto. Yo estoy condenado sea cual sea la decisión que tomemos hoy.

—Pues deje al resto que elijan como quieren vivir, o si quieren compartir sus días con una versión mejorada de sus parejas —rebatió el padre Braun.

—Vivimos en una sociedad que busca de manera enfermiza la perfección —Weber dictó su veredicto usando un tono convincente—. Las cicatrices y las enfermedades de las personas, no son un mal, sino aquello que nos hace únicos. Es un testimonio de lucha y aprendizaje, que permite que apreciemos lo que tenemos. Mi decisión es la siguiente: los originales deben tener la oportunidad de enmendar sus errores, y las réplicas deben regresar a su mundo. ¡Qué levanten las

manos los que estén de acuerdo con mi medida!

El tumulto comenzó a cuchichear. El jaleo se hizo con el granero. Tras varios debates, decidieron darle la razón a Weber, pues hubo mayoría de manos levantadas. El padre Braun, les advirtió a las réplicas.

—Si cierra el umbral, todos vosotros moriréis. ¿Sois conscientes?

Los votos a favor de Weber disminuyeron, aun así, ganó por mayoría.

—El pueblo ha decidido democráticamente. Ahora iré a cerrar la puerta entre los dos mundos. Y no me dispare vilmente, Britta, demuestre que un doppelgänger puede tener bondad y palabra para cumplir sus promesas.

Se giró dando la espalda a la mujer que movía los hilos en el pueblo. Ésta cargó la escopeta y apuntó al centro de las escápulas de Weber cerrando un ojo; la anciana tenía la visión de un águila. Masculló dando a entender que no estaba dispuesta a que otro decidiera por él. Su enclenque dedo índice se deslizó sobre el gatillo.

—¡Corre! —gritó Meyer con desespero elevando las manos hacia arriba.

Un disparo tronó dentro del granero.

Weber notó como algo le golpeaba en la espalda.

Luego sintió un dolor intenso.

# Sin aliento

La escena de lo ocurrido, no dejó indiferente a ninguno de los presentes. Aquella mujer de piel arrugada y cabello blanco, se dispuso a apretar el gatillo. Pero la alcaldesa elevó las manos arriba y en ellas, como si Dios se la hubiese bajado del cielo, recibió su rifle. No titubeó. Realizó un disparo certero sobre la nuca del doble de su madre, clamando venganza por haber asesinado a la verdadera. Los dientes afilados de la segunda línea de su encía, salieron disparados como dardos, junto a parte de la mandíbula y el bulbo raquídeo, en dirección a la espalda de Weber. Britta cayó de bruces contra el suelo. Los que votaron en contra de cerrar el umbral, empezaron a correr con el fin de detener al inspector, con el padre Braun en cabeza.

—¡Corra! Yo los entretendré.

Weber miró al techo y le guiñó un ojo a Fran Herrmann, por haber seguido el plan a rajatabla. Luego echó a correr. A pesar de estar en baja forma, se notó ágil. Aquello parecía una batida de caza, en la que varios perros rabiosos iban a por la presa. El inspector marchaba bajo la luz de la luna llena en dirección a la iglesia, mientras que sus cazadores lo hacían a cuatro patas. El corazón se le salía por la boca, el aire frío se hacía pesado en los pulmones. Finalmente, llegó a la plaza. Echó un vistazo atrás, y vio como los que le seguían habían bajado el ritmo. De las callejuelas, apareció Klaus y la tabernera Bettanie, con palos de madera en sus manos. Los doppelgänger se subieron a las paredes para evitarlos. Weber entró en la iglesia y buscó la sepultura de Cristian Rosenkruz. Con los dedos temblando, consiguió echar la estela a un lado con ayuda de la palanqueta que tenía Greta entre sus herramientas. El hedor a putrefacción le sacudió el rostro, allí descansaba la restauradora como si fuese un miembro fundador de la antigua orden.

El inspector Weber avanzó por los pasillos subterráneos de Kleinvienna, su determinación iluminada solo por la luz temblorosa de su linterna. Los ecos de sus pasos eran compañía suficiente hasta que las sombras cobraron vida, y los doppelgängers se colaron en la catacumba. El padre Braun les dio la orden para que lo devorasen. La lucha era inevitable. Weber, con la habilidad de un hombre que no tiene nada que perder, se defendió con una ferocidad nacida de la necesidad. La luz de su linterna se apagó, y todo fue bastante confuso. Golpe tras golpe, sentía cómo sus fuerzas flaqueaban, cómo la oscuridad se cerraba sobre él. Hasta que el silencio se hizo con la catacumba. Cuando retomó la linterna, y alumbró el pasillo, vio a todos los doppelgänger desmenuzados. Se sobrecogió de la carnicería

que había cometido. Solo el padre Braun lo miraba desde el suelo, casi sin vida, y con heridas que les recordó a las que presentaba el ganado en las fotos que sacó Fleming.

—No lo hagas —le suplicó el cura—. Piensa en todos los que pueden salvarse. En todas esas personas sin una cura, y que aquí pueden encontrar la salvación.

—El mundo es como es. Y las personas que lo habitamos, somos lo que somos.

Weber llegó al final del túnel, donde dos espejos antiguos se enfrentaban, reflejando infinitamente la luz y la oscuridad. Con la respiración entrecortada, se sentó en el sillón de granito, su rostro estaba cubierto de sangre. Pronunció las palabras que resonaban con el legado de los Rosacruces: «*Veritas vos liberabit*».

Una luz dorada recorrió el pasillo, y por un instante, el velo entre los dos mundos se levantó. Weber vio figuras familiares, su padre y su abuelo, esperándolo con una serenidad que trascendía el tiempo. Las lágrimas brotaron de sus ojos, no de tristeza, sino de la comprensión de que el círculo de su vida se cerraba. Aquel mundo que se veía al otro lado, parecía una copia de este, solo que el umbral daba a un bonito paraje sin nieve. Weber saludó con la mano con la esperanza de que los suyos lo estuviesen observando… y fue así. La catacumba quedó a oscuras. Weber caminó hacia afuera, el padre Braun le pidió ayuda para salir.

—Sácame de aquí. Este pueblo necesita fe… y yo soy la persona adecuada para guardar este secreto.

—Todos somos reemplazables —le aseguró arrebatándole el medallón del cuello—. Y, Kleinvienna no necesita un villano como tú. Ahora sufrirás el mismo destino que Greta Battaglia, solo que morirás de un modo más lento y angustioso.

Cerró la reja, empujó la losa esculpida y se llevó la llave. De vuelta en la plaza, Weber observó cómo los doppelgängers, cuyos originales aún vivían, se desvanecían en el aire convirtiéndose en polvo, y dejando tras de sí solo la memoria de su existencia. Meyer regresó empujando la silla de ruedas del bibliotecario, con el rostro serio, mostrando preocupación por el estado de Weber, que estaba cubierto de sangre.

—Has hecho lo correcto. Gracias —le dio un abrazo.

—Solo he cumplido con mi deber, alcaldesa —dijo bajo la luz de una farola—. Ahora debemos restaurar la normalidad e imponer unas normas de convivencias entre los dobles y originales.

—Y de buscar a un nuevo cura —añadió Fran Herrmann.

—Ya lo vamos valorando —respondió Weber con desazón—. No nos precipitemos.

Weber, ahora un guardián de la verdad y la balanza entre los dos

mundos, decidió quedarse en Kleinvienna. Y así, con el umbral cerrado y el destino de los doppelgängers sellado, el ex inspector comenzó su última misión: proteger el pueblo que había aprendido a llamar hogar, y custodiar el secreto, la llave y el medallón que liberaba una verdad difícil de digerir para cualquier escéptico que se enfrentase a las fuerzas ocultas del más allá.

# Epílogo

El vapor se disipaba lentamente en el baño mientras el inspector Weber se envolvía en una toalla. La alcaldesa, una silueta serena entre las sábanas, esperaba su turno para la ducha, con una sonrisa de satisfacción en sus labios.

Weber, encendió la radio. La voz del locutor irrumpió con una noticia que heló el aire cálido del cuarto: «En la nieve, cerca de un barranco, ha sido encontrado el vehículo y el cadáver del inspector Weber, tras tres meses en paradero desconocido. A pesar de su avanzado estado de descomposición, pudo ser reconocido por su ex compañero Fleming, que certificó que era él, pues además del uniforme con el parche con su nombre, tenía una cicatriz antigua producida por una bala en el hombro, adquirida por salvarle en una operación contra el narcotráfico. Fue mi héroe, declaró el subinspector mostrando su aprecio por los años de servicio compartido en la BKA».

Micha entró en el baño y se posó en el váter en busca de su dueño. Weber clavó sus ojos en el gato. Una sed insaciable se apoderó de él, una urgencia primitiva que lo desconcertó. El maullido del felino resonó, y con él, un apetito voraz se despertó en el interior de su amo. Preocupado, Weber se acercó al espejo, la realidad golpeándolo con la fuerza de un puñetazo: no había herida en su hombro, no había cicatriz. Su reflejo era el de un hombre intacto, sin la marca de guerra que había llevado como una medalla. Se palpó tras los dientes y halló unas extrañas protuberancias… una segunda hilera de dientes afilados.

La comprensión lo inundó, devastadora y clara.

«En el barranco, el que murió fue mi original. Sujeté el medallón y leí su inscripción cuando cayó del tejado. ¡Claro! Por eso ya no tosía, por ello me sentía ágil, y el tabaco me sabía a rayos. Así pude acabar con los cinco doppelgänger en la catacumba yo solo. Entonces, yo… yo soy la réplica».

El mundo que había conocido, las decisiones que había tomado, todo había sido una ilusión. La verdad era que él no era el hombre que creía ser, sino su sombra, su eco.

Con la mente colapsando bajo el peso de esta revelación, Weber se enfrentaba a una existencia que no era la suya, a un futuro construido sobre la memoria de otro. Y en ese momento, supo que Kleinvienna siempre sería su hogar, no por elección, sino por destino.

# FIN

La cocina estaba impregnada del aroma de las especias mientras Weber se movía entre los fogones, concentrándose en la cena. Evi Meyer estaba en el salón, con los ojos fijos en la pantalla del televisor, donde un drama nocturno se desplegaba con menos intensidad que su propia vida.

De repente, el sonido del teléfono cortó la tranquilidad de la noche. Evi, sobresaltada, se levantó y contestó.

—¿Sí?... Un momento por favor.

Estiró el cable todo lo que pudo y le tendió el teléfono con la mirada llena de preguntas.

—¿Diga?

—¡Amigo! —se emocionó Fleming al oír su voz—. ¡Qué alegría!

—¿Cómo sabes que sigo con vida?

—Cuando encontraron tu cadáver y lo fecharon justo el día en que tuviste el accidente con tu doble, supe que el que encontraron fue una versión de mi amigo Weber. Cuando asistí a la autopsia, puede ver tus pulmones negros por el tabaco, el tumor del cerebro, la herida en el hombro… ¡Ah! Y la etiqueta bordada con tu nombre en la chaqueta.

—¿Y no estas acojonado?

—Para nada. Después del incidente, fuiste el doppelgänger todo el tiempo, y te has comportado como uno más de nosotros. Con el mismo corazón y afecto que el Weber de siempre.

—Me alegro de oír eso —sintió un alivio inesperado por las palabras de su amigo.

—No te llamaba solo por esto —cambió el tono a preocupado—. Es Wendy, mi hija. Necesita un trasplante y una cirugía que solo se hace en Estados Unidos… Y no tengo dinero, Weber.

—¿No puedes pedir un préstamo para financiarlo?

—Ya estoy pagando dos créditos, más la hipoteca de la vivienda… Nadie me presta. A nadie le importa la vida de mi hija.

—¿Y en qué te puedo ayudar?

Hubo un silencio. Fleming tragó saliva y le hizo la propuesta imprimiendo desesperación y esperanza en sus palabras.

—Recibí todo el material que me entregaste sobre el expediente doppelgänger, está en una caja fuerte a buen recaudo, pero lo leí. ¿Podrías usar el medallón para traer la versión sana de Wendy?

—El umbral se cerró. Y, además, esto implica una serie de hábitos que yo no querría ni para mi gato —continuó con firmeza—. Tu hija debe vivir su vida como es, no como un espécimen. Escucha, tienes mi casa a tu disposición. Véndela. Usa ese dinero para la operación de

Wendy. Tendrá que luchar, pero saldrá de esto reforzada.

—Pero… pero para eso tendríamos que ir al notario a firmar la venta o el traspaso. Y oficialmente, estás muerto.

—No. Ya te lo dejé todo cuando sabía que iba a morir. Has sido mi único amigo en este mundo. Solo que le dije al notario que lo hiciese efectivo pasado un años después de mi fallecimiento.

—No sé cómo agradecértelo —se conmovió.

—No tienes que hacerlo. Solo asegúrate de que Wendy tenga la vida que merece —sonrió levemente—. Y si se casa… me invitas a la boda.

La generosidad de Weber era un faro en la oscuridad para Fleming, una oportunidad para salvar a su hija sin sacrificar su humanidad. Y con esa promesa, la llamada terminó, dejando a Evi y al nuevo sheriff del pueblo, en un silencio reflexivo, pero lleno de esperanza.

## *18 años más tarde*

18 años habían pasado desde aquellos días oscuros en Kleinvienna. El sol brillaba con fuerza sobre la pequeña iglesia donde Wendy Fleming estaba a punto de casarse. Su padre, la miraba con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, recordando el momento en que su viejo amigo Weber le había dado una segunda oportunidad.

Después de la ceremonia, en el convite, Fleming se acercó a Weber y Evi con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí que venís bien maquillados. Así no hay quién os reconozca. Aunque apenas hay gente de la comisaría. Todos los que no fueron a tu entierro, los taché de la lista. Allí está Rosch y Joanna, han perdurado. Se les ve muy felices.

—Un detalle por tu parte no haber traído al kommissar Müller.

—Se jubiló. Por lo visto no sale de su casa, no tiene buena salud.

—No me extraña, la maldad hace mella en la salud.

Fleming tiró de un mechón, de la media melena de Weber, poniendo a prueba la resistencia de la peluca.

—¿Es tu pelo?

—Pues claro, ¡no tires tan fuerte, cabronazo! —se quejó—. Pero el bigote es de pega, a Evi no le gustan los besos con alambre de espino —bromeó recibiendo un codazo de su mujer—. Y, por cierto, mi nuevo nombre ahora es Bernd Schuster. Ya sabes, para pasar desapercibido.

—¡Ahora entiendo tu disfraz! Pues estás clavadito —Fleming sonrió a la vez que levantaba la mano. La novia caminó hacia ellos con su bonito traje blanco—. Wendy, aquí te presento a alguien muy especial: es tu tío Bernd Schuster. Ella es su esposa Evi Meyer.

—¿El entrenador de futbol en familia nuestra?

—No —aclaró su padre, mientras la pareja se reía—. Igual te suena más por el nombre de Weber.

Wendy engrosó su mirada y se llenó de emoción.

—¿Es él quien vendió su casa para que yo esté aquí hoy en el día más importante de mi vida? —su padre asintió con los ojos empañados en lágrimas.

—Weber es mi segundo apellido —salió al paso.

—Pues… pues que sepas que no eres mi tío, eres mi ángel de la guarda —le dio un fuerte abrazo—. Gracias… pensé que nunca te conocería. Ahora vamos a bailar y a comer. ¡Celebremos la vida!

El convite dio paso. El camarero se acercó a Weber y le preguntó.

—Señor, ¿cómo desea su carne? ¿Con guarnición de verduras o con patatas?

El doppelgänger respondió con una sonrisa discreta.

—Al punto, más bien poco hecha. Y mi guarnición, se la vuelcas en

el plato de mi mujer.

*22 años más tarde*

El *kommissar* Müller estaba sentado en la soledad de su habitación, con medio cuerpo paralizado y un babero que colgaba de su mentón: el ictus le había dejado hecho casi un vegetal. Las paredes blancas y el silencio eran sus únicos compañeros. Sin que esperase visita, alguien entró en su habitación. Al alzar el ojo que regía, vio una silueta conocida. Aunque más arrugado, y calvo, Müller lo conoció.

—¿Weber? ¿Eres tú? —preguntó con la voz temblorosa—. Pero… yo vi tu cadáver. ¿Qué haces aquí?

El visitante traía una sonrisa enigmática, la ironía de la situación reflejada en su mirada.

—Quería contarte como me ha ido en el viaje. ¿Te acuerdas? Me dieron seis meses de vida, y ya llevo veintidós años extras de disfrute y compañía —le aclaró sentándose frente a él en una silla tapizada en polipiel—. Qué hijo de puta es el karma, ¿eh? Te lleva al punto exacto en el lugar adecuado. Y al parecer, tenía un mejor destino para mí. Ahora sí puedo morir tranquilo, se ha hecho justicia.

—¡No eres más que su fantasma! Y esto es una alucinación.

—Para que veas que no lo es, te dejaré aquí un recuerdo. Cuando entre la enfermera, le pides que te lo lea en voz alta. Allí no llega nadie, no tendrás duda de que he sido yo. Y no olvides esto jamás: siempre hay luz en la oscuridad.

Weber de descalzó, sacó un rotulador de su bolsillo y lo sujetó entre los dientes. Trepó por la pared, y escribió en el techo de escayola la famosa frase:

«Lux in tenebris»

Weber abandonó el hospital con una sonrisa que se desvanecía con cada paso.

Abajo le esperaba Fleming para llevarlo a Kleinvienna.

Justo en el momento en el que la enfermera leyó en voz alta y con asombro, lo que alguien había escrito en el techo de la habitación, el corazón de Müller entró en parada cardíaca.

# FIN

# Biografía

Manuel Delprieto, natural de Jerez de la frontera. Nacido en 1982. Novelista multigenero, enfocado en estos últimos años en novela negra. Entre sus títulos más destacados, se encuentra el BEST SELLER “LOS CRÍMENES DEL MAR DE MADRID”

TÍTULOS:

Los crímenes de adviento

Expediente Tangram

La isla de las recompensas

Los crímenes del mar de Madrid

Ambiciona

Escapando a mí destino

Escribe tu propia novela

Personajes perfectos para tu novela.

# Índice

1. El suceso
2. Una llamada en la noche
3. Escepticismo en el camino
4. Misterio en el campanario
5. El cubo de Rubik
6. La escalera de caracol
7. Todos mienten
8. El hospital
9. Viejos rencores
10. En busca de Cenicienta
11. ¿El padre Braun?
12. Nieve roja
13. Escéptico versus creyente
14. La vaquería de Krüger
15. Sentencia
16. No está
17. Encuentro en la carretera
18. Un descubrimiento inesperado
19. Un sobre de color crema
20. La petición indecente
21. Cuando el deber te llama
22. El concesionario
23. El Legado de Wolfgang
24. Por una temporadita
25. Expediente Doppelgänger
26. La barbacoa
27. La misa y el milagro
28. Greta Battaglia
29. El descubrimiento
30. La Llave y el Legado Oculto
31. Las catacumbas
32. El diario del otro Braun
33. La identidad del cadáver
34. El dilema

35. Sin aliento
Epílogo
*Un año más tarde*
*18 años más tarde*
*22 años más tarde*
Biografía